Un largo fin de semana

…"Creo en los hombres leales

que siempre cruzan su apuesta,

cuando se lucha por algo

que no admite componendas…"

“En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaúm, se le acercó un centurión y le rogó diciendo: Señor, mi criado yace en casa paralítico con terribles sufrimientos. Él le contestó: Yo iré a curarle. Replicó el centurión: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano. Porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: "Vete", y va; y a otro: "Ven", y viene; y a mi siervo: "Haz esto", y lo hace. Al oír esto Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande. Y os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se pondrán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los Cielos”.

Del santo Evangelio según San Mateo 8, 5-11

Introducción

Si se piensa en la *Semana Santa de 1987* se asocia al instante con Alfonsín, con Rico, con la irrupción de los *carapintadas,* con la Plaza de Mayo repleta de gente apoyando a la incipiente democracia y con la sensación generalizada de un repentino y sospechoso cese de aquella amenaza militar.

Mares de tinta, imágenes, muchas imágenes. Registros periodísticos. Obras impresas. Algún par de documentales fílmicos. Es cierto que la información disponible es variada y abundante.

Esta historia novelada nos muestra lo que vivieron los protagonistas principales de esos días. Detalles que pueden echar luz sobre las verdaderas intenciones, los límites autoimpuestos, la actuación – siempre en las sombras – de los distintos servicios de inteligencia. Las internas dentro de la propia administración del gobierno nacional que enfrentó una crisis cuya escalada fomentó, para luego trastabillar en el camino hacia su desactivación.

¿Cómo se gestó la *Operación Dignidad*? ¿Quiénes conocían de su preparación y la dejaron germinar? ¿Qué pretendían ciertos círculos del poder? ¿Qué fue de cada uno de sus principales actores?

Como señala Navas en su Prólogo:

"Hay una realidad incontrastable: doscientos ochenta y tres Jefes, Oficiales y Suboficiales del Ejército Argentino ingresaron a un Instituto castrense, permanecieron durante cuatro días, dieron conferencias de prensa y se retiraron por sus propios medios, sin que ninguna otra fuerza militar o de seguridad se los impidiera. No hubo disparos de armas de fuego, enfrentamientos, muertos, heridos ni lesionados. El propio Presidente Alfonsín, en su carácter de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, se trasladó a Campo de Mayo y conversó unos minutos con el Teniente Coronel Aldo Rico, líder de los rebeldes.

A partir de ese momento la casa volvió a estar en aparente orden."

Esta es la crónica verídica de una serie de acontecimientos históricos que han dejado heridas abiertas en nuestra sociedad. También de una reacción previsible y evitable que se pudo haber aprovechado para poner fin – de una vez y hacia el futuro -; a un drama pendiente de absoluta y patológica vigencia, que ha pasado por distintas fases: la cruenta confrontación, el inefable dolor, la precaria justicia, la incansable revancha ideológica y hasta la mezquina e interesada obtención de importantes dividendos; careciendo al presente, de un definitivo y consensuado cierre político.

Aplaudimos la decisión del autor de no imprimir su obra en papel. A la contrariedad que provocó en nuestro genuino interés por publicarla, siguió de inmediato nuestra comprensión y solidaridad, al explicarnos su deseo de colocarla al alcance de todos – sin precio alguno -, fundamentalmente de los veteranos de esas jornadas, como merecido recuerdo y testimonio.

Katona A Cellájában
Editora

Prólogo del autor

Hace muchos años que ronda mi cabeza la idea de escribir sobre este largo fin de semana de abril de 1987, que coincidiera con la celebración de la Semana Santa de los católicos. Desde esa época, cada vez que se acercan las vísperas de la Pascua cristiana, en la Argentina es un clásico que se emitan programas especiales, se entreviste a protagonistas o testigos, se escriban artículos; en fin, se amasen todo tipo de argumentos, relatos, puntos de vista y conclusiones, sobre un episodio militar que sus propios jefes bautizaron como *"Operación Dignidad"*.

Más de tres décadas después, esos cuatro días de tensión e incertidumbre continúan inmersos en una nebulosa histórica que la costumbre vernácula ha sintetizado al máximo: se trató de una *intentona* militar. Un *cuartelazo*. Su objetivo: derrocar al gobierno del presidente Alfonsín. De mínima, debilitarlo. No hay solución más cómoda para los ignorantes, que tomar la síntesis más sencilla que se tenga a mano, y adueñársela. Más si se trata de una versión pre masticada por un aparato periodístico local – en su gran mayoría - venal, parcial e interesado.

En aquél entonces era yo, por un montón de circunstancias, un observador privilegiado de la realidad circundante. Esa situación, sumada al conocimiento de muchos de los que decidieron asumir esa actitud tan criticada, de alzarse contra sus mandos militares, encendieron en mi vocación de escritor, la llama necesaria como para intentar estas páginas.

En ellas se mezclan recuerdos propios, apuntes tomados contemporáneamente a los sucesos, vivencias de muchos de los que transitaron esos días por el cuartel de la Escuela de Infantería del Ejército, así como las más caprichosas y diversas trayectorias, que la vida fue tallando en varios de sus protagonistas.

El lector sacará sus propias conclusiones.

Hay una realidad incontrastable: doscientos ochenta y tres Jefes, Oficiales y Suboficiales del Ejército Argentino ingresaron a un Instituto castrense, permanecieron durante cuatro días, dieron conferencias de prensa y se retiraron por sus propios medios, sin que ninguna otra fuerza militar o de seguridad se los impidiera. No hubo disparos de armas de fuego, enfrentamientos, muertos, heridos ni lesionados. El propio Presidente Alfonsín, en su carácter de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, se trasladó a Campo de Mayo y conversó unos minutos con el Teniente Coronel Aldo Rico, líder de los rebeldes.

A partir de ese momento la casa volvió a estar en aparente orden.

Esta es la historia de los acontecimientos preliminares, de lo vivido en ese largo fin de semana y de las semillas que sembrara para el futuro político argentino.

Tengan Paz, Fátima, 13 de mayo de 2019

L A Navas

Puesto *Tuyutí*

El colectivo de la línea 176 arranca raudo hacia la Puerta 2 bis de la Guarnición Militar Campo de Mayo. El único pasajero que acaba de descender, aguarda que se disipe el humo del gas oil quemado. Un poco por prudencia, mucho por temor, se asegura que ningún otro vehículo circule por la ruta interna. La oscuridad de la noche es total. Indeciso, comienza el lento cruce de la calzada. Alcanza a distinguir, a su izquierda, el frente escasamente iluminado del destacado edificio de la Escuela de Infantería. Evita el acceso principal al cuartel. Se dirige, con su pobre y vieja valija de cartón verde, hacia la calle arbolada que materializa el límite noroeste del predio militar. Agudiza la vista y el oído, para adelantarse a la presencia de cualquier centinela. Mientras camina por la banquina alcanza a reconocer, del otro lado de la alambrada, a la construcción más moderna y desproporcionadamente más chica, de la Guardia de Prevención. No observa presencia alguna. Camina buscando hacer el menor ruido posible. Difícil propósito contra el que atentan sus mocasines de suela y ese pedregullo infaltable de los asfaltos bituminosos de mala calidad y escaso tránsito. A mitad de distancia entre la ruta y el puesto de guardia secundario del cuartel, le comienza a preocupar la ausencia de luces, de sonidos, de voces.

Para darse ánimo, concluye que la masa de los efectivos debe estar en uso de franco. Las vísperas de un fin de semana largo, los jefes de las unidades militares aprovechan para licenciar a su tropa. Con esas medidas buscan disminuir los gastos en alimentos y otros consumos, en una economía de post guerra que hace languidecer al presupuesto para la Defensa; políticas concebidas por el primer gobierno democrático en ejercicio, desde la retirada desorganizada del *Proceso*, en diciembre de 1983. Todos estos pensamientos, en lugar de tranquilizarlo, le aumentan la ansiedad. La comunicación telefónica fue clara: *un Oficial Jefe convocado por un Juzgado Federal de la Provincia de Córdoba, alertó a un puñado de sus camaradas, sobre su intención de no presentarse*. Si eso es cierto, durante la tarde noche del día anterior, miércoles 15 de abril de 1987, ya alguna unidad de la IVta Brigada de Infantería Aerotransportada, le debe haber dado alojamiento. Nota que sus pasos son cortos. Tiene dudas. Tiene miedo. No distingue movimientos, ni ruidos de motores. Ninguna voz de mando rompe el silencio de esa madrugada de *Jueves Santo*. Sólo el sonido de sus pasos torpes. Cambia de mano la pequeña valija, donde transporta su uniforme de combate, una muda de ropa, el correaje, su pistola Browning 9 milímetros, con sus tres cargadores.

- ¡Alto! ¡¿Quién vive?! – cegado por la luminosidad de un reflector que se enciende desde el puesto *Tuyutí*, la enérgica voz lo frena en seco. La sangre parece helarse en sus venas. Queda inmóvil con su valijita tomada con su mano izquierda. En una fracción de segundos imagina una huída hacia atrás, hacia la ruta. Un arrepentimiento relámpago. Construye en su mente las imágenes de los fogonazos que nacen a ambos lados de esa luz que lastima. Caer mal herido sobre esa calle desolada. La sorpresa de sus victimarios al descubrir, luego de una furtiva aproximación, la identidad de ese cadáver que ha perdido un zapato, vestido con ropa gastada y una valija vieja manchada de sangre. Todos sus sueños de dignidad, de amor al camarada, escapan como por la fisura del fuselaje partido, de un avión en emergencia.

En el quincho *La Tablada*

Es un espacio próximo al centro de los edificios, compartido socialmente por los Oficiales del Regimiento de Infantería 3 *"General Belgrano"* y del entonces Escuadrón de Exploración de Caballería Blindada 10, el *"10 Chico"*, como le llaman en aquél tiempo, dentro de la Caballería del Ejército; en contraposición al *"10 Grande"*, con guarnición en Azul. Paredes de ladrillo, ventanas amplias, techo de paja, mucha madera. Las parrillas más grandes, afuera. Una mesada de servicio. Un par de baños chicos, en su interior.

Varios días llevan vivaqueando en los terrenos del Regimiento 3, los efectivos completos del Regimiento de Infantería 6 *"General Viamonte"*, llegado discretamente a los fondos del cuartel, donde armaron sus carpas. Es un secreto a voces que las Fuerzas Armadas darán algún paso en pos de hacerse del poder e intentar enderezar un país sumergido en el caos político, económico, social, en un marco de violencia pocas veces visto en la historia nacional.

Más de quince mil hombres y mujeres, armados, integran las distintas organizaciones terroristas que se disputan la toma del poder, por la fuerza, para instaurar la *patria socialista*. Esta cifra, se eleva a los casi cincuenta mil simpatizantes, adherentes y otros roles logísticos, según el coeficiente de tres miembros de apoyo, por cada uno que combate. Consignas y entrenamiento financiado y facilitado desde el exterior, impulsa esa tendencia. Como caricaturesca barrera institucional, una administración central vaciada de autoridad y prestigio se opone con duros discursos y maniobras de acción directa, encubiertas, alejadas de la Ley: la *Triple A*. Parte de la dirigencia política oficial, cuando no apoya abierta o veladamente a los insurrectos, mantiene una anomia y una parálisis fenomenal. Los sindicatos peronistas, por el contrario, cierran filas como el ganado temeroso de las tormentas, asustados por las muertes y amenazas que le prodigan las organizaciones armadas terroristas. La inflación es del 159% mensual, pero 70 millones de dólares son los que la organización Montoneros ha obtenido como rescate de sus principales secuestros. El peronismo en el gobierno, partido en dos públicamente, desde los episodios de Ezeiza, siente que el único alivio a su encerrona histórica, es la irrupción de un golpe militar. Los simpatizantes de la *patria peronista*, ansían que sus *compañeros* del Ejército, fundamentalmente, les limpien el horizonte político de los energúmenos proclamadores de la *patria socialista*. Conocedores de la composición de las Fuerzas Armadas en general, y del Ejército, en particular, la masa peronista de sus Suboficiales y no menos de las dos terceras partes de los Oficiales, les simpatizan. Perón, al fin de tantas vueltas, ha sido enterrado en Buenos Aires, con su uniforme de Teniente General. La suerte está echada. *Hay que ir a buscar a estos asesinos a sus madrigueras…*

El Comandante de la Xma Brigada de Infantería *"General Levalle"*, General de Brigada Adolfo Sigwald, ordena una reunión de Oficiales Superiores, Jefes y Oficiales en el quincho *La Tablada*, para recibir una *Orden de Operaciones*. A ella deben concurrir todos los integrantes de los Regimientos 3 y 6, del Escuadrón10 y otros elementos dependientes.

El casi centenar de convocados ocupan la sillas dispuestas dentro del quincho, en el que han desplazado las habituales mesas de madera y acondicionado los asientos como para una reunión de magnitud. Una vez efectuados los saludos de rigor, el General Sigwald indica a distintos miembros de su Estado Mayor, impartir la *Orden de Operaciones* que incluye la misión de avanzar y rodear la sede del Gobierno Nacional, en la entonces Capital Federal, y estar en condiciones de iniciar operaciones militares, a la brevedad.

La impartición de la directiva castrense sigue todos sus pasos reglamentarios, omitiéndose toda observación a la situación política o social. Se trata de una operación estrictamente militar, sin consideraciones previas de ningún tipo.

Al término de la extensa exposición de cada uno de los miembros de su Estado Mayor, el Comandante de la Brigada, cierra la impartición de su *Orden*, con el tradicional *¿alguna duda, señores?*

Reina un silencio muy respetuoso cuando, desde las posiciones a medio camino entre los Coroneles y los Subtenientes, levanta su brazo un Mayor. El General lo autoriza a que exponga su pregunta, a lo que el señalado se presenta como el Mayor Edgardo Bertone, Jefe del Escuadrón de Exploración de Caballería Blindada 10. De manera breve y educada, afirma ante todos los presentes, que él no comparte el hecho de participar en una operación que pueda implicar la interrupción de un proceso constitucional. El Comandante, impávido, le agradece su franqueza y, relevándolo de su Jefatura, le ordena que aguarde en su despacho. Una vez retirado el Mayor Bertone del lugar, el General pregunta por el 2do Jefe del Escuadrón, presentándose un joven Capitán. El Comandante interroga a éste sobre si comparte o no la actitud de su anterior Jefe, a lo que responde el Capitán que él está dispuesto a cumplir con la *Orden de Operaciones* impartida. El Comandante, satisfecho, le ordena al Capitán que asuma el mando del Escuadrón.

No habiendo más preguntas, se da por terminada la reunión. Es el anochecer del 23 de marzo de 1976.

El Palomar de Caseros, primavera de 1986

Es una tarde de sol. El Cuerpo de Cadetes se halla en las aulas del Patio de Honor. La reunión, convocada por el Director del Colegio Militar de la Nación, está ordenada para las quince horas. Debe concurrir todo el personal superior del Instituto.

Con puntualidad, el General de Brigada Antonio José Deimundo Piñeiro, ingresa al amplio salón con sillas, ubicada inmediatamente arriba de la Sala de las Armaduras, dentro del Pabellón de la Dirección. Unos ciento veinte Oficiales Superiores, Jefes y Oficiales aguardan sentados, conversando en voz baja. El Subdirector, Coronel Martín Antonio Balza, ordena colocarse de pie. El Director saluda a los presentes e indica que pueden tomar asiento. La circunspecta atención de los presentes acompaña el inicio de la exposición del General.

Junto al Coronel Balza, entre otros, están el Coronel Carlos Salvador Rufino; el Teniente Coronel Marcelo Neuman; los Mayores Roberto Shaw y Juan Carlos Mañé; los Capitanes Carlos Ricciardi, Martín Sánchez Zinny, Ricardo Novoa y Fernando Morelli; los Tenientes 1ro Roberto Muñóz Betelú, Miguel Ángel Truco, Jorge Santiago Cadelago, Juan Luis Pasqualini, Bari del Valle Sosa, Jorge Alberto Guidobono, Lucio Candia, Eduardo Gassino, José Luis Giró Martín, Guillermo Federico Jáuregui, Fernando Huergo, Rubén Ferrari, Alejandro Pucheta, Eduardo Isasmendi Aguilar Alberto Nigro y Gabriel Guerrero, por nombrar el espectro generacional presente.

A más de dos años del inicio del Juicio a las Juntas Militares que condujeron el proceso de facto entre 1976 y 1983, el ambiente de los Cuadros del Ejército Argentino no es el mejor. Pese al entusiasmo inicial que despierta, entre algunos militares, la llegada al poder de un gobierno de signo político distinto al peronismo *frejulista*, que ha llevado a la sociedad al caos y a la violencia; comienza a germinar una rara sensación de desconfianza, producto – entre otros asuntos comunes a toda la sociedad, como la siempre precaria situación económica -, de una suerte de espíritu anti militar del ala más izquierdista del *alfonsinismo*, su *Coordinadora* y su expresión estudiantil, la *Franja Morada*. Una mezcla conflictiva de campaña desmalvinizadora – cuando el entonces Gobernador Armendáriz afirma que Malvinas es *"…el camión atmosférico de la historia argentina…"* -; un presupuesto militar en caída libre; salarios atrasados y pagados con mucha demora; ausencia en el tratamiento de ascensos y nombramientos castrenses en el Senado de la Nación; humillaciones constantes, tanto desde los sectores artísticos, como periodísticos, culturales y hasta de la propia administración del Estado, hacia todo lo que tuviese que ver con las Fuerzas Armadas. Es justo y necesario reconocer que los militares han hecho mucho por merecer ese trato, pero las generaciones jóvenes de Oficiales y Suboficiales, no se consideran responsables políticos de todo ello.

- Señores – el General hace oír su particular voz, con ese dejo de aire español, que desde joven explotara muy bien a su favor – esta tarde voy a transmitirles las últimas novedades que me fueron comunicadas en la *Reunión de Mandos*, celebrada ayer en el Edificio

Libertador, presidida por el señor Jefe de Estado Mayor General… - permanece sentado ante un escritorio austero, pero elegante, que enfrenta a un auditorio numeroso y disciplinado, que cuida muy bien de mantener respetuoso silencio y no hacer ruido alguno con las sillas de madera, tapizadas en cuero, que han sido prolijamente dispuestas en el salón – Caballeros… – cada breve pausa se lleva los dedos índice y pulgar de la mano derecha a su nariz, como los buzos autónomos cuando salen del agua e intentan destapar sus oídos – Muchos de los temas y asuntos allí tratados no son de incumbencia de este público, pero el señor Jefe del Estado Mayor tiene particular interés en difundir a todo el personal de Cuadros la situación que se vive en los llamados *Juicios a las Juntas*… - se escucha levemente el crujir de un par de sillas que se acomodan, el Teniente Coronel Neuman gira su cabeza intentando descubrir el origen del sonido – Ese acontecimiento que nos tiene a todos en vilo desde hace un par de años y que la superioridad no desconoce, preocupa a todos nosotros…- un par de Capitanes intercambian fugaces miradas de complicidad – El señor Jefe del Estado Mayor nos transmite, de sus regulares encuentros con el señor Ministro de Defensa, que el alcance de estos procesos judiciales podrá excederse más allá de los integrantes de las tres Juntas Militares, pero no se aprecia probable – trata de abarcar a todos los presentes con su mirada – que ese alcance supere al señor General Luciano Benjamín Menéndez, al señor General Camps y probablemente a algún ex Comandante de Institutos Militares o de Cuerpo de Ejército, para el caso de nuestra Fuerza… - desciende el tono de su voz – El asunto de la Escuela de Mecánica de la Armada es un capítulo aparte… - el silencio es absoluto – Sé, como General de la Nación y como Director de este Instituto, que estos procesos y la difusión que de ellos se hace por los medios de comunicación, no nos provocan ningún bien como institución, ni en lo personal…¡Pero señores! – en pose nuevamente – Hay que apretar los dientes… Hay que armarse de templanza… Esto pasará y volveremos a tener el reconocimiento de nuestra sociedad por haberla salvado del caos y de la desintegración… - otra breve pausa le permite percibir que pocos le creen. No hay convicción detrás de esas miradas frías y contenidas, formadas durante años, entre otras aptitudes, para no demostrar sentimientos – Esto pasará y será un mal recuerdo… Apenas unos renglones amargos y grises en las páginas de gloria y de grandeza de nuestro Ejército… Por eso les reitero en este acto la necesidad de confiar y subordinarse en plenitud al orden constitucional, que descarto – hace una mueca como haciendo desaparecer un mal pensamiento – Confianza y subordinación a quienes conducen nuestras Fuerzas Armadas, desde su Comandante en Jefe, el Doctor Alfonsín, hasta el más moderno de los Generales con mando de tropa… Son momentos para demostrar cohesión, disciplina, vocación de servicio, abnegación y desinterés… Me han asegurado que se irán normalizando las partidas presupuestarias, de tal forma de evitar nuevos atrasos en las fechas de haberes, así como partidas extras para que los distintos Institutos Militares y la Brigada Aerotransportada de Córdoba, no disminuyan sus días de salidas al terreno. Hay serios avances en materia de reequipamiento para la Fuerza Aérea y la Armada, con vistas a reemplazar material perdido en Malvinas; así como la creación de una Fuerza Conjunta de Despliegue Rápido Aeromóvil, muy probablemente sobre la base de la actual Brigada de Paracaidistas y elementos del Batallón de Aviación de Ejército – toma aire – Pero reitero una vez más: deben confiar. Se ha combatido una guerra justa con los medios que se consideraron más eficaces… Cuando arrecie más fuerte el mar de críticas, cuando vean o

escuchen noticias que buscan confundir, sembrar dudas sobre el honor y legitimidad de nuestra causa, cuando vean actitudes hostiles contra los miembros de las Fuerzas Armadas; piensen, traten de comprender, que es parte del precio que debemos pagar todos, por errores que sin duda se cometieron durante el *Proceso de Reorganización Nacional…*

El Capitán baja la vista y mira el costado izquierdo de su chaquetilla del uniforme de diario. Por encima de su *brevet* de Instructor Militar de Esquí, pende la barra de su condecoración por Herido en Combate, pequeño rectángulo blanquiceleste, atravesado en su mitad por un bordado rojo sangre. Siente el corazón que late más fuerte. Inhala profundamente. Observa con atención la actitud del resto. Daría lo que no tiene por conocer qué piensa cada uno de esos más de cien Oficiales, de Coronel a Teniente 1ro. El sol aparece entre las nubes – *como en Bahía Agradable*, piensa para sí – cuando el General, casi seguro de no haber dejado dudas en sus subordinados, pretende cerrar la reunión:

- ¿Alguna pregunta, señores? – alza la vista hacia las últimas sillas, descartando, con esa actitud, que los más antiguos puedan necesitar aclaraciones.

El Capitán se pone de pie. Cuida de hacerlo lo suficientemente rápido como para no arrepentirse, lo suficientemente lento, como para no demostrar nerviosismo. Alcanza a escuchar desde la fila de atrás:

- Nos quedamos sin Jefe de Compañía… - la apagada voz del Teniente 1ro Jáuregui suena dirigida a uno de sus pares.

- Sí, Capitán Sánchez Zinny, lo escucho… - autoriza el Director. El Coronel Balza, alto como es, da media vuelta su cuerpo y mira a los ojos al joven Jefe de la 2da Compañía de Infantería que, impertérrito, aguarda esos segundos que le sirven tanto para acomodar sus ideas, como para ganar más atención del resto.

- Mi General – la voz es grave y lo suficientemente fuerte como para ser escuchada por todos los presentes – En realidad lo mío no es una pregunta, es el deseo de manifestarle a usted, como máxima autoridad del Colegio Militar – mantiene ambas manos sobre el respaldo de la silla delantera -, y aprovechando la presencia en esta reunión del resto de mis superiores directos, del señor Subdirector, del señor Jefe de Cuerpo de Cadetes y del señor Jefe del Batallón de Infantería – ya son varios lo que se dan vuelta para observar a quien habla – lo que pienso, no solo como Capitán, que puede importarle al resto mucho o poco, si no como Jefe de una Compañía de Cadetes… - hace una breve pausa para marcar esa introducción – Tengo el honor de que hayan confiado a mi mando ciento veinte jóvenes cadetes, material humano cuya formación integral me ha sido encomendada, con todas las formalidades de las leyes y reglamentos militares. Para mí es una enorme responsabilidad. No disimulo el celo que mis propios hijos pequeños sienten por esos Cadetes que le restan tiempo a su padre para jugar con ellos o acompañarlos en sus primeros *palotes*… Casi el cincuenta por ciento de los integrantes de mi Compañía provienen de familia militar, casi el veinte por ciento son hijos de Generales, así que tengo muy claro – sonríe levemente, el General disimula también una mueca de picardía, pues uno de sus hijos fue cadete en esos años – que no voy a sorprender a nadie con manifestar mi propio juicio respecto a lo que se vivió

en el pasado reciente y está viviendo el Ejército en estos tiempos…- toma más decisión – Por todo eso es que necesito me aclare usted mi General, para saber si estoy cumpliendo bien mi misión o, tal vez – siente que se lanza al vacío – deba dar un paso al costado – sus propias palabras le suenan como pronunciadas por otra persona.

- ¿Qué parte es la que le genera dudas, Capitán? – busca más precisiones el General.

- Considero, mi General, con todo respeto, que los errores del *Proceso* no pueden ni deben ser pagados con una moneda que nada tiene de paridad con la política, como es el futuro de nuestros Sargentos y Capitanes… Tengo la sensación que en esta etapa no se ha fijado una *Línea de No Ceder*…

- Sepa usted, Capitán – lo interrumpe. El tono es severo – que por la cabeza de este General, no pasa Balcarce 50…

- Ése es justamente el problema, mi General – se afirma con más fuerza al respaldo de la silla delantera. El silencio del resto es sepulcral – Humildemente creo que entre decir a todo que sí y colocarse un casco de acero y emitir el *Comunicado Nro 1*, existe una gama casi infinita de cursos de acción… - parece dudar – Me da la impresión que siempre estamos entre esos extremos, pareciera que se dice a todo que sí, o se patea el tablero…

- ¿Cuál considera usted que sería el curso de acción adecuado? – lo interrumpe el Director. Algunos de los más viejos, en las primeras filas, asienten como satisfechos de compartir con su General.

- Mi General – toma valor para el envión final – Soy un simple Capitán de Infantería, a cargo de una Compañía de Cadetes… No tengo auto con chofer, ni Estados Mayores que me asesoren, ni la edad, ni la jerarquía, ni la experiencia… No tengo esa respuesta… Lo que sí tengo claro, lo vuelvo a repetir, es que no pueden pagar los Sargentos y los Capitanes, los errores del gobierno militar…

- Tome asiento, Sánchez Zinny… - mira al resto - ¿Alguna otra pregunta? – Nadie habla o se mueve – Pueden retirarse, señores…

El típico ruido de sillas que se corren tapa las voces que se alzan en todos los rincones de la Sala de Reuniones. Grupos de la concurrencia, normalmente por paridad de grados, abandonan el lugar comentando lo sucedido. El Capitán Sánchez Zinny, pese a contar con varios camaradas de promoción entre el personal que se dirige a sus puestos de trabajo, camina solo. Es como si un campo magnético impidiera al resto acercarse. Como en una cuarentena.

El Jefe de la 2da Compañía de Infantería llega a su despacho. Nadie se cruzó con él ni lo acompañó en las varias cuadras que separan el edificio de la Dirección del Batallón de Infantería, a un lado de la ancha Avenida Coronel Justo. La primavera se aprecia en los incipientes brotes de los plátanos. El Capitán se sienta junto a su escritorio y mira insistentemente el aparato de teléfono Siemens, color gris claro. Pasan varios minutos. Repasa mentalmente el intercambio con el General. Cierta angustia inicial se va disipando a medida que toma conciencia que ha podido canalizar una sensación que muchos sienten, pero pocos se animan a manifestar. Por fin ocurre lo que imagina. La

campanilla suena con insistencia. Deja pasar unos segundos. El Teniente 1ro Candia, su Oficial Ejecutivo, ingresa al despacho creyendo que no hay nadie.

- ¡Disculpe, mi Capitán! – se frena ante la presencia de su Jefe.
- Está bien, Lucio – sereno – ya voy a atender… - mientras esto dice levanta el tubo.
- Segunda Compañía de Infantería…. – endereza su espalda - ¿Qué dice? – es el Teniente 1ro Muñóz Betelú, Ayudante del Director.
- El General quiere verlo, mi Capitán… - seco.
- ¿A qué hora?
- Véngase ahora, por favor…
- Voy para allá…

Corta la comunicación. Antes de devolver la mirada a Lucio Candia, permanece observando fijo el aparato gris. Toma impulso y se pone de pie.

- Teniente 1ro Candia…
- Ordene, mi Capitán…
- Hágase cargo de la Compañía… - el otro queda con la boca abierta.

*

El despacho del Director tiene una importante antesala que ocupa el Teniente 1ro Muñóz Betelú, conocido de Sánchez Zinny desde los años del Liceo Militar. Se abre la puerta del General y el Ayudante le hace una seña para que ingrese. Cuando el convocado entra al amplio y señorial ambiente, Muñóz Betelú cierra la puerta tras de sí. Quedan solos. El Jefe de la 2da Compañía de Infantería avanza hacia el escritorio donde lo aguarda sentado el General Deimundo Piñeiro, serio, gesto adusto, bigotes grises frondosos.

- Tome asiento, Sánchez Zinny – se le adelanta el Director. El Capitán desarma el avance para pararse firmes a dos pasos del escritorio y se sienta con cuidado en un cómodo sillón de visitas, con apoya brazos y asiento de cuero – Lo he mandado a llamar para decirle que su proceder de hoy, al término de la reunión de Oficiales, puede sintetizarse sólo con una palabra… - el Capitán contiene el aire, lo mira a los ojos - ¿Sabe cuál es?

- Preferiría no arriesgar más, mi General… - provoca en su superior una mueca risueña.

- Dignidad… - entrecruza sus manos por encima de una carpeta de cuero verde – Dignidad es la palabra… - asiente con su cabeza canosa – La mayoría de los que estaban en esa reunión tienen las mismas dudas que usted planteó con claridad y valor… - el otro empieza a aflojarse – Pero no se animaron…, ni se animarán nunca… - se toca la nariz en ese gesto tan suyo – De Subteniente estuve destinado en el Regimiento 12, que en aquel entonces guarnecía en la provincia de Santa Fe… - parece cambiar de tema – Era la época de *azules y colorados* y me tocó estar en una unidad perdedora… Nos arrestaron a todos… Yo llevaba meses de recibido, así que imagínese usted el panorama sombrío que se cernía sobre mi futuro militar… - tose para aclarar su voz – Un Jefe que tuve en esos meses, me dijo que yo iba a ser General… - sonríe - ¡General! ¡No tenía futuro! Integraba una unidad militar castigada. Me enviaron, junto a otros Oficiales, a un Regimiento de Montaña, casi confinado en la frontera… - hace una pausa y suspira – Le cuento esto porque siento íntimamente que la historia se repite… - el Capitán no termina de entender – Usted es Jefe de la 2da Compañía de Infantería…- recapacita – dónde yo me formé como Cadete…¿lo sabía…?

- Sí, mi General…

- Es unánime la opinión de mis colaboradores, que la suya es la mejor Subunidad del Colegio Militar… - comienza a enumerar -; usted es el mejor en su grado; ha ingresado por concurso a la Escuela Superior de Guerra tercero, entre doscientos cincuenta Oficiales que rindieron, la mayoría más antiguos que usted…, ¡Hasta ganaron el Torneo Antártida con la *"Gunda"*! ¿Hace cuánto que no teníamos esa Copa…? – la pregunta la hace en tono cómplice.

- Desde 1958, mi General

- Usted va a ser General… - pone seguridad en sus palabras – Acuérdese cuando lo asciendan y reciba el sable corvo… - su tono es paternal – Yo ya no estaré, pero ya se va a acordar de estas palabras… Usted es una persona valiente y digna… - se pone de pie y estira su diestra – Lo felicito, Capitán…

Ambos se estrechan las manos con firmeza. Unos segundos. Sólo lo necesario. El estilo sencillo y parco de la milicia.

- Tengo las mismas dudas que usted, Capitán… - confiesa sin soltarle la mano – No nos queda otra que confiar…

Aeroparque Jorge Newbery

Los distintos pasajeros de cada uno de los vuelos, arribados o por partir, se preguntan por el motivo de la presencia de tantos Oficiales del Ejército en el *hall*, como en las distintas entradas y veredas de la estación aérea de cabotaje. La tarde de fines del verano de 1987 es soleada, con temperatura agradable. Primero son una veintena de uniformados que conversan y fuman en las áreas autorizadas. Con los minutos se van sumando más militares. Los viajeros más observadores notan que todos son de una franja etaria joven, de entre los veintiocho y los treinta y cinco años. Quienes conocen de grados y uniformes, pueden identificar una masa de Capitanes, algunos Mayores y un puñado de Tenientes 1ro. Pero el grueso de los presentes son Capitanes. Visten con el uniforme de diario. Los hay de todas las armas: Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros, de Comunicaciones. Los distintivos de las solapas de sus chaquetillas de diario, indican a los expertos, que están destinados en la Escuela Superior de Guerra, en la Escuela Superior Técnica, en la Escuela de Inteligencia, algunos en institutos y unidades de la Guarnición Buenos Aires. Se destacan los incipientes laureles en las viseras de las gorras de los pocos Mayores presentes.

El Capitán Ernesto Hanse Larramendi, circunspecto, es uno de los voluntarios que reparte pequeños volantes con lo que intenta ser una explicación a esa aparente informal reunión de Oficiales jóvenes. Los circunstanciales pasajeros que los aceptan, alcanzan a leer: *Estamos despidiendo a los Capitanes Fernando Pedernera y Carlos Alberto Candia, citados por un Juzgado Federal de Comodoro Rivadavia, por hechos de guerra sucedidos en 1976.* Nadie firma el precario panfleto, que pronto se agota, lo que obliga a quienes los reparten, a esbozar breves explicaciones verbales, en tono coloquial, a un par de señoras que se acercan, curiosas, a preguntar por lo que ocurre.

El clímax se alcanza cuando los dos Capitanes convocados por la Justicia, aparecen, también de uniforme, con sus respectivos equipajes de mano, en el *hall* del Aeropuerto. Como un enjambre humano, los militares los rodean y tratan de saludar. Esa situación sí llama la atención de todos. A esa altura de la tarde, cerca de ciento cincuenta militares cubren de verde oliva todos los principales espacios anteriores al pre embarque.

Una vez que los Capitanes Pedernera y Candia entregan sus *tickets* de vuelo y cruzan la puerta de vidrio, comienza una lenta y muy conversada desconcentración. En pocos minutos el Aeroparque vuelve a su ajetreada normalidad.

La ASPRO 106 en el Círculo Militar

Pasados algunos años desde su salida del Colegio Militar, las promociones de Oficiales del Ejército Argentino, numeradas desde 1869, - año de su creación por el Presidente Sarmiento -, suelen comenzar a organizarse como asociaciones civiles, sin fines de lucro. Con ese objetivo, a través de gestorías especializadas y el auxilio de un par de profesionales, obtienen con el tiempo su personería jurídica y las obligaciones y derechos de cualquier otra asociación que la Ley contemple. Quienes obtuvieron sus despachos y sables de Subtenientes en diciembre de 1975 – de manos de la entonces Presidente constitucional, María Estela Martínez de Perón – se hallan, en este comienzo del otoño de 1987, dando sus primeros pasos en ese sentido. El Capitán Eduardo Cundins, Abanderado de la promoción 106, es el encargado del complejo armado. Informalmente se ha aprobado un nombre: ASPRO 106. Con el pretexto de conversar e intercambiar ideas sobre ese administrativo asunto, se convoca a una reunión en uno de los salones previamente reservados, del edificio del Círculo Militar, ubicado en la Avenida Santa Fe y Maipú, frente a la bella y arbolada Plaza San Martín de Buenos Aires.

No son los primeros. Para esa tarde de marzo, ya media docena de otras Promociones más antiguas, se han reunido en idéntico lugar y por asuntos similares. La convocatoria del Capitán Cundins, excede a cualquier pronóstico optimista. Cerca de un centenar de miembros de la 106 se dan cita en el lugar y a la hora indicada. Colabora con ello, que atraviesan el segundo año del grado de Capitán, lo que hace que muchos de ellos estén destinados en los Institutos de Estudios Superiores o unidades u organismos de la Capital Federal. Se labra una improvisada acta, donde cada uno firma, pone su aclaración y destino actual.

Con cierta demora por el *cuello de botella* que forma la firma del documento y con una temperatura más veraniega que otoñal, Eduardo Cundins llama la atención de sus compañeros, batiendo sus palmas, corto, pero enérgico.

- Señores, - levanta la pera como para llegar con las vistas a los más lejanos. Su cabeza apenas ladeada y esa mueca tan peculiar de entre cerrar un ojo, van logrando que el resto disminuya el volumen de sus charlas. Hay Oficiales que no se han visto desde 1975 – Señores – insiste – Compartirán conmigo que hemos tenido una respuesta a la convocatoria que no es habitual… Un puñado de nosotros deseamos ponerlos en conocimiento de una serie de trámites que hemos iniciado, con el objeto de lograr la personería jurídica de la Promoción 106 – a un costado, junto a unos cortinados, resalta la alta figura del Capitán Hernán Prieto Alemandi, siempre afable – No escapará al conocimiento de todos ustedes, los tiempos difíciles que nos ha tocado vivir como Oficiales y la incertidumbre que trae este ambiente de los *Juicios* que, si bien la superioridad nos repite a diario, está destinado a los responsables políticos del *Proceso*, no deja de influir sobre nuestro desarrollo profesional…

- ¡Eduardo! – interrumpe el Capitán Alejandro Brousson – Todos tenemos en claro el por qué de la reunión… El tema de la Promoción es muy loable y confiamos en tu criterio y en el de los camaradas que te acompañan en esa tarea… - hace un paneo sobre el resto, que como él, se mantienen parados en un ambiente escasamente ventilado, caldeado – Me parece que están ocurriendo cosas que pueden precipitarse en cualquier momento…

- ¡Más preciso, por favor! – se escucha desde el anonimato que da el fondo de este tipo de aglomeraciones.

- Me refiero claramente a la posible citación de Jefes y Oficiales por parte de distintos Juzgados Federales, sobre todo de Córdoba… - el Capitán Cundins siente, simultáneamente, que le han colaborado con encausar hacia el meollo de la cuestión, así como ha perdido parte importante del control del encuentro – Muchos de nosotros hemos despedido la otra tarde a Pedernera y a Candia en el Aeroparque…- el Capitán Brousson emplea un tono firme, seguro, sin estridencias - ¿Piensan ustedes que van a ser los únicos..? – explota a su favor el silencio general que se profundiza – Esto recién empieza…

- Si me permitís – intenta reflotar su autoridad Eduardo Cundins – la idea de varios de los que convocamos a esta reunión es precisamente analizar a nivel de la Promoción – su tono es mucho más dubitativo – qué cursos de acción adoptar en el caso que algún miembro de la 106 sea llamado a declarar…

- No es mucho lo que se puede hacer… - opina con voz estridente el Capitán Marcelo Gatto, también de Caballería, como Cundins – Las órdenes de los jueces, deben cumplirse… - un murmullo se eleva como zumbido de enjambre.

- No estoy diciendo que haya que desacatar nada… - se apura en aclarar Cundins, la mueca del rostro parece torcerse – estoy hablando de acciones que puedan paliar esos malos momentos…

- El Comandante en Jefe tiene que ser el *Pichón* Prieto… - murmura Gatto. El volumen es bajo para no provocar a quien habla, pero lo suficiente como para ser oído por los más próximos.

- Me parece, Eduardo – el que habla ahora es el Capitán Ernesto Larramendi, que conserva unos segundos su brazo levantado, como pidiendo permiso – que la Promoción, más que presentarse ante la familia de algún detenido o hacer llegar el auxilio profesional de un abogado, o hacerse cargo del sostén de quienes puedan quedar en situación de desamparo… - todos escuchan con bastante atención – Nada más. La nuestra es una reunión de egresados que, cada uno, integra un destino militar, tiene superiores, subalternos… Ante una situación de crisis, la Promoción no tiene injerencia alguna…, no puede tenerla… Sí, destaco lo que está planteando Alejandro Brousson…

- Lo que aquí se debe votar – toma la posta Brousson, con habilidad en el manejo de auditorios complejos – es si consideramos o no que la etapa que viene para las Fuerzas Armadas, debe interpretarse como la continuidad de la Guerra Revolucionaria a la que el país viene siendo sometido desde mediados de los sesenta, por otros medios… - las voces

de aprobación se alzan descontroladamente - ¿Por qué, Eduardo no pedís que levanten su mano los que piensan que es así…? – lanza, casi insolente.

Sin que nadie lo ordene, la casi totalidad de los presentes, hacinados en un caluroso salón del viejo palacete de Retiro, levantan decididos sus brazos.

La actitud de un Jefe

- Mi Coronel – el Ayudante se asoma en la puerta del despacho del 2do Comandante de la Brigada. La función la ocupa el Coronel de Artillería Jorge Luis Toccalino. Está a cargo de la Brigada XI, con asiento en la ciudad de Río Gallegos, por la licencia de su Comandante, el aún Coronel Heriberto Auel – El señor Jefe del Regimiento 35, de paso en su viaje hacia Rospentek, quiere presentarse y saludarlo…

- Que pase – indica sin demoras. Antes de terminar de ponerse de pié ingresa un Teniente Coronel con paso tranquilo, pero decidido, propio del estilo de la gente del Litoral. Lleva la gorra debajo del brazo izquierdo. Luce una peinada engominada, casi en desuso, que remarca una cabellera bastante completa, oscura y brillante. De frente amplia, ojos oscuros y boca ligeramente pequeña en comparación al resto del rostro, trae cara de pocos amigos. Lo que no sabe el 2do Comandante, es que se trata del gesto habitual de este Jefe de Unidad Mecanizada.

Se dan la mano con austero modo de cortesía. No se conocen de otros destinos militares. El Coronel confirma que Santiago Roque Alonso, ese Teniente Coronel de Infantería cuyo prestigio ha llegado a su despacho antes de este acto protocolar, es Oficial de Estado Mayor, Paracaidista y Comando. Lleva también una insignia propia de quienes cursaron estudios superiores en el extranjero, pero no reconoce su origen. Cuando el Jefe visitante en Río Gallegos acepta tomar asiento, comienza sin muchos rodeos:

- Terminada mi licencia, mi Coronel – la tonada misionera es evidente – He querido pasar a presentarme a usted, porque no lo había hecho desde que asumió su cargo…

- Un placer conocerlo Teniente Coronel…

- Igualmente, mi Coronel. En ausencia del señor Comandante – continúa tras su verdadero objetivo -, deseo informarle que durante estas semanas he aprovechado para madurar una serie de reflexiones sobre la situación que vive la Institución en los últimos meses – nota que el Coronel acusa recibo de lo denso del asunto que se viene -, razón por la cual, llegado a mi Unidad, elevaré al señor Comandante – hace un gesto de obviedad – y a usted, claro… un formal documento para que sea leído por ustedes y enviado a la superioridad… - aguarda el efecto de sus palabras.

- Con mucho gusto – el Coronel parece ingenuo – aguardamos entonces su nota… - se pone de pie. Disimula su incomodidad. El Teniente Coronel Alonso abandona su sillón. Ambos caminan hacia la puerta del despacho.

A ninguno de los dos les interesa seguir conversando. La visita ha cumplido con las formalidades de la milicia. Fundamentalmente ha anunciado a sus superiores sobre un proceder suyo futuro.

Lealtad. El anfitrión ha recibido un mensaje claro. En pocos días llegará una nota que estallará en el centro del Comando de la Brigada. Por los antecedentes de su autor, no presagia que sea un papel cualquiera. Habrá que aguardar y resolverse. Como pocas veces en los últimos días, Toccalino desea que regrese pronto de licencia el Comandante de la Brigada.

El *Florida Garden*

Los veteranos mozos serpentean las mesas siempre ocupadas por *habitués* que disfrutan de intercambiar información de todo tipo en esa tradicional esquina de Florida y Paraguay. Gente de la *City*, cambistas, *ochocuarenta*, agentes de bolsa, artistas de mediana fama, *cueveros*, periodistas, *servicios* de todos los colores y medidas, género y condición. Un lugar que incomoda a uno de los tres Teniente Coroneles que, con sus cortes de cabello, rigurosos sacos azules de hilo y pantalones grises, no pueden ser otra cosa que militares. Eso sí, están sin corbata. Los mocasines son otra libertad que se han concedido.

El incómodo es Gustavo Zenón Martínez Zuviría, Oficial Jefe de Caballería, diplomado de Estado Mayor. Escucha con cierto recelo a Enrique Carlos Venturino, dos años más antiguo que él, también Oficial de Estado Mayor, con la aptitud especial de Inteligencia Militar. El que parece estar más seguro de lo que le plantean es Arturo Félix González Naya, que mantiene en común con Martínez Zuviría, su Promoción de egreso, y con Venturino, la especialidad de Inteligencia.

- ¿Es un hecho, entonces, que van a empezar con grados intermedios…? – pretende reconfirmar González Naya, mientras se quita con la servilletita de papel, la espuma que el café *apenas cortado* dejó como rastro en sus bigotes.

- Mirá – les repite Venturino acomodando sus anteojos de gruesos lentes, semi oscuros – Alsina, Mones Ruiz y algunos más ya están sonando en los pasillos de los Juzgados Federales… - da una académica seguridad a lo que afirma – Nosotros ya tenemos conocimiento de *Órdenes de Reunión de Información* que circulan para saber si se van a presentar o no…

- ¿De la propia Fuerza? – Martínez Zuviría, extrañado.

- Del Ejército y de la Policía Federal… - pone más vehemencia, lo que hace que parezca crecer unos centímetros. Su pelo de los costados, largos y con restos de fijador, caen sobre las mejillas cuando se enardece - ¡Viejo, no lo dudemos más! ¡Es ahora o nunca!

- ¿Pero no hay un General que pare esta locura…? – Martínez Zuviría, miembro de una familia de tradición castrense, trata de hallar un camino que lo aleje de la ruptura de la disciplina.

- Tienen el *síndrome de la alfombra roja*… - sentencia *Quique* Venturino – Se encandilan con un auto con chofer, algunos vales de nafta y despachos confortables… La disciplina la han roto ellos – astuto – al abandonar a sus subalternos… - González Naya asiente, como confirmando la sentencia de quien los convocara – La oportunidad es ahora, tenemos que aprovechar que los *fierros* están con la *propia tropa*… - vuelve a calzar sus anteojos, que cada tanto descienden por su nariz transpirada – Tenemos muchas unidades al mando de

camaradas y amigos que se comprometen cada día más en apoyar a aquél que decida no presentarse ante un Juez, por hechos de guerra…

- ¿Se puede saber quiénes han dado su apoyo…? – arriesga *Macoco* Martínez Zuviría.
- Angelito León, el *Ñato*, casi seguro Lagos… - piensa – estamos en conversaciones con *Pocho* Polo… - percibe que no convence del todo –, en la Escuela de Infantería lo tenemos al *Tano* Listorti… - apura – Mirá, *Macoco*, las grandes revoluciones nunca las hicieron las masas… Un puñado de tipos decididos, pueden hacer historia…
- ¡Pero esto no pretende ser una revolución! – entre sorprendido y exhortante.
- ¡Claro que no! – apresurado - ¡Es para desnudar la falta de aptitud del *Generalato*… - despreciativo – Santiago Roque Alonso va a enviar por los canales de mando, una nota incendiaria… - levanta sus hombros - ¡Vamos a esperar qué le responden!
- Es que no tienen respuesta… - confirma González Naya.
- ¿Y el Coronel, qué dice…? – continúa Martínez Zuviría tratando de despejar sus dudas.
- No da señales… - le responde Venturino – Siempre con ese halo de misterio…
- Sería muy importante que una figura de su prestigio condujera algo así…
- No se puede esperar más… - sentencia el más antiguo – Cuando pretendamos hacer algo, vamos a estar todos presos… Fijate la Escuela de Guerra – trata de retomar la iniciativa y contagiar entusiasmo – Nuestra gente nos dice que el clima allí es muy favorable. Hay un grupo de Mayores y Capitanes, muchos de ellos veteranos, que están con mucha bronca por la falta de mando, por la pálida respuesta, por lo que huelen que se viene…
- ¿Quiénes son *nuestra gente*…? – insiste Martínez Zuviría.
- ¡*Macoco*! – interviene González Naya - ¿Confiás o no confiás?

Los dos Jefes de Inteligencia, sueltan el aire de sus pulmones cuando ven al Teniente Coronel de Caballería , asentir levemente con su cabeza. Venturino levanta la mano para llamar la atención del mozo. Pide la cuenta.

El *borghetto* de Ruta 8 y Márquez

Ubicada en uno de los extremos del Barrio Militar *San Martín*, sobre la calle interior que corre paralela a la Ruta 8, la número 12 es un amplio caserón de dos plantas, construida en épocas de esplendor del país. Amplias galerías, techos de tejas españolas, pisos de parquet, escalera principal de nogal, tres dormitorios, dos dependencias de servicio, lavadero. Los parques separan las casas sin necesidad de límites físicos. Grandes espacios verdes se interponen entre cada una de las viviendas.

Normalmente le son asignadas a las familias numerosas, cuyos miembros militares, prestan servicios en Campo de Mayo, en El Palomar o en el mismo partido de San Martín.

Diseñado y construido en otros tiempos, el mantenimiento del predio en general, deja bastante que desear. Casi no pasa el tractor – única forma de mantener el césped corto en tan vastos terrenos – y cuando algo deja de funcionar o se deteriora, es el habitante de cada morada quien se las tiene que arreglar para solucionar el asunto. Una máquina de cortar pasto eléctrica, comprada entre todos los habitantes del barrio, pasa de casa en casa, en un circuito que nunca acaba y que, por las dimensiones de los jardines, es harto insuficiente.

El Capitán Juan Jorge Ferreyra, artillero, veterano de guerra, Paracaidista y Montañés, aprovecha para hacer uso de la tan codiciada cortadora. Emplea el tiempo del atardecer que le queda, después de regresar de cursar el inicio de su segundo año en la Escuela Superior de Guerra. Con la precaución necesaria de no pasar las hojas segadoras por sus desnudos pies con ojotas, distrae su vista en el vecino que se le aproxima. Reconoce enseguida al *Flaco* Sánchez Zinny. Esa manera de caminar es inconfundible. La cabeza apenas ladeada. *Derechito, como Granadero*, piensa para sí.

- ¿Qué hacés, *Mono*? – saluda el recién llegado. Aguarda que su compañero y vecino mueva el interruptor, para no tener que gritar.

- ¿Qué decís, *flaquito*? – en tono pausado, grave, con aire de arrabal – Si querés la máquina tenés que esperar… - hace látigo con un tramo del largo cable, envuelto cada tanto en trozos viejos de cinta aisladora – Se la saqué a Balestrino, que no se siente bien y después está anotado Andrés Ávalos…

- ¡Cómo me *aplicás la tira*, *Mono*…! – bromea.

- Eso te pasa por haber demorado el ingreso a la Escuela… - abre grande sus ojos morunos – Quisiste darte el gusto de ser Jefe de Compañía en el Colegio Militar y ahí estás… - disfruta – con la mochilita y los útiles nuevos del primer día de clase…

- ¡Sos mala persona, además de *pomo*! – le replica Sánchez Zinny.

- Es una redundancia… - festeja el otro - ¿Qué tal esas primeras semanas? ¿Quién es tu Jefe de Grupo?

- Robinson, un Teniente Coronel de Comunicaciones… - le ofrece un Particulares 30 que el otro rechaza – El Capitán de la Vega es el Bedel…

- ¿Uno grandote, de Caballería?

- Sí, ese… - echa humo por la nariz - ¿A qué no sabés a quién tengo de compañero de banco?

- ¿A quién? – interesado.

- Al *Machito* Robledo…

- ¡Qué personaje! – ambos se ríen con ganas - ¡Gran tipo!

- ¡Sí! – confirma el otro.

Desde un Dodge enorme que porta un embalaje cuadrado y negro sobre el techo, tocan bocina. Avanza demasiado rápido para circular dentro del Barrio. Ambos Capitanes levantan sus brazos respondiendo al saludo.

- ¡Este loco de mierda un día va a atropellar a alguno…! – anuncia Ferreyra – Mirá – regresa al hilo de la conversación – en la Escuela el secreto está en soportar el primer año, en segundo más o menos la piloteas – ahora sí le hace la señal para que le convide un cigarrillo -, es muy difícil modificar la grilla de cómo terminas el año anterior – agacha la cabeza para recibir fuego -; y en tercero hacés la *plancha*…

- La contás muy *fácilonga*… - pone en duda lo que escucha.

- ¡Es así, *flaquito*! – levanta los hombros estrechándolos hacia el centro del cuerpo, lo que lo hace aún más parecido a un cantor de tangos – ¡Pobre *Machito* que le tocó sentarse al lado tuyo…!

- ¿Por qué?

- Porque vos sos un número puesto… - resopla con suficiencia. Levanta una palma de su mano para no dejarse interrumpir - ¡Es así! – insiste con su argumento – A la *mersa* como nosotros es a la que nos apuntan los cañones… Ahora, si en primer año demostrás que sos *piola*, y más o menos la vas llevando, después caminás solo… - deja la frase en suspenso. El otro lo escucha con curiosidad…

- Lo que decís de tercer año debe ser cierto – acota Sánchez Zinny – Tengo un par de amigos que los veo moverse todo el día sin ningún apremio…

- - ¡Qué es así! – reconfirma – Creéme…

- A propósito de tercer año… - lo mira fijo a los ojos - ¿Estuviste en el Aeroparque…?

- Claro, ¿no me viste…? – se apoya sobre el manubrio de la máquina apagada – Me llevó el *Carón* Candia…

- ¡Cierto! – reacciona el otro – No me acordaba que son hermanos… ¿Qué pensás de todo esto…? – ambos saben perfectamente a qué se refiere.

- Que termina muy mal… - reflexiona -, que si no se pone un límite nos van a sacar hasta los calzones… - enciende el motor eléctrico – Tarde o temprano van a citar a gente más moderna… - el ruido a la vez de obligarlos a hablar más alto, cubre sus voces – Y ahí no sé qué pueda pasar… Los Mayores y los Capitanes antiguos están muy calentitos…

- Bueno – propone Sánchez Zinny – Tenemos que mantenernos en contacto…

- Seguro – acepta Ferreyra – Daniel siempre tiene buena información – señalando con la cabeza, el cigarrillo en los labios, hacia la casa del Capitán García Iglesias – En el Edificio *Libertador, las paredes hablan*…

Se dan una palmada en los brazos y sigue uno pasando la máquina por su jardín, mientras su vecino regresa directo para su casa. *Habrá que seguir soportando el pasto alto, que ensucia y pegotea todas las botamangas de los pantalones*, piensa para sí, el que se aleja.

Antes de ingresar por el lavadero de la casa 12, descubre a Daniel García Iglesias bajando de su auto. Un procedimiento que hace totalmente solo y que le lleva un par de minutos. Un sistema eléctrico accionado desde el tablero, desplaza la plegada silla de ruedas desde la parte superior del techo, hacia el costado del conductor. En un segundo movimiento la pone vertical y la desciende hasta el suelo. Allí el Capitán la toma con sus fuertes brazos y la arma. De un salto queda acomodado sobre la lona. Cada vez que Sánchez Zinny lo observa en esta operación, le dá la impresión que va a caerse de lado, cosa que nunca ocurre. Lleva años, Daniel, con esa seria limitación física, pero se maneja con total naturalidad.

- ¡Qué tal vecino! – lo recibe García Iglesias

- ¡Buenas tardes, mi Capitán! – tuerce el rumbo para acercarse al recién llegado - ¿Qué tal ese Estado Mayor?

- ¡Horrible! – dispara - ¡Un ambiente de mierda! – debe hacer más fuerza para mover las ruedas porque está sobre el pasto crecido. No le gusta que lo ayuden. Sánchez Zinny ya lo intentó un par de veces, sin éxito – Y ahora el tema de los Capitanes… - deja en suspenso.

- ¿Quiénes?

- Mones Ruiz y Alsina… - con gesto de *cómo no estás enterado* - ¿No los conocés…?

- No, mi Capitán… - sincero – Fui compañero de un Mones Ruiz en el Liceo, pero no sé si son hermanos o primos… ¿Qué les pasó?

- Todavía nada – con el último esfuerzo alcanza la vereda de su casa, lo que aliviana la circulación de la silla – Pero todo el mundo habla que los van a citar a declarar… Por supuesto nadie lo confirma, menos los Generales; o los Coroneles que están en el *año de la humillación* – el otro hace una mueca de desconsuelo – Así que nos van *a tirar a los leones*, acordate lo que te digo… - sigue hablando mientras se aleja – En medio de ese *nido de*

> *víboras*, yo sobrevivo con mi sillita y poniendo cara de *boludo*…, ellos hacen como que me pagan y yo hago como que trabajo… - se pierde al doblar en la esquina de su casa, saludando con una mano en alto, ya de espaldas.

Un Suboficial y un Soldado, de la Guardia, pasan cerca de las dos viviendas. Los sigue un perro negrito, peludo, atorrante.

"El que avisa, no traiciona…"

Rospentek, 05 de marzo de 1987

Objeto: Informar y solicitar

AL COMANDANTE DE LA BRIGADA DE INFANTERÍA MECANIZADA XI

Señor Coronel D Heriberto Auel

En mi doble condición de Oficial y Jefe de Unidad del Ejército, estimulado por el sentido del honor y por la lealtad que le debo, me dirijo respetuosamente al señor Comandante a fin de exponerle mi opinión sobre los aspectos que actualmente considero afectan mi situación de militar, de miembro del Ejército Argentino, así como la formación Integral de mis subordinados, principalmente en lo relacionado a su moral, como consecuencia de la aplicación de la llamada "Ley del Punto Final".

Las consideraciones que expongo al señor Comandante se fundamentan en la aplicación de los conceptos éticos y principios fundamentales insertos en el Reglamento del Servicio Interno (RV 200-10), INTRODUCCION en cuyo punto II., Finalidad, se señala: "…que todo el personal de la institución, condicione su desempeño dentro de la misma ajustándolo a dichas normas, conceptos y principios como forma de lograr une sólida disciplina y un criterio sano y uniforme de conducta". Dichos conceptos y principios, juntamente con los del honor, me fueron dados con el carácter de contenidos esenciales de mi educación como cadete del Colegio Militar y a los cuales he tratado de ser fiel en el ejercicio de mis responsabilidades, en el transcurso de casi 23 años de servicio.

5. *El juzgamiento de personal militar, por hechos ejecutados en el transcurso de la guerra contra la subversión marxista – leninista en la década 1970/1980, constituye un acto de represalia injusto y arbitrario contra las FF.AA. y en particular contra el Ejército, que se ampara en la potestad y majestad de la justicia.*

   Fundamento lo expresado en las siguientes razones:

a. *La subversión marxista – leninista constituye un fenómeno político violento multifacético; representa el principal instrumento de la estratégica indirecta de agresión al servicio de la Política de Poder de la Unión Soviética y la expresión secundaria de la expansión de la*

ideología comunista, a pesar que puede apoyarse en causas socio económicas internas objetivamente injustas.

b. *La Nación Argentina fue objeto de la agresión marxista – leninista, con particular intensidad a. partir de 1969. En 1972, adquirió abiertamente las formas violentas de la "Lucha armada para la conquista del poder". Las FFAA, de seguridad y policiales fueron atacadas así como innumerables civiles que en funciones de gobierno, la cátedra o la empresa se oponían o servían a sus fines de intimidación.*

c. *Las características de la nueva forma o modalidad de la guerra subversiva o sub-limitada, "que nos fue impuesta", como reiterada y oficialmente lo reconoció el Ejército, escapó a los procedimientos de combate y a los usos de la guerra convencional o clásica y también a las normas jurídicas establecidas en toda sociedad para defenderse de los delincuentes comunes.*

d. *El gobierno constitucional que asumió en 1973, juntamente con la casi totalidad de las Fuerzas políticas opositoras, no sólo liberaron indiscriminadamente a los terroristas que se encontraban detenidos sino que no quisieron o fueron incapaces de concebir una solución política jurídica eficaz para enfrentar con éxito a las bandas subversivas que resurgieron rápidamente y con mayor fuerza.*

e. *El PEN constitucional ordenó a las FF.AA., particularmente al Ejército, empeñarse en operaciones militares contra los elementos subversivos; primero en TUCUMÁN (12 Feb 75), y luego en la totalidad del país, sin asegurar a las fuerzas el mínimo respaldo jurídico en cuanto a la "legalidad" de los procedimientos.*

f. *Las FF.AA. instruidas y educadas espiritual material y tácticamente para enfrentar a un enemigo exterior, debieron participar en una guerra para lo cual no habían sido debidamente preparadas.*

   La lucha se desarrolló en el marco de una guerra civil, en la cual los elementos terroristas nunca alcanzaron el reconocimiento de beligerantes y en la que ninguno de los contendientes estuvo amparado por el Derecho Internacional de Guerra.

   Sobre 1ª marcha se improvisaron procedimientos y métodos de combate y, en razón de que los de uso en la guerra convencional ***o*** *clásica resultaban totalmente ineficaces e inadecuados para las nuevas situaciones que planteaban un enemigo civil, organizado secretamente, que operaba en la impunidad que le ofrecía la "clandestinidad" y su indiferenciación absoluta de la población.*

   Superando los eufemismos, puede decirse que se trató de hecho de una guerra sin ley o norma positiva superior a la que las partes debieran sujetarse o respetar. Las acciones y el trato entre los contendientes quedó librada a las consideraciones morales y humanitarias que cada uno se impuso como límite. La guerra se mostró en toda la crudeza de su naturaleza infernal: un acto de fuerza brutal e irracional. La lucha se desarrolló sin limitaciones por la necesidad de vencer a toda costa y lo más rápidamente posible.

g. *Las FF.AA. y en especial el Ejército, por su despliegue territorial, en el marco de un estado de necesidad y de emergencia nacional con la aprobación tácita de la población respondiendo a*

intereses y fines legítimos y justos cuales fueron: preservar el bien común público nacional de ese momento, la continuidad histórica de la Nación, la integridad de su territorio, el mantenimiento de la paz interior y restablecer el normal desenvolvimiento de las instituciones de la República, cuyas respectivas existencias estaban amenazadas por la agresión de la subversión marxista – leninista, debieron ejecutar operaciones militares en actos del servicio. Los procedimientos que se utilizaron desde el punto de vista de las normas jurídicas positivas vigentes, fueron "ilegales"; en la medida que no estaban amparados ni respaldados por una legislación que contemplase las nuevas modalidades de la violencia impuestas por la subversión y de que, las existentes para la represión del delito común eran totalmente ineficaces y absolutamente insuficientes.

h. En tal sentido, las acciones ejecutadas por los miembros de las FFAA y del Ejército en el transcurso de la guerra contra 1ª subversión marxista –leninista, no fueron actos policiales sino actos de guerra, pero de guerra civil.

Los adversarios no estuvieron encuadrados por las normas del derecho de guerra ni por las del Derecho Penal, en la medida que los "modus operandi" – novedosos e inéditos- conque acciona el terrorismo subversivo no ha sido hasta ahora objeto del derecho humanitario ni fue considerado en los usos y costumbres de la guerra.

Por dicha razón, considero que los actos de guerra de los miembros de las FF.AA. y por ende del Ejército, escapan el campo de lo jurídico y, por lo tanto, no pueden ser punibles; excepto en aquellos casos que se hubiese abusado de la autoridad en provecho o beneficio propio.

i. En caso contrario, los actos horrendos y no punibles comunes a cualquier guerra, quedarán confundidos con actos delictivos y punibles realizadas por un grupo de facciosos; confusión aún más factible dada la condición civil del adversario subversivo que hace que cada acción militar parezca un atentado; cada prisionero un secuestrado; cada muerte un asesinato; cada ataque a sus refugios, un allanamiento ilegal de domicilio; cada interrogatorio, un vejamen; cada lugar secreto de reunión de prisioneros un centro clandestino; el botín de guerra, un robo. Diabólica mutación de la verdad histórica destinada a transformar al subversivo en víctima y al militar en delincuente. Calificativo a la que no podrá escapar ningún miembro del Ejército que se haya incorporado a sus filas por lo menos hasta el año 1980, en la medida que si no participó en la lucha, con su silencio u omisión avaló el método y los procedimientos.

j. A lo anteriormente señalado debe agregarse el enorme aparato de propaganda y de coacción psicológica, muchos de ellos bajo el control del Estado y por ende del PEN, que a partir del 10 Dic 1983 fue puesto al servicio de la difusión de todos los argumentos agraviantes contra 1as FF.AA. y en particular contra el Ejército Argentino, haciendo posible la malformación de las mentes, el adormecimiento de las conciencias y el quebrantamiento de la voluntad de la mayoría de la población, para recibir sin examen las acusaciones y afirmaciones falaces de quienes en el poder o a su sombra, se constituyeron en portavoces de la revancha y del odio.

k. Por lo tanto, aprecio que toda solución a lo actuado en la guerra contra la subversión marxista – leninista, así como a sus consecuencias, debe dársele un enfoque y una solución esencialmente político. En tal sentido, aprecio que no puede ser trasladado al ámbito jurídico

lo que es una responsabilidad estrictamente política, más cuando el objeto que origina la cuestión fue un hecho político, como es la guerra.

Considero que toda decisión o argumentación que en la presente circunstancia, haga referencia aséptica, teórica o abstracta del más puro respeto por el derecho o por el estado de derecho como camino exclusivo y excluyentes de cualquier otra alternativa de solución (superando el plano de las meras buenas intenciones), cae bajo la sospecha de retacear o eludir artificiosamente la solución política del problema que afecta a la Institución y a muchos de sus miembros.

Lo anteriormente expuesto, sintetiza las razones que me lleva a apreciar que el juzgamiento del personal militar, por la ejecución de actos de guerra contra la subversión marxista – leninista, constituye un hecho que se caracteriza por ser:

1) *Una represalia, porque se ejerce sobre los supuestos excesos que habría cometido el vencedor en el desarrollo de una guerra civil.*

2) *Injusto, porque pretende juzgar a hombres que cumplieron órdenes impartidas a través de los resortes institucionales de las respectivas FF.AA., haciendo abstracción del contexto histórico que se vivió y de la naturaleza política de los hechos de guerra que califica como excesos.*

3) *Arbitrario, porque pretende resolver jurídicamente un problema esencialmente político, trasladando a otro poder de la República la responsabilidad de resolver una situación histórica que no puede ni debe ser judicializable.*

2. *La necesidad de definir cuanto antes la contradicción entre la reivindicación de la guerra contra la subversión marxista – leninista y, simultáneamente, el procesamiento de miembros del Ejército por 1ª ejecución de actos de guerra realizados en el desarrollo de la misma.*

El Ejército Argentino oficialmente asumió la guerra contra la subversión como una guerra justa y legítima.

Fueron condecorados Oficiales, Suboficiales y Soldados, así como las Banderas de Guerra de las Unidades que por distintas causas se consideró merecían el reconocimiento público y el de sus pares.

Mes a mes, fueron y son recordados en formación los hechos que la agresión marxista consumó, así como las acciones en que participó el Ejército y en las que algunos de sus miembros e inclusive familiares perdieron la vida. Ello contribuyó y contribuye a exaltar la justicia de la causa que las FF.AA. y el Ejército defendieron. Estrechan los lazos solidarios de 1ª s nuevas generaciones con el pasado, sirven para incrementar el espíritu de cuerpo y mantener la tradición histórica viva, y presentan para la emulación conductas y personalidades ejemplares.

Todos estos hechos, que se mantienen vivos y presentes en la memoria de los cuadros y soldados del Ejército, adquieren mayor valor y significación si se considera que fueron y son desarrollados, no obstante el accionar del extraordinario aparato propagandístico y de coacción

psicológica, destinado a ahogar y reducir a su mínima expresión todo gesto que tienda a exaltar las motivaciones y objetivos que nos guiaron en la lucha.

Cuando algunas personalidades políticas atacan a las FF.AA. y al Ejército, porque estos no han abandonado "la ideología de la guerra contra la subversión marxista – leninista" y, en consecuencia, porque no realizaron una profunda autocrítica de lo actuado en ese momento histórico, tal como es su deseo intimo; es necesario admitir que dicen la verdad. En efecto, considero que a pesar de todos los embates y esfuerzos para lograr ese objetivo, no pudieron quebrar la solidaridad de las FF.AA. y del Ejército con ese pasado y entre sus miembros.

A pesar de lo anteriormente señalado, no puedo dejar de resaltar la contradicción que aprecio se produce al observar el espectáculo del procesamiento y juicio de miembros del Ejército y de las otras FF.AA., por las mismas causas y motivos que institucionalmente se exaltan, recuerdan y veneran. Esa contradicción creo que es aún más profunda, cuando se pretenden diferenciar los hombres de la gesta legítima y justa; con el agravante de que nuestros camaradas son acusados por actos de guerra que, como ya lo expresara en el punto precedente, son inseparables y consustanciales de la guerra misma contra la subversión marxista – leninista.

En tal sentido, considero que toda contradicción debe ser resuelta o superada, pues no se puede vivir indefinidamente en la misma. En algún momento, necesariamente ocurrirá una quiebra en el interior de los hombres, que son los sujetos y actores de esa incompatibilidad. Desde el punto de vista institucional, estimo que el Ejército deberá decidir: si repudia lo actuado en la guerra contra la subversión y en consecuencia acepta el juzgamiento de sus hombres, o bien lo reivindica, se solidariza y rechaza el mencionado juzgamiento.

El pretender mantenerse en esa dualidad, estimo conducirá a incrementar la confusión, a perder el sentido de lo que es debido y finalmente a perder la unidad y cohesión como consecuencia del desdoblamiento de la personalidad institucional y personal así como por la pérdida de la identidad.

3. *La consumación del juzgamiento de miembros del Ejército, por la ejecución de actos de guerra contra la subversión marxista – leninista, por la gravedad que tal hecho implica, aprecio que quebrará la confianza, la lealtad y la credibilidad que deben existir entre superiores y subalternos y por ende, destruirá los fundamentos de la subordinación, de la obediencia y de la disciplina.*

Del resultado de las citaciones del personal militar a los estrados judiciales, de acuerdo a lo que es de público conocimiento, surge que subalternos que se limitaron a cumplir las órdenes que le impartieron sus superiores inmediatos y ejecutaron actos de guerra, deben responder por la comisión de supuestos crímenes. Estos subalternos procedieron de acuerdo a la educación que recibieron, confiando en sus superiores y guardándole la lealtad debida.

Ello implicará, a mi entender, un grave daño moral para la Institución, para los miembros del Ejército que deben responder ante la justicia aunque no sean condenados, y para el resto de los cuadros; los cuales, para no verse en el futuro comprometidos en similares

acusaciones, inevitablemente pasaran a "revisar" la procedencia y pertinencia de las órdenes que se le imparten.

Es que la relación de subordinación y obediencia entrará en crisis y su cuestionamiento será insalvable en toda circunstancia; por la importancia o gravedad de las órdenes, los subalternos se vean impelidos la requerir a sus superiores el origen y/o respaldo legal de las mismas, para no verse enfrentados a similar situación que la presente.

Hasta el momento, el Reglamento del Servicio Interno (RV 200-10 – INTRODUCCION), considera a la disciplina como "base de orden y garantía de éxito" y además establece:

a. *Que "debe inculcársela de tal manera que las disposiciones superiores, leyes y reglamentos y órdenes militares sean cumplidos sin vacilación y a los menores impulsos del comando". (RV 200-10; INTRODUCCION, III. E.)*

b. *Que "es en suma una posición espiritual, que se manifiesta por la subordinación de grado a grado, el respeto y la obediencia confiada e instantánea a las órdenes del superior".*

De lo mencionado se rescatan "el cumplimiento sin vacilación a los menores impulsos del comando" y la "obediencia confiada e instantánea"` a las órdenes del superior.

En esta situación considero que no es aventurado preguntarse: ¿qué quedará de la disciplina, de la obediencia confiada, del cumplimiento sin vacilaciones de las órdenes, de la instantaneidad de su ejecución, después de este enjuiciamiento de los camaradas? ¿Qué confianza mutua podrá haber entre superiores y subalternos?

Considero que la confianza del subalterno en su superior y viceversa, constituyen el fundamento de la obediencia y ésta, a su vez, es el alma de la disciplina en el Ejército y en toda institución jerárquica. ¿Qué será de la credibilidad del superior si no existe esa predisposición o eslabón espiritual que lo une al subalterno y que está dado por la confianza?

Quebrada o sospechada la confianza, se quebrará 1ª unidad y cohesión del Ejército, pues ninguna de las dos pueden existir, sin el efecto de adherencia esperanzada que provoca la confianza.

Si se llega a ese punto tan grave, en mi opinión se habrá terminado de romper la columna vertebral de la moral y del espíritu militar que aún resta al Ejército Argentino. Podrán permanecer edificios, armamentos y brillantes formalidades, pero estarán vacías del contenido ético que nos legaron quienes dieron nacimiento al Ejército (muchos Padres de la Patria o Padres Fundadores) y sucesivas generaciones de soldados, con todos sus errores y aciertos.

4. La situación del personal militar sometido a proceso, no puede constituir un problema de resolución puramente personal, sino que considero debe ser asumido en toda su plenitud como una responsabilidad de la Institución.

Los miembros de las FF.AA. y del Ejército, hoy sometidos a proceso judicial por la ejecución de actos de guerra contra elementos subversivos, lo hicieron en cumplimiento de una orden emanada: de sus superiores jerárquicos, que se encontraban en ejercicio pleno de sus funciones, utilizando procedimientos administrativos y tácticos vigentes y, es de suponer, mediante el empleo de las técnicas rutinarias y en uso para 1ª impartición de las ordenes y su correspondiente supervisión.

Todo ello enmarcado dentro de los mecanismos de la disciplina militar, movilizada por la obediencia que impone 1ª subordinación fundada en la confianza mutua entre superior y subalterno, y en la credibilidad que la personalidad, ascendiente, conducta y ejemplo que el Jefe respectivo generaba en sus subalternos; de acuerdo al razonamiento lógico que el suscripto señalara en el punto 3. Y precedente.

Ese ha sido el entendimiento que he tenido, sobre los mecanismos con que funcionó el sistema de comando y control de las operaciones militares llevadas a cabo contra la subversión. No descarto que pudieron haber ocurrido anormalidades en este proceso de decisiones, impartición de órdenes y ejecución de las mismas. Eso ocurrió en todas las guerras. Sin embargos no me consta a través de las opiniones ni testimonios que llegaron a mi conocimiento, así como tampoco en 1as acciones en que participé, de que ello haya constituido un hábito o una falta de extensión generalizada.

En los casos en que lo expresado pudo haber acontecido, aprecio que debió y debe ser atribuido exclusivamente a la incapacidad para el ejercicio del mando y a la debilidad de carácter por parte de aquellos superiores que eran responsables de la vigilancia de la tropa que comandaban. En este punto, ningún militar puede excusarse o disculparse con la omisión o negligencia de sus subordinados; o manifestar que no pudo mantener la disciplina ni cumplir las órdenes recibidas, en 1ª inteligencia de que el disimulo o 1ª tolerancia de las faltas que hayan podido cometer sus subordinados, hace recaer exclusivamente sobre ese Jefe la responsabilidad (Reglamento del Servicio Interno; RV-200-10, INTRODU CCION, IV, C, E. y G).

Si la lógica y 1ª verdad del razonamiento expuesto hasta este punto son admitidas como tal, entonces debe ser rechazada toda argumentación que sostenga la validez de la responsabilidad individual de los miembros del Ejército y, en consecuencia, aprecio que debe asumirse plenamente la responsabilidad Institucional.

Por lo anteriormente expuesto y en la convicción de que no existieron en el Ejército Argentino combatientes u operadores individuales, empeñados en una guerra facciosa o privada, me lleva a sostener que, en el transcurso de la guerra contra la subversión marxista – leninista, el personal militar ejecutó operaciones militares y de inteligencia organizados institucionalmente y en cumplimiento de órdenes del servicio. En consecuencia, considero que la situación de los miembros de la fuerza sometidos a proceso judicial no constituye una responsabilidad individual o personal, sino estrictamente institucional, la que debe ser asumida en plenitud por el Ejército Argentino.

De no procederse de esa forma, aprecio que se contribuye a dar validez a la falsedad que sostiene que los miembros del Ejército constituimos una organización facciosa, no sólo ilegal sino también ilegítima; armadas equipada e instruida para delinquir mediante el terrorismo de estado.

Precisamente esa es la tentación que aprecio se debe superar, aún cuando no se esté personalmente involucrado en ni ningún proceso y, no obstante, 1ª tremenda presión que ejerce el aparato de propaganda y de coacción psicológica, para convencer en sentido contrario. De no producirse de esa forma, es probable que en la intimidad y silencio de la conciencia, a pesar de las apariencias formales, se deba admitir que se han perdido los fundamentos y por lo tanto la razón de ser y de existir del Ejército Argentino.

Excluyo de estas consideraciones al personal militar que, abusando de su autoridad, haya delinquido en beneficio o provecho propio, pero cuyo número resulta irrelevante, frente a la enorme cantidad de cuadros que participaron en la lucha y que pusieron lo mejor de su capacidad y honestidad al servicio de una causa justa.

5. *El temor de que la ausencia de solidaridad con los miembros del Ejército, sometidos a proceso judicial por haber ejecutado actos de guerra contra la subversión materializa la desintegración moral de la institución.*

A mí entender y lo que me ha sido trasmitido en el proceso educativo, no es suficiente la disciplina para mantener sólidos los cimientos de la unidad y de la cohesión del Ejército.

Considero que además de la disciplina, la fuerza unitiva primordial de la institución está dada por la aptitud espiritual, personal y de conjunto, de la solidaridad. Esta no es otra cosa que la ligazón o comunidad de creencias, valores, responsabilidades, intereses y sacrificios comunes, existentes entre sus miembros y dirigido a un fin o destino a compartir, también común, y que trasciende a cada una de las partes. Ella se materializa en un darse a los otros generosa y gratuitamente y que para algunos se objetiva en el espíritu de cuerpo.

La solidaridad se trata del amor de amistad que ya Aristóteles supo de distinguir del amor por interés o por placer, ambos mezquinos y pasajeros. Sin ese don de sí mismo, sin esa entrega gratuita más allá de lo que es estrictamente debido y sin esperar reciprocidad, estimo que no es posible ninguna empresa humana honesta, grande o pequeña, que pueda durar, crecer y alcanzar su fin en plenitud. Sin esta generosidad del espíritu que predispone a darse por los que están próximos, más allá de lo que es debido, sólo habrá división, aislamiento, fragmentación y el predominio del hombre y de la actitud egoísta.

Asimismo, entiendo que la solidaridad no es un imperativo moral con los hombres del presente, sino también con el pasado, porque es de ahí donde surge la continuidad histórica.

Quienes hemos servido en el Ejército durante la guerra contra la subversión y no ignoramos lo que muchos camaradas hicieron, no sólo por todos los argentinos, sino también por los miembros del Ejército, aprecio que no podemos desconocer ni dejar resignadamente al

azar a quienes, en ese don de sí mismo en ese momento histórico, conscientes o no, obraron hasta el sacrificio.

De no procederse con esa reciprocidad moral y material, habremos contribuido a romper o quebrar los lazos de la unión solidaria, fraterna y fecunda, que con mayor o menor grado siempre existió en el Ejército a través de toda su historia y, en consecuencia, habremos lanzado a la institución hacia el camino de la consumación de su desintegración moral.

En tal sentido, no creo posible que pueda mantenerse la unidad y cohesión del Ejército, si no se mantiene la integración en la amistad y solidaridad de sus miembros, más aún cuando en esta circunstancia el motivo de la prueba lo constituye una causa legítima, como lo es la guerra contra la subversión marxista – leninista.

No habrá pasado desapercibido el señor Comandantes mi insistencia en los aspectos morales del problema en cuestión. Precisamente, considero que el mismo debe ser visto desde una perspectiva moral, en donde las ventajas o desventajas, las conveniencias o no sólo servirían como un marco secundario de referencia para la acción.

No puedo dejar de pensar de otra manera, cuando al interpretar a mis subordinados, como consecuencia de sus presentaciones rescato el siguiente concepto: "…, y permitirá dejar a quienes nos precedan un Ejército empobrecido circunstancialmente, incólume en su moral y espíritu, con un respeto profundo por la jerarquía y fe en sus comandos responsables".

Finalmente, aprecio que estas difíciles circunstancias por la que atraviesa el Ejército Argentinos juntamente con las otras FF.AA., nos colocan una vez más en una encrucijada ética.

En el orden personal, considero que el mandato imperativo que nos fuera impuesto por el general SAN MARTIN, "Ser, lo que debemos ser", sobrevive aún en el alma colectiva del Ejército Argentino y que, en consecuencia, no es materia de opción sino de cumplimiento.

Por todo lo anteriormente expuesto, solicito al señor Comandante quiera tener a bien considerar la posibilidad de gestionar ante quién corresponda, se instrumenten las acciones necesarias para que, cuanto antes, puedan superarse las causas que se señalaron como negativas y se remedien los efectos de igual signo, que aprecio producen en la Institución y en el normal cumplimiento de su misión de contribuir a "salvaguardar los más altos intereses de la Nación".

Firmado

Santiago Roque Alonso

Teniente Coronel – Jefe

Regimiento de Infantería Mecanizada 35

Reuniones y órdenes preparatorias

El comienzo de las clases en las Escuelas de Estudios Superiores del Ejército conforma el marco apropiado para una discreta y paulatina convocatoria que se va insinuando en charlas de café, en encuentros casuales durante los recreos entre materia y materia, en los grupos de estudio, en las invitaciones sociales. Las más formales se materializan los sábados por la tarde, tanto en el *bufete* de Augusto *Yuyo* Padilla, en la primera cuadra de la elegante calle Quintana; como en el domicilio de aquellos que no viven en los barrios militares, tal el caso del departamento del recién casado Mayor Mauricio Fernández Funes, en Agüero casi Avenida Santa Fe.

Siempre las presiden *los Teniente Coroneles*, entre los que casi nunca está ausente Venturino. Aumenta el número de Capitanes y Mayores que se suman a largos y tensos encuentros donde se escucha la situación que plantean los Jefes y los probables cursos de acción a tomar. A través de la información que actualiza en cada reunión el Teniente Coronel Enrique Venturino, todos los concurrentes a esas tertulias toman por inobjetables las apreciaciones y novedades que vierte este hombre de la Inteligencia Militar, que presta servicios, nada menos, que en el Senado de la Nación y mantiene una fluida relación con el General de Brigada Francisco Eduardo Gassino, de la Jefatura II – Inteligencia - del Estado Mayor General del Ejército.

Los más jóvenes concurren plenos de ansiedad y emociones contrapuestas. Son conscientes que están a escasa distancia de alzarse contra una disciplina castrense que ha sido la columna vertebral de su vida, tanto como alumnos, como profesionales. Muchos de los Jefes que convocan han sido antiguos instructores suyos en el Colegio Militar o en cursos de perfeccionamiento. Las astutas intervenciones de Venturino no dejan nunca de mencionar apellidos como Alonso, León, Lagos, Rico, lo que sella la garantía de estar siendo convocados por los mejores, por los *combatientes*. En esos encuentros reservados se escucha la verba encendida de mandos medios como Fernández Funes o Vercellotti, que por sus jerarquías y prestigio se van posicionando como informales responsables del reclutamiento en las Escuelas, fundamentalmente en la de Guerra.

En una de las últimas coordinaciones, se llega al detalle de conformar *parejas de combate*, diseñadas sobre la base de cercanía de domicilios, poseer o no teléfono en sus casas o sencillamente por afinidad. Para ello se intercambian direcciones y contactos los Capitanes entre sí: Emilio Morello con Horacio Linari; Jorge Villarreal con Luis López; Hernán Risso Patrón con Martín Sánchez Zinny, Miguel Macchi con Ernesto Larramendi y así el resto.

Durante fines de febrero y principios de marzo de 1987 la reunión de información de la inteligencia militar advierte que pueden ser convocados por la Justicia Federal los Capitanes

Enrique Pedro Mones Ruiz y Gustavo Alsina. *Los Teniente Coroneles* señalan esa potencial circunstancia como la oportunidad para el inicio de una operación militar incruenta. Deciden que es tiempo ya de materializar y hacer público el hartazgo de los miembros de las Fuerzas Armadas ante el desfile de su personal subalterno para dar explicaciones en los estrados judiciales sobre hechos de guerra. La difusión de las notas formales elevadas por los Teniente Coroneles Santiago Roque Alonso, Jefe del Regimiento de Infantería Mecanizada 35 de Rospentek, Ángel Daniel León, Jefe del Regimiento de Infantería 19 de San Miguel de Tucumán y Aldo Rico, Jefe del Regimiento de Infantería de Monte 18, de San Javier; persuaden a los convocados sobre la seguridad que se están agotando instancias formales, apegadas a la lealtad y contempladas en los reglamentos y usos militares. Es la conducción de la Fuerza la que con su ausencia de respuestas e inacción, empuja a las jerarquías intermedias a asumir actitudes firmes en defensa de sus camaradas. Esa sensación, va cobrando forma de sentimiento y se contagia en cada encuentro, en cada conversación entre antiguos camaradas, en cada cruce casual.

Otro aspecto a destacar y que consolida aún más la cohesión convocante de estos pequeños grupos que se conforman alrededor de Jefes con prestigio, es la ausencia, hasta ese entonces, de figuras comprometidas con excesos cometidos durante la lucha contra el terrorismo. Claramente se repite una y otra vez que la posición a asumir, de ser necesario actuar, debe dejar siempre bien en claro que no se trata de una defensa del *Proceso* militar ni, mucho menos, pretender torcer o interrumpir el orden constitucional. Es en esos trances, pocos días antes de abril, que se impone – costumbre muy castrense de bautizar sus empresas militares – el nombre de *Operación Dignidad*, que rápida y unánimemente es aceptada por su claridad de objetivo, síntesis y precisión conceptual.

Por la propia antigüedad en su grado, Enrique Venturino se va perfilando como la cabeza visible del movimiento interno en el Ejército, por lo menos en las Unidades e Institutos que guarnecen en Buenos Aires y sus alrededores. Lo secunda el Teniente Coronel Gustavo Martínez Zuviría, personalidad mucho más destacada y conocida por los Oficiales más jóvenes, sobre todo en la Caballería, arma que presenta mayores reticencias a la hora de aceptar formar parte de la operación en gestación. Una prudencial distancia guardan los miembros de esta tradicional arma, como si una silente consigna les indicara esta vez, no ser de la partida.

Venturino, consciente de su escaso conocimiento, y por ende, prestigio entre sus subalternos, encabeza una de las últimas reuniones. Durante su desarrollo, por azar o por necesidad, despliega una elocuente y sincera arenga. En ella, con aparente improvisación, pero cargado de profunda emoción, reconoce que es muy probable que todos los involucrados paguen con sus carreras profesionales por romper la disciplina militar. Que ese precio es muy barato si logra despertar la atención del poder político y, sobre todo, levantar la alicaída moral de los camaradas de las Fuerzas Armadas, de las Fuerzas de Seguridad y Policiales que, sin participar en decisiones políticas, económicas o militares, están siendo juzgados como responsables de una etapa en la que sólo ocuparon puestos de combate en las primeras líneas, lejos de los despachos, lo acuerdos y negociaciones o la impartición de directivas.

Todos, pese al dolor interior por responder al llamado de ejecutar acciones que puedan traer como consecuencias, romper con la cadena de mandos; se convencen que el sacrificio de su movida de vanguardia redundará en el beneficio de la Institución y por qué no, vaya ingenuidad, de destrabar

políticamente una callejón sin salida en el que se halla, a tres años de iniciados los *Juicios a las Juntas*, el propio poder central.

La mayoría de los subalternos que se van sumando a las convocatorias que, casi de boca en boca, se llevan a cabo constantemente en las aulas, en los barrios militares, en los cuarteles, en los cafés; desconocen y hasta demuestran desinterés por los escasos, prudentes y reservados contactos políticos que llevan a cabo un puñado de sus ahora superiores directos. El Teniente Coronel Venturino y los Capitanes Pedro Mercado y Gustavo Breide Obeid concentran esa actividad descartada, casi con fastidio, por la masa de los que van sumándose. A un par de reuniones asiste Juan José Álvarez, quien en aquel entonces casi nadie reconoce como figura del peronismo bonaerense.

Es en esos días cuando un puñado de Oficiales logran entrevistarse de manera informal, en su departamento de la Avenida Scalabrini Ortíz, a pocas cuadras de la Avenida Santa Fe, con el mismísimo Vicepresidente de la República, Dr Víctor Martínez. El político radical, de manera cordial y paciente, escucha un sincero y respetuoso análisis de la situación que le exponen, sin condicionamiento alguno, entre otros los Capitanes Luis Alberto Brun y Emilio Pedro Morello.

Son horas de intensa y desconocida actividad para muchos de ellos. Saúl Ubaldini, Secretario General de la Confederación General del Trabajo, el senador Vicente Leónides Saadi, el gobernador Felipe Sapag, el doctor César Arias, por nombrar los más conocidos, reciben a Mercado y a Breide Obeid. Cada dirigente reconoce en privado que hay que terminar con lo que ya se está transformando en una abierta persecución a las Fuerzas Armadas, como institución de la República.

Hasta último momento se intenta impedir el llegar a la acción directa. Esa doble tensión de no querer cruzar un límite del que posiblemente no se tenga retorno y la angustia ante el abandono de los camaradas por parte de los mandos de entonces, impregna los días de los fundadores de la *Operación Dignidad*, generando un enorme peso por la responsabilidad e incertidumbre que se presagia para el futuro inmediato.

En ese trance, la noticia se desparrama como camino de pólvora encendida, hayan aceptado o no integrar la arriesgada y delicada empresa: desde el más alto nivel del Edificio *Libertador*, se apuran en hacer conocer que se han retirado a último momento los posibles llamados a indagatorias de Mones Ruiz y Alsina. La sorpresa, el alivio pero también la desconfianza se mezclan peligrosamente. Algunos ven en esta novedad, difundida con mucho apremio, el fruto de la presión ejercida con las notas, las presentaciones de muchos a sus superiores directos, los primeros tanteos políticos. Otros, menos entusiastas, alertan sobre la probabilidad que se trate de un aflojamiento momentáneo para provocar una bajada de guardia de los dispuestos a actuar.

El Teniente Coronel Enrique Venturino imparte la directiva de mantenerse en alerta y con máximo grado de alistamiento.

Del asfalto porteño a la selva misionera

El vuelo de Austral lo acerca hasta Posadas. Es el mediodía de un sábado húmedo y nublado en tierra misionera. El taxi contratado en el aeropuerto transporta al Capitán Gustavo Breide Obeid hacia San Javier, una pequeña localidad al sur de la provincia, río de por medio con el Brasil. Debe aprovechar al máximo el escaso tiempo disponible. Se ha ausentado sin aviso de Buenos Aires, donde cursa como alumno en la Escuela Superior de Guerra. Es imprescindible que el lunes a primera hora esté sentado en su banco, de regreso en el aula.

El auto es chico para las largas piernas de Breide, que se mueve inquieto por la misión que se ha impuesto y que sólo el Teniente Coronel Gustavo Martínez Zuviría conoce y aprueba: convencer al Teniente Coronel Aldo Rico, Jefe militar de la Guarnición San Javier, de encabezar la *Operación Dignidad*, en el caso de que esta se lleve a cabo.

Como el viaje es sorpresivo, sin previo aviso, Breide tropieza con el primer escollo: el Regimiento de Monte 18, con su Jefe a la cabeza, se halla con la totalidad de sus efectivos ejecutando ejercicios en el terreno. Discretamente, el Capitán, que es ajeno a esa guarnición, por lo que poco puede mostrarse por el cuartel sin llamar la atención, logra ubicar la casa de Rico en el barrio militar y se presenta en la puerta, decidido. La señora Noemí Crocco lo recibe cordial y conversan de generalidades hasta que, caída la tarde, el semblante de boxeador de Rico se asoma por el acceso al living. Trae su uniforme de combate empapado. Embarra con tierra colorada, todo el piso a su paso.

- ¿¡Qué hacés acá!? – lo cruza en tono hosco.

Así se inicia una larga conversación entre ambos, sólo interrumpida cuando la dueña de casa los invita a pasar al comedor, dejándolos solos. Breide va al grano. De llevarse a cabo la *Operación Dignidad* es fundamental que la lidere un Jefe con prestigio, alguien cuyo ascendiente sobre los subalternos, no deje lugar a dudas. Un líder convocante.

- ¿Cuál es el problema con *Quique*? – juega con un escarba dientes. A Rico le encanta preguntar obviedades cuya respuesta resalten a favor de su personalidad tan especial.

- Ninguno… - minimiza Breide Obeid – No lo conoce nadie… - se toma las manos y mueve incansablemente sus largas piernas – Hace años que es un militar de café. Se viste de combate con un uniforme todo planchado y lustroso, recién estrenado… - observa que el *Ñato* sonríe con malicia – No convoca… Si la cosa se pone fea, que va a ser así, no es un líder que pueda sostener mucho a la gente, sobre todo cuando los que se van adhiriendo son de muchas promociones distintas, de otras armas…

- ¿Y la Caballería?

- Martínez Zuviría y Mercado se están moviendo para convencer a más gente… - suspira – Nuestros camaradas de Caballería son muy especiales mi Teniente Coronel…

- No son especiales – estira la ese final – Tienen su propio juego, algo que no termino de desentrañar se está tramando desde el Comando de Institutos… - con esa seguridad propia de los jefes de las tropas de asalto - ¡Listo! – tajante - ¡Me hago cargo! – reflexiona – Respondo únicamente a tu llamado o al de *Macoco*…

- Martínez Zuviría es el único que sabe que estoy ahora acá, mi Teniente Coronel… - insiste – Contamos con usted…

Los dos militares se dan la mano justo en el momento en que Noemí entra desde la cocina, con una bandeja, pocillos de café y cascaritas de naranja con azúcar. A Breide le provoca una fea sensación, la falta de firmeza en la mano que oprime la suya.

Miércoles vísperas de Semana Santa en la Escuela Superior de Guerra

Durante el recreo entre materias, los alumnos llenan los pasillos, la pequeña cantina y los jardines, donde se puede fumar. Son todos Capitanes y Mayores que cursan los tres años de la Escuela Superior de Guerra, con el objetivo de diplomarse como Oficiales de Estado Mayor; una suerte de escalón imprescindible, casi promediando la carrera, para alcanzar en el futuro las más altas jerarquías del Ejército. Comparten esas cursadas, una media docena de promociones. Significa que existen hasta seis años de diferencia de antigüedad entre esa masa de cursantes que conviven en los mismos espacios, integran equipos de estudio e interactúan, todos mezclados, en cada una de las numerosas aulas.

El Capitán Luis Alberto López, Infante y Paracaidista, conversa con su camarada, el también Capitán Emilio Pedro Morello, Infante, Paracaidista, Comando, Antártico e Instructor de Esquí y Andinismo. Lo hacen junto a una de las puertas que da a los jardines, con un pié de cada uno montado en el primero de los cuatro escalones de material. El resto entra o sale del edificio, sin llegar a escuchar lo que hablan estos dos alumnos de tercer año, ya experimentados en el manejo dentro de la Escuela.

- ¿…Pero vos viste la vergüenza que fue el otro día la reunión con Bocalandro…? – mantiene ese gesto enojado que lo caracteriza. Siempre parece que está retando al otro.
- No, *Poto*, estaba en el Hospital… - responde Morello con naturalidad.
- ¡No sabés! - exclama - ¡Yo no lo podía creer! – hace gestos de impaciencia, con ambos brazos – Convocaron a las tres Escuelas – enumera – a la Técnica, a la de Inteligencia y a nosotros – ansioso – Éramos cerca de quinientos Jefes y Oficiales, además de los Profesores, Jefes de Grupo, Planas Mayores… - Morello lo observa impasible, mientras fuma sin aparentar mucho interés – Le presentan al General Bocalandro…
- Un poquito pasado de kilos… - acota el otro.
- ¡Eso no es nada! – se apura – Empezó con el verso de siempre que la disciplina, que la confianza en los Mandos…
- ¿En los *mambos*, dijiste? – bromea su compañero.
- ¡No seas *boludo*! – se impacienta - ¡Esto es muy serio!
- Bueno, dale…

- La cuestión que después tomó para el lado de la posibilidad de que comiencen a citar a algunos Jefes y Oficiales desde distintos Juzgados Federales…

- ¿Cómo estaban sentados? – lo interrumpe.

- Todos mezclados… - parece no interpretar el por qué de la pregunta – La cosa venía más o menos normal, hasta que tiró la frase que comenzó a demoler la reunión… *no se preocupen los que vayan a ser citados, porque tendrán todo el apoyo del Ejército… Les vamos a otorgar los pasajes y el asesoramiento letrado de un auditor militar…*

- ¿Y qué hizo la *mersa*?

- Los murmullos bajitos habían comenzado cuando tocó el tema de las posibles citaciones – casi eufórico – Se salió todo de madre cuando expresó lo del apoyo… Tres veces los Coroneles pedían a los gritos que se haga silencio… Pero nadie les daba bola… - Morello lo mira asombrado – Hasta que el propio General pegó un grito de *¡Hacer silencio!* Y se mandó: .. *¡Yo también tengo manchada la solapa de mi camisa!* – crea algo de suspenso - *¡Pero de tuco, gordo!*, le gritaron del fondo…

- ¡No te puedo creer!

- ¡¿Vos no estás enterado en serio?! – lo escudriña.

- ¡Seguro! – afirma Morello – Si casi no vengo a clases… ¿Se sabe quién fue? ¿Nadie dijo nada?

- Mirá, estábamos sentados tan juntos unos de otros que es imposible que los más próximos no sepan quién fue, pero nadie, absolutamente nadie, dijo nada…

- ¿Y cómo siguió…?

- ¡Nada! - exclama – Se terminó ahí nomás… Disolvieron la reunión y cada uno a su Escuela…

- Esto es un desastre… - sentencia Morello.

- Se va a la mierda… - confirma López.

Siendo la hora indicada, los alumnos comienzan a regresar al edificio. Muchos se detienen a apagar sus cigarrillos en los ceniceros de hierro fundido que, con varias capas viejas de pintura encima, custodian ambos lados de las escaleras.

*

Hacia las aulas de primer año se encaminan, conversando, los Capitanes Miguel Ángel Macchi y Ernesto Larramendi. Los dos son de la misma Promoción. Los dos Infantes. Macchi es egresado de la Escuela de Inteligencia.

- ¿Cómo sabés, *Tano*, qué la gente va a responder si alguien no se presenta…?
- ¡Va a salir todo bien! – es terminante - ¡Te lo aseguro! – camina con la cabeza levemente ladeada y dos mechones de pelo caídos a ambos lados de su sus anteojos– Es muy probable que este fin de semana ocurra algo… - se acomoda los lentes – Estoy convencido… - y acompaña su afirmación con un simulado golpe de puño al aire.
- Lo mismo decían con Mones Ruíz – en tono de discurso – Se desinfló. Después iba a ser Alsina. No lo citaron…
- Ya vas a ver… - no se descorazona – Es cuestión de Fe y de tiempo… - transmite la seguridad de los creyentes.
- Esto desgasta mucho…
- Pero evoluciona hacia una crisis… - concluye mientras esquiva a otro alumno que viene en sentido contrario, por el pasillo – y esa crisis nos va a tener de protagonistas…
- Te veo convencido… - lo tantea.
- ¡Totalmente! – afirma con su cabeza. Se miran a los ojos. Larramendi pestañea. Cada uno sigue el camino que lleva a sus respectivas aulas.

*

Está terminando la última hora de clases antes que comience el feriado largo de *Semana Santa*. Al Capitán de Artillería Luis Enrique Robledo, le sorprende la escasa atención que pone en los comentarios del Profesor, su compañero de banco, Martín Sánchez Zinny.

- ¡Che, *Flaquita*! – casi en secreto - ¿Vos no le vas a dar bola a esta materia…? – el otro lo mira de costado y no puede evitar una mueca de simpatía.

Robledo ve que su vecino empieza a garabatear algo en una hoja en blanco. Espera con paciencia poniendo cara de estar interesado en los distintos tipos de maniobras que explica la cátedra de Táctica. Al minuto recibe la hoja con disimulo, como los chicos de la primaria. Discretamente la pone entre unas carpetas sobre las que hace como que toma apuntes y lee:

"Ya el carro no vuelve atrás,

los dados han sido echados.

Pido perdón, por las dudas,

a todos de mis pecados.

Y si un día no aparezco,

no pregunten dónde estoy,

No me busquen ni me llamen,

yo sé para donde voy."

Leonardo Castellani

Robledo vuelve la vista a su compañero de banco, que imposta una mueca como si prestara atención a la voz monocorde del Profesor. Dobla el manuscrito y lo guarda. Algo le dice que en poco tiempo esos versos cobrarán sentido para la vida de ambos.

*

- ¡El Jefe de Grupo les manda sus saludos por las próximas Pascuas y les recomienda que no se dejen estar con los trabajos pendientes, durante el fin de semana largo…! – la indicación del Bedel, el corpulento Capitán Blas de la Vega, truena hasta el fondo del aula. Todos guardan sus apuntes y reglamentos. Revisan dentro de los pupitres. Cada alumno busca su gorra en los percheros del fondo. Se suceden los saludos. Los buenos deseos.
- Mi Capitán – Sánchez Zinny se acerca al Bedel.
- Sí, dígame… - responde el otro mientras recoge sus cosas. También quiere irse cuanto antes.
- Necesito hablar con el señor Jefe de Grupo… - hace un esfuerzo para que no le tiemble la voz.
- Ya mandó sus saludos… - trata de evitar perder más tiempo – ¿Es urgente?

- Necesito decírselo al Teniente Coronel Robinson… - insiste, subordinado, pero seguro.

- ¿Qué pasa? – lo mira a los ojos presintiendo la misma sensación que recorre los pasillos de la Escuela desde hace semanas - ¿No me lo puede decir a mí?

- Sí, mi Capitán – toma aire – Quiero avisar a mi Jefe de Grupo que si sucede algún episodio durante el fin de semana, es muy probable que no esté de regreso en el aula, el próximo lunes…

- ¡Pero déjese de joder, Capitán! – sabe de antemano que no podrá disuadirlo – Vaya con su familia y nos vemos el lunes…

- Solicito su autorización para hablar con el Teniente Coronel Robinson… - no se mueve de su puesto, de pie junto al banco del Bedel.

- ¡Qué lo parió! – masculla el superior. De mala gana deja su portafolio sobre el banco y sale del aula calzándose la gorra.

Menos de cinco minutos después, regresa a paso rápido.

- Dice el Teniente Coronel que tenga Felices Pascuas…

- Mi Capitán – ya no necesita esforzarse para que su tono se muestre firme – Quiero informar a mi superior inmediato que si se produce este fin de semana, algún episodio, donde deba acudir en defensa o protección de un camarada, lo voy a hacer, por encima de mis obligaciones como alumno de esta casa…

Blas de la Vega no llega a quitarse la gorra. Da media vuelta y vuelve a salir del aula. Esta vez pasan más de diez minutos. Vuelve con gesto de disgusto.

- Dice el Jefe de Grupo que podrá conversar con él el día lunes… - de mala manera, toma sus cosas para irse.

- Usted es testigo que quise informarle al Teniente Coronel sobre mi próximo proceder…

- ¡No me joda más! – estalla el Bedel.

- Usted no tiene nada que ver… - trata de quitarle el sentimiento de culpa – Si viaja a Corrientes mándele mis saludos a Verónica…

- ¡Está casada y tiene tres hijos! – francamente enojado.

- Yo también – ahora sonríe con picardía – pero con mi mujer, tenemos cinco varones… - ambos salen del aula y toman caminos diferentes.

Los pasillos empiezan a quedar en silencio. Un viejo empleado civil, pasa un ancho escobillón embebido en kerosene. El Capitán, frustrado en el intento de hablar con su superior inmediato, se da vuelta para ver su aula vacía. No se imagina en la foto de fin de año.

¿Quién es Barreiro?

La esquina de Matienzo y Báez es el lugar elegido. Uno de los alumnos más antiguos ha convocado, con mucha discreción, al resto de los cursantes de la Escuela de Inteligencia del Ejército. Se ha cuidado de no involucrar a los extranjeros, pero es un secreto a voces que está por ocurrir algo. Lo que más acelera las cosas en ese ambiente académico es que el disparador de lo que pueda ocurrir, podría ser protagonizado por un Oficial Jefe de la *especialidad*. Hace días que se rumorea que podrían ser Mones Ruíz o tal vez Alsina. Pero llegadas las fechas de las citaciones, ambas se suspendieron misteriosamente.

El Teniente 1ro Marcos Augusto Cantón no pierde su calma habitual. Prolijamente peinado, vestido con elegancia, manteniendo siempre el buen porte, toma la palabra en ese inusual encuentro de Oficiales en plena calle del barrio de Palermo.

- Parece que el Mayor Barreiro no se va a presentar… - lanza el supuesto como un dardo al corazón del silencio contenido por los cerca de treinta Oficiales que se apretujan para poder escuchar.

- ¿Quién es Barreiro? – se escucha desde el montón.

- Un Infante de la *especialidad*, que estuvo en Córdoba en los peores años – responde tranquilo Cantón.

Las reuniones anteriores, en los pasillos de la Escuela, jamás habían despertado tanto interés. Todos coinciden en que algo tiene que ocurrir.

- ¿Cuál es la idea? – insisten los presentes.

- Si algún Oficial citado por la justicia decide no presentarse, hay que darle apoyo en alguna unidad militar…

- ¿Quién ordenó eso? – pregunta un indeciso.

- Nadie – responde rápido Cantón – Esta actitud no será inicialmente institucional… - el misterio y la incertidumbre crecen en la cabeza de cada uno de los presentes – Este no es el mejor lugar…

- Propongo continuarla en mi casa, mi Teniente 1ro – el que invita es el Teniente 1ro de Artillería Alejandro Eugenio Fotheringham – Es acá a dos cuadras…

Todos quedan en encontrarse en media hora en el departamento ofrecido. Se pasan la dirección en apuradas anotaciones.

Cerca de media noche sólo quince de los convocados continúan debatiendo acaloradamente los distintos cursos de acción a tomar según la situación que se pueda plantear. Nadie lo dice, pero saben que los ausentes ya no vendrán. En este primer cambio de lugar, el índice de deserción es del cincuenta por ciento. Agotado el café y habiendo ya contaminado de humo de cigarrillos el hogar del joven artillero, los presentes se resuelven por marchar a Campo de Mayo y presentarse en la Escuela del Arma de cada uno. Alguien pregunta por qué no regresar en la Escuela de Inteligencia y permanecer ahí. *Por las dudas, necesitamos estar cerca de alguna Sala de Armas*, le responde otro, más directo. Cinco Oficiales coordinan pasar primero por la Escuela de Inteligencia, para retirar sus uniformes de combate de las taquillas. No se los verá más ese fin de semana.

De los diez que quedan, sólo cinco llegan al lugar de encuentro: la estación Chacarita del Ferrocarril Lacroze. Las graduales ausencias debilitan la moral del grupo. Repentinamente, reconocen a un puñado de Capitanes de la Escuela Superior de Guerra que forman grupitos en el desolado andén. Se acercan a presentarse. Otro de los recién llegados, es de la Escuela Superior Técnica. El ánimo de todos comienza a rearmarse. Llamativamente Cantón, no es, por lo menos inicialmente, de la partida.

*

El Capitán Luis Alberto López habla con su esposa. Ella lo nota hace unos días distante y ensimismado. Esa situación la llena de zozobra. Le explica lo que está por suceder y las posibles consecuencias. La charla es muy emocional. La joven mujer con rapidez entiende y comparte su decisión. Íntimamente sabe que a partir de ese momento, cambiará completamente la vida de ambos.

Ese miércoles por la noche, López se dispone a preparar su equipo con una muda de ropa. A la madrugada muy temprano, sale para tomar el tren en la estación Chacarita, hacia Campo de Mayo. Es en esa Terminal en donde se reúne con otros pequeños grupos de camaradas. El Capitán Morello, de muy buen ánimo, compra un par de docenas de facturas y churros. La ocurrencia logra una pequeña distensión en un momento de profunda soledad e incertidumbre. Trae sonrisas cómplices tan necesarias para esos hombres que están a punto de cruzar un límite no deseado.

- ¿Quién es Barreiro? – Morello pregunta, mientras evita con su otra mano, perder un blando trocito de dulce de leche que amenaza caer al suelo del andén - ¿El Artillero?

- No – impaciente – Uno año más moderno… El Infante, de Inteligencia…

- ¿El *Nabo*?

- Ese…

*

- ¡Capitán Sánchez Zinny, Escuela Superior de Guerra! – responde de inmediato, con energía. Con un movimiento pausado, casi ampuloso, deja la valija apoyada en el pedregullo. Permanece inmóvil.

Del otro lado de las luces que enceguecen, parecen distinguirse movimientos de personas. Lo hacen en silencio y agazapadas. La voz anónima vuelve a tronar a cubierto del potente reflector.

- ¡Avance sin la valija, con las manos en alto! – el Capitán obedece sin demoras - ¡Alto! – cuando apenas se ha adelantado unos pasos - ¿¡Qué busca en la Escuela de Infantería!? – la voz no parece muy amigable.

- Recibí un llamado…

- ¿¡De quién!? – lo interrumpe. La duda se apodera del Oficial. Siente que ha sido engañado. Peor. Lo han traicionado. Aumenta su respiración. Los latidos parecen retumbar en su pecho. Nota que alguien se aproxima a cubierto del haz de luz. Lo enceguece aún más con una potente linterna de mano - ¡Qué cara de cagazo que tiene, *Flaco*! – el interrogador se alumbra el rostro. Sánchez Zinny reconoce el semblante sonriente del Teniente Coronel Victorio Rafael Listorti, Infante Paracaidista y Oficial de Estado Mayor.

El *Tano* lo acompaña hacia la entrada del cuartel, dándole una palmada en el hombro al aún aturdido Capitán.

- Realmente me quedé petrificado…

- ¡Jajaja! – se ríe con ganas. Traspasan la zona iluminada. El recién llegado empieza a descubrir los portones de madera, las siluetas de un puñado de hombres profusamente armados – Bienvenido a la Escuela de Infantería… - lo dice con sinceridad de anfitrión.

- ¿Dónde está el resto?

- ¿Qué resto? – con naturalidad.

- El resto de los Cuadros que vienen por lo de Córdoba… - no alcanza a entender.

- ¡Usted es el primero, *Flaco*! – vuelve a palmearlo – Un par de Suboficiales se acercan para saludarlo. Después de unos segundos de alivio, vuelve a sentirse el más estólido sobre el planeta Tierra.

Bienvenidos a la Escuela de Infantería

El Alojamiento de Cursantes es un edificio anexo al antiguo cuartel de la Escuela de Infantería. Se trata de un bloque moderno, de construcción económica. Poco cemento, dos plantas con pasillos largos y habitaciones chicas. Paredes delgadas. Aberturas de madera. Iluminación a través de apliques que presagian poca vida útil. Diseñado y construido con materiales de segunda, esa caja de zapatos con aberturas pequeñas de persianas corredizas, parece como injertado a la fuerza, en uno de los lindes del cuartel, rompiendo su línea arquitectónica, calidad de obra y estilo.

Por tratarse de un jueves de *Semana Santa*, tan temprano por la mañana, el movimiento de Oficiales y Suboficiales que entran y salen del edificio es anormal. Cada minuto que pasa son más los militares que llegan al cuartel desde otros destinos. Las habitaciones vacías del Alojamiento dan cobijo a los Cuadros que buscan un rincón donde dejar sus pertenencias y poder cambiarse. La mayoría llegan en autos que, después de dejarlos en la esquina de la Escuela, retornan para sus barrios. Otros emplean los colectivos, que por el feriado, pasan muy cada tanto.

En el espacio que permite acceder a las escaleras, conversa un puñado de Capitanes. Más allá un Suboficial abre la puerta de una habitación vacía, para ofrecerla a unos *cursos* que acaban de llegar desde la Escuela General Lemos. Todos saben el porqué de la convocatoria transmitida de boca en boca, de llamada en llamada, en rudimentarias y reservadas cadenas nacidas casi artesanalmente, en cada uno de los destinos militares de las Guarniciones de Campo de Mayo y Buenos Aires. En esta incipiente etapa pocos se arriesgan a compartir con sus ocasionales camaradas. Cortos y educados saludos reemplazan a las formales presentaciones que hubiesen correspondido en la rutina castrense.

El Capitán Gustavo Luis Breide Obeid, saca ventaja del conocimiento del cuartel, su último destino militar antes de rendir para la Escuela de Guerra. Se mueve entre los distintos corrillos, como dueño de casa. Saluda a todos, se interesa por conocer noticias, porque nadie quede sin habitación. Entusiasta, siempre insufla ánimos, sobre todo a los más modernos y a los Suboficiales. El Mayor Juan Carlos Peretti, miembro de la División Enseñanza de la Escuela, al contrario de Breide Obeid, mira a la distancia, con evidente gesto de preocupación, a la vez que evita todo contacto con los que siguen llegando al edificio. El Mayor Carlos Roque Loréfice, a cargo del Área Logística, se le acerca por un costado.

- ¿Qué opina, mi Mayor? – le habla en voz baja.
- ¡Puta madre, me asustó! – protesta Peretti en un sobre salto - ¡Qué sé yo…! – baja también la voz, para que no lo escuchen unos Oficiales de civil, con bolsos de mano, que suben por

las escaleras internas – El Director está en su despacho… Me dijeron que ya sabe del ingreso de toda esta gente… - tapa con su mano ahuecada, el cigarrillo que fuma.

- ¿Qué dijo…?

- Nada…

- ¿¡Cómo nada…!?

- Nada – lo mira a los ojos – Sólo le ordenó al *Tano* Listorti que lo mantenga al tanto de la cantidad de personal de Cuadros ajeno a la Escuela que van ingresando… - gira la cabeza para comprobar que siguen solos – Isturiz no sale de la oficina de Operaciones…

- ¡Pero ya hay más de cincuenta tipos…!

- ¿Y qué quiere que haga? – encoje los hombros – Si el Director se queda en su despacho… ¿Voy a preguntarle yo a cada uno de estos *monos*, qué carajo vienen a hacer a la Escuela…? – hace el típico gesto italiano de juntar las yemas de los dedos de su mano apuntando hacia arriba.

- Mi Mayor – los interrumpe con total naturalidad el Capitán Breide Obeid - ¿Podría indicarnos con quién hablar para que pongan a calentar café en los Casinos…?

Peretti, veloz, lo señala al Jefe que está a la par.

- El Mayor Loréfice es el Logístico de la Escuela… - el otro lo mira asombrado – Él le va a solucionar ese asunto…

*

Se llama Luis Alberto Pedrazini. Es Coronel y Oficial de Estado Mayor. Está inquieto. Su habitual rostro severo, su gesto altivo, se enmarca hoy en una mueca de angustia. Acaba de colgar el tubo gris del teléfono al término de su tercera conversación con el Comandante de Institutos Militares, General Naldo Miguel Dasso, pampeano, de la Caballería. Éste le reitera por enésima vez que mantenga la calma, que no se exponga mucho y que le actualice la situación cada treinta minutos.

- Ordene, mi Coronel – el que se asoma hasta el marco de la puerta del despacho es el Teniente 1ro Gustavo Luis Salerno, Paracaidista y Montañés. Su Ayudante.

- Teniente 1ro – carraspea – Me mantiene informado de los efectivos presentes en la Escuela y dé instrucciones a los Casinos para que prevean raciones para el almuerzo… - mira el reloj y son casi las once de la mañana de un *Jueves Santo* muy atípico – Lo mismo en el comedor de soldados…

- La tropa está franco, mi Coronel…

- ¡¿Cómo que está franco?! – estalla - ¡¿Quién lo ordenó?!

- El señor Teniente Coronel Listorti. Mi Coronel – con total naturalidad.

- ¡Dígale al Teniente Coronel Listorti que me venga a ver…!

- Le digo, mi Coronel – desaparece de la vista del Director.

*

El movimiento en la Sección de Inteligencia de Campo de Mayo también es inusual. Para empezar está todo el personal presente. Los teléfonos no dan abasto. Los mensajes, cifrados o no, se agrupan desordenadamente sobre los escritorios. El Teniente Coronel Enrique Venturino, vestido de civil, se mueve como pez en el agua. Lee los reportes que llegan, opina sobre las *Órdenes de Reunión de Información*, colabora con los cifrados. Los sigue a todas partes una figura que no deja de llamar la atención de los avezados espías militares: el Fiscal Federal Juan Martín Romero Victorica. Ambos se detienen a conversar entre susurros junto a una pizarra de fórmica, cuando se les aproxima el Jefe de Unidad, Mayor Méndez. Deja un bolso deportivo junto a sus pies cuando encara a los visitantes.

- Mi Teniente Coronel – se dirige a Venturino – Me voy de licencia… Está todo en sus manos… - el Fiscal sonríe cómplice, el resto de los presentes continúa sus labores sin que nada se modifique.

- No podemos permanecer más acá… - Gustavo Martínez Zuviría, vestido de combate, se cruza con el *Bicho* Méndez, que se aleja sin disimular su apuro – El caudal más grande de gente se está reuniendo en la Escuela de Infantería… - le mete presión – Tenemos que ir allá e impulsar al Director para que se haga cargo…

- Me cambio y vamos – acepta Venturino.

*

El Aula de Instrucción de Oficiales está colmada. Todos los asientos ocupados. Muchos Oficiales y Suboficiales de pie, cubriendo absolutamente el espacio del salón. Superan ya el centenar.

Ingresa el Coronel Pedrazini seguido del Ayudante, Salerno. Se hace silencio. El Director ocupa un pequeño atril sobre la tarima y sin mayores formalidades se dirige a los presentes:

- Señores… Como Director de la Escuela de Infantería, les doy a todos ustedes la bienvenida a este cuartel… - gira la vista para abarcar a la audiencia – Es un placer contar en el Instituto con la presencia de tanta cantidad y calidad de Oficiales y Suboficiales de todas las armas… - se cierra el botón de uno de los bolsillos de su chaquetilla almidonada – He dado instrucciones al señor Teniente Coronel Listorti para que sean acomodados con la mejor atención posible, dentro de las limitaciones propias de todo cuartel y… - duda -, bueno es decirlo también, de lo inesperado de vuestra visita… - se eleva un leve murmullo. Por una puerta lateral ingresan los Tenientes Coroneles Venturino y Martínez Zuviría – También hay previsto almuerzo en ambos Casinos… - nota que hay un cierto aire de impaciencia que su hospitalidad no alcanza a calmar – Acabo de hablar con el señor General Dasso, quien me ha actualizado la información respecto a un Oficial Jefe que está alojado desde anoche en una Unidad de la Ivta Brigada, en Córdoba…

- El Mayor Ernesto Barreiro se encuentra perfectamente bien – interrumpe Venturino, habla en voz alta y mira hacia el auditorio – y los camaradas del Regimiento de Infantería 14, como dice el señor Director, lo están alojando y conteniendo… - el murmullo crece.

- Así es… - retoma la palabra Pedrazini – Les decía que trasmite el señor Comandante de Institutos Militares tres puntos… - levanta una de sus manos con el dedo índice hacia arriba – Primero: la total subordinación del Ejército al Gobierno Nacional – tose – Segundo: que no habrá sanciones ni represalias para ningún personal de cuadros que se haya solidarizado con el Mayor Barreiro y, lo más importante… - levanta su tercer dedo y queda en silencio unos segundos, el resto aguarda expectante – Que en este momento no lo recuerdo… - vuelven los murmullos cada vez menos atemperados - ¡Señores! ¡Señores! – trata de llamar la atención – Están en su casa… - baja de la tarima y se retira del salón seguido de su Ayudante.

*

- ¡Señor Presidente! – el Ministro Horacio Jaunarena saluda al recibir el tubo del teléfono de manos de un colaborador, antes de sentarse en el sillón de su amplio despacho – Entiendo, pero hasta ahora el asunto parece estar controlado… – del otro lado de la línea lo obligan a

seguir escuchando – Pero es como te dije antes de viajar a Chascomús, Raúl… - se atreve – Es una crisis controlada… - el colaborador prefiere alejarse y simula ir por unas tazas de café – Hablo con el *Coti*… Sí, señor Presidente…. Sí, Raúl, quedate tranquilo… - corta la comunicación y se queda unos segundos mirando el aparato de teléfono. Como reaccionando oprime un botón del intercomunicador - ¡Qué me venga a ver el General Ríos Ereñú! – mantiene oprimido el botón - ¡Qué me traiga el legajo y toda la información que tenga sobre un Teniente Coronel Rico! ¡Pronto! – deja libre la botonera y se echa para atrás en su asiento - ¡*Coti* y la puta madre que te parió! – maldice entre dientes.

*

Promedia la tarde del *Jueves Santo*. Un cielo gris, con nubosidad muy alta parece garantizar que no lloverá en lo inmediato. El viento evita que la temperatura aumente. El verano se resiste ante un otoño que hace casi un mes puja por hacer prevalecer su impronta. El Capitán López fue claro al darle la orden: *Va al Parque y pone los vehículos en orden de combate…* A Sánchez Zinny no le quedan dudas sobre cómo hacerlo. El pequeño detalle es que tanto él, como quien le acaba de ordenar, son alumnos de la Escuela Superior de Guerra y nada tienen que ver con la Escuela de Infantería que los *recibe y cobija*, como escuchara de su propio Director.

Lo primero que se le ocurre es apoyarse en sus conocidos. Tres años como Teniente, instructor en la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral, no le van a ser en vano. Convoca a dos Sargentos: *Palito* Aleksijoner y la *Cuca* Sánchez. A través de ellos penetra el submundo de los Talleres donde un enjambre de Suboficiales se lanza a la tarea de poner en condiciones de apresto a cinco Vehículos de Combate de Transporte de Personal (VCTP), de la familia TAM. Este alistamiento – Sánchez Zinny no lo sabe aún – forma parte de una orden preparatoria impartida por el Teniente Coronel Listorti: organizar al personal de Oficiales y Suboficiales presentes en la Escuela de Infantería en cuatro grupos: los Comandos, a cargo del Mayor Andrés Antonio Ferrero; los Paracaidistas, a cargo del propio Listorti, quien delega los aspectos de detalle en el Mayor Pedro Rafael Cerruti; los Mecanizados, a cargo del Capitán Luis Alberto López y los de Inteligencia, a cargo del Teniente Coronel Enrique Venturino, secundado, entre otros, por el Mayor Armando Enrique Zarabozo. Aquellos que no pertenecen a ninguna de estas especialidades, se distribuyen fundamentalmente entre las tripulaciones de los VCTP o son destinados a cubrir los puestos de Guardia y Patrullas.

El ruido ensordecedor de los motores obliga a transmitir las órdenes a través de señales visuales. Las rugientes moles de acero echan humo quemado de gas oil. Tiembla el piso en los cortos desplazamientos. En minutos, una Sección formada en columna sobre el pavimento que apunta hacia la Ruta que une Puerta Nro 8 con el Hospital Militar de Campo de Mayo, muestra la celeridad y profesionalismo de los Suboficiales Infantes y Conductores Motoristas, con la contribución de

varios Mecánicos y Armeros. Unos ajustan zapatas. Otros trasladan bandas de munición calibre 7,62 mm para las ametralladoras MAG. Las cajas de munición de cañón obligan a trabajosos desplazamientos. Un Suboficial de Comunicaciones comienza a calibrar los equipos para poder comunicarse entre sí. Provoca impaciencia la lentitud con la que el único surtidor del Parque, demora en la carga de los seiscientos litros de combustible que requiere cada VCTP. No está previsto emplear los tanques suplementarios, los que demoraría aún más el alistamiento, a razón de 400 litros extra por cada blindado.

En medio de esa evidente y frenética labor, el Capitán Sánchez Zinny controla por las vistas el cúmulo de personas que se mueven con agilidad y precisión. Está de pié, solo, dando la espalda al resto del cuartel de la Escuela. Nota que el Sargento Aleksijoner le hace señas cabeceando en dirección a la Ruta interna de Campo de Mayo. El Capitán gira despacio su cabeza. Se le eriza la piel. Con calculado aplomo, vuelve a mirar a sus ocasionales subordinados y toma aire, mientras su cerebro funciona a muchas revoluciones. Es que se acerca en dirección a ellos el Coronel Luis Alberto Pedrazini.

El joven Oficial ha estado presente cuando el Director de la Escuela de Infantería los reunió en el Aula de Instrucción, titubeando una aparente cálida bienvenida y poniendo la casa a disposición de *tan nutrida y calificada presencia*. Pero esto es otra cosa. Un alumno de la Escuela Superior de Guerra está poniendo el mayor poder de maniobra y de fuego del cuartel en orden de combate. El Capitán imagina velozmente lo porvenir. El Coronel indignado que le pregunta quién es. Que lo interroga a los gritos sobre quién dio la orden de mover los VCTP. Que ordena a su Ayudante, el Teniente Primero Gustavo Salerno, se haga cargo de ese grupo de Suboficiales y cese con esa tarea. Por un segundo, siempre en su imaginación, ve al Coronel desenfundando su pistola y pretendiendo desarmarlo. Calcula si será el mal menor, ganarle de mano y quitarle el arma de puño, dejándolo fuera de combate. Trata de adivinar cuál será la reacción de Salerno. Ambos se conocen de antiguos cursos de Montaña. Han atravesado cumbres nevadas e integrado varias patrullas de esquiadores. No quiere ni pensar en tener que neutralizar a los dos. Cuando calcula que están a unos cinco metros, toma una decisión. La más elemental. La más sencilla. La más directa. La más inofensiva. La más, vaya paradoja, correcta. Con un grito que lo obliga a esforzarse, llama *¡Atención!*, mientras levanta su brazo para ser visto por la mayoría de los Suboficiales, que no se les escapa la proximidad del Coronel.

Se da vuelta y en elegante posición de firmes, saluda al Director cuando éste se detiene a dos pasos.

- Permiso mi Coronel – con la mayor naturalidad y energía posibles – Capitán Sánchez Zinny, Escuela Superior de Guerra… - el ruido de los motores no cesa.

- ¿Qué están haciendo, Capitán? – pregunta el Coronel con sincera curiosidad. Su Ayudante tiene el rostro desencajado.

- Colocando los vehículos en orden de combate, mi Coronel.

- ¿Por orden de quién? – inquisidor.

- Del señor Teniente Coronel Listorti, mi Coronel.

Se suceden unos segundos eternos, por lo menos para el Capitán. Sánchez Zinny no sabe entonces que algunos Suboficiales ya han medido el tiempo y la distancia hacia los correajes con sus pistoleras, que descansan en distintos lugares de los blindados. El Teniente Primero Salerno evita mirar a los ojos al Capitán. Parece tentado.

- ¡Muy bien, Capitán! – emerge de su hermetismo - ¡Haga continuar!

- ¡Hago continuar, mi Coronel! – hace un giro con su cuerpo y lanza, con renovada energía, una orden impensada segundos atrás - ¡Continuar! – el frenesí en poner los VCTP en apresto, aumenta.

Cuando el Capitán se dispone a dar frente de nuevo al Coronel, éste ya se aleja hacia la Plaza de Aparatos, seguido por Salerno, ambos en silencio.

*

Se respira nerviosismo en la Sala de Altos Mandos del Edificio *Libertador*, sede del Estado Mayor General del Ejército Argentino. Su máxima autoridad, el General de División Héctor Luis Ríos Ereñú, intenta por todos los medios de mostrar aplomo y control de la situación. Participan de la reunión de urgencia todos los Comandantes de Cuerpos de Ejército y los Generales con mando de tropa en Buenos Aires.

Se ve truncado el encuentro por el llamado desde Defensa, para que Ríos Ereñú se presente de inmediato ante el Ministro Jaunarena.

Ríos Ereñú, por primera vez desde que está a cargo del Ejército, siente en su fuero íntimo que en la crisis que recién se inicia no le van a alcanzar las simpatías y contactos políticos con la administración alfonsinista. Como antiguo Oficial de Infantería, se le revuelven las tripas ante los partes que recibe en ráfagas, sobre situaciones de indisciplina en distintas unidades del país.

- ¿Cómo anda ese *pajarito* que tiene en San Javier? – antes de abandonar la sala, dispara con malicia hacia el Comandante del Iido Cuerpo, General de Brigada Ernesto Arturo Alais, también formado en la Infantería.

- Bien guardado en su jaula, mi General – responde con tono sobrador.

- ¡Así que bien guardado! – mientras esgrime el último parte de Inteligencia que le acercan desde la Jafatura II - ¡Acaba de ingresar al cuartel de la Escuela de Infantería en Campo de Mayo!

Todos los presentes no pueden dejar de hacer comentarios de asombro entre ellos. Alais, abochornado en público, torna del pálido al rojo, casi sin escalas.

- ¡Esto es una barbaridad! – exclama el General Faustino José Svencionis - ¡La Infantería no puede permitir este escándalo oprobioso! - ¿Y el Coronel Predazini?

Ríos Ereñú los deja reunidos y parte raudo hacia el Ministerio de Defensa, sin dar respuestas que en realidad, no posee.

*

Es la segunda reunión en ese *Jueves Santo* que convoca el Director de la Escuela de Infantería. Son pasadas las diecisiete horas. La cantidad de Oficiales y Suboficiales que circulan dentro del cuartel, además de su planta de personal al completo, supera las previsiones de los más optimistas organizadores y preocupa sin disimulo a sus autoridades formales. El clima dentro del Aula de Instrucción no es el mismo que a la mañana. Es casi imposible respirar. Los concurrentes al llamado del Coronel, colman los pasillos entre las sillas, los escalones de las gradas, los espacios libres de cada una de las puertas. Algunos siguen los acontecimientos desde las abiertas ventanas. Al Coronel Pedrazini le cuesta mucho más que pocas horas antes mantener la calma. Está por empezar a hablar, desde el sencillo atril, cuando se oye la voz del Mayor Ferrero que indica a los Comandos ingresar a la reunión. El movimiento de los recién llegados capta todas las miradas. Con sus uniformes mimetizados, sus boinas verdes, armados con fusiles FAL PARA, todos con sus rostros, manos y cuellos enmascarados con tonos verdes y oscuros. Con marcada disciplina se hacen un lugar casi en primera fila.

- ¡A órdenes del señor Director! – es la última indicación de Ferrero antes de quedar de pie junto a sus hombres.

El Coronel Pedrazini parece desfallecer. Un poco atrás y a su izquierda, el Teniente Primero Salerno contempla, en una posición privilegiada, esa escena casi surrealista.

- Les estaba por decir… - comienza el Director. Su tono es apagado – Que el señor General Dasso reitera que la Institución respalda y seguirá respaldando a sus miembros… - tose nerviosamente. Se deja escuchar el clásico ruido que provoca el tubo de duro aluminio de un lanza cohetes Instalaza, al rozar uno de los pupitres – sobre todo a aquellos que sean llamados a declarar…

- ¡Mi Coronel! – lo interrumpe un Capitán que calza una boina roja de Paracaidista – Soy el Capitán Hugo Vercellotti, de la Escuela Superior de Guerra – su voz truena en el salón. Gesticula con lentitud. Su mirada le provoca escalofríos al Coronel – Sabemos por las

noticias que hay un Oficial Jefe que ha recibido el apoyo de sus camaradas y se encuentra alojado en una unidad de la Ivta Brigada… ¿Usted nos puede actualizar esa información?

- Es como usted dice… - se apura el Director – Lo que nosotros pedimos es que cada uno de ustedes regrese a su destino militar…

- ¿Ya no somos más invitados de la Escuela, mi Coronel? – pregunta incisivo el Capitán Breide Obeid.

- ¡No! – por perder el control - ¡Para nada dije eso! – mira en todas direcciones – Esta es la casa de todos ustedes… - reflexiona – incluso de los señores de otras armas… - comienzan los murmullos – Ocurre que son momentos difíciles y pedimos responsabilidad, confianza, disciplina…

- ¡Nosotros sabemos de tiempos difíciles, mi Coronel! – la voz enérgica y destemplada surge de una de las puertas del colmado salón. Algunos se van corriendo y dejan avanzar a un Teniente Coronel vestido con uniforme de las unidades de Monte. Lleva calzada una vieja y descolorida boina de Comandos. Pelo bien corto y entre cano. Calvicie avanzada. Nariz de boxeador. Cara de pocos amigos.

- ¿Quién es? – pregunta en voz baja el Capitán Juan Jorge Ferreyra a Sánchez Zinny, que presencia todo parado a su lado.

- El *Ñato* Rico – le responde - ¿Vos no sos veterano de Malvinas? – extrañado.

- Nunca lo había visto personalmente…

- Nosotros combatimos a la subversión marxista y al inglés, sin pestañar… - declama Rico – Nosotros siempre fuimos disciplinados, responsables y confiamos en la superioridad. Nosotros mandamos en combate – mueve su cabeza como con asco – Nosotros vimos morir a nuestros hombres…- pasea su mirada por el auditorio que lo sigue expectante - ¡Ahora es cuándo necesitamos que esos mismos superiores que nos mandaron en los últimos diez u once años, asuman sus responsabilidades…! ¡Estamos hartos! – se acomoda los lentes. Transpira levemente - ¡Hartos! No necesitamos su hospitalidad. No esperamos que retransmita como un *bedel* lo que manda a decir el Comandante desde un despacho alfombrado… Creo no equivocarme al decir que todos los que estamos acá y cientos, miles de otros camaradas a lo ancho y largo del país estamos hartos de que se diga a todo que sí…

El sorprendido Director pretende unas palabras que no terminan de salir de su boca.

- ¡Hay que asumir actitudes claras, mi Coronel! – lo corta en seco Rico - ¿La Escuela de Infantería apoya la actitud de los camaradas del Regimiento de Infantería Aerotransportado 14, sí o no?

- Ocurre que existe una cadena de mandos….

- Usted, mi Coronel ¿Qué actitud asume? Todos los aquí presentes estamos a sus órdenes… - lo mira con una fiereza que asusta. El silencio es sepulcral.

- Teniente Coronel Rico – se le ocurre - ¿Podemos conversar en mi despacho?

- ¡Cómo no! – asiente Aldo Rico. Gira su cabeza – Me acompañan los Teniente Coroneles Venturino, Listorti y Martínez Zuviría… - ahora mira hacia los Comandos - ¡Mayor Ferrero! – el interpelado se para firmes – Todos los Oficiales y Suboficiales presentes a sus puestos, allí esperan órdenes…

- ¡En claro, mi Teniente Coronel!

El Director y su Ayudante salen del aula seguidos por *los Teniente Coroneles*. El murmullo aumenta hasta casi hacer imposible la conversación.

- ¡Señores! – llama la atención Ferrero.

- Salvo el personal asignado a la seguridad del cuartel, en quince minutos nos reunimos en la Plaza de Aparatos, todo el mundo con su armamento.

El multitudinario auditorio comienza a abandonar el lugar. Se mezclan las voces con los ruidos de armas. La reunión ha terminado.

*

- ¿¡Pero no era que estaba todo controlado!?

- ¡Sí, Raúl! – se apresura el Ministro Jaunarena - ¡Y hablé con el *Coti* como me indicaste! Ocurre que surgieron imponderables…

- ¿Qué imponderables? – la voz del otro lado de la línea no es amistosa.

- La aparición de ese Teniente Coronel Rico…

- ¿Quién es? – ofuscado.

- Un Jefe de Regimiento de Misiones…

- ¿Hay un levantamiento en Misiones también? – está perdiendo su escasa paciencia.

- No, sólo en Campo de Mayo y Córdoba… - dosifica la información – Pero hay Regimientos que adhieren a medida que pasan las horas…

- ¡Salgo ya para Buenos Aires! – se resuelve el Presidente.

- ¡No! – ensaya detenerlo - ¡Esperá! – tiene la boca seca - ¡Dejame que trate de frenar todo…!

- ¡Horacio! – lo calla - ¡Primero me dijiste que me viniera a Chascomús, que lo que iba a pasar estaba bajo control y nos serviría para apurar a los legisladores! – encolerizado - ¡Menos de veinticuatro horas después tenemos a medio Ejército sublevado y al resto de las Fuerzas Armadas mirando para otro lado…! – indignado - ¿¡Y querés que me quede tranquilo!?

- Mirá… - baja el tono para imprimir credibilidad a su propuesta – ya dispuse que el Teniente Coronel Hang esté alistado con el helicóptero de la Casa Militar para irte a buscar a Chascomús… Mientras tanto me voy a ir a Campo de Mayo… - respira hondo – Voy a *quemar el cartucho* de intentar saber qué quieren… Dasso me garantiza una reunión con todas las seguridades tomadas…

- ¡Sí! – protesta Alfonsín – También te aseguró que iba a ser una protesta acotada… - se escucha que suspira – Tratá por favor que no te tomen de rehén…, la oposición, la sociedad y el mundo entero se nos van a cagar de risa… ¡Además los *cartuchos* parece que no los tenemos con nosotros…!

- ¡Sí, señor Presidente, quedate tranquilo!

- ¡No me quedo tranquilo un carajo! – levanta la voz - ¡Quiero comunicación con vos, con Antonio y con el *Coti*, permanente!

- ¡Sí, señor Presidente!

Desde Chascomús, se da por terminada la comunicación

*

El Jefe de Regimiento hace pasar al Jefe del Escuadrón de Exploración. Quedan los dos a solas en el despacho austero y frío. Tanto el Teniente Coronel Santiago Roque Alonso, como el Mayor Hugo Alberto Scortichini conservan puestas sus camperas de abrigo. Conversan de pie. En los meses que comparten la Guarnición de Rospentek el trato ha sido cordial, formal, el necesario. Son dos Jefes que nunca antes han cruzado sus carreras profesionales.

- Vea Scortichini – lo avanza Alonso – Las noticias son pocas y confusas, pero al parecer el malestar de los últimos tiempos acaba de desbordar… - observa la actitud del otro, tratando

de develar sus sentimientos, sin éxito – Si bien el Comando de la Brigada se limitó a un par de comunicaciones para ratificar su subordinación a la Jefatura del Ejército y al Presidente de la República – no despega su profunda mirada del interlocutor – hasta donde se sabe, hay varias Unidades e Institutos del Ejército que apoyan la decisión del Mayor Ernesto Barreiro, de no presentarse ante el Juzgado Federal de Córdoba, por hechos ocurridos hace una década…

- Estoy en conocimiento, mi Teniente Coronel – parco.

- ¿Y cuál es su opinión al respecto? – directo.

- Estoy de acuerdo en apoyar a cualquier camarada que sea convocado por la Justicia, por hechos de guerra, mi Teniente Coronel…

- ¿Pero si son hechos de guerra, qué tiene que hacer la Justicia en medio de ellos…? – el otro percibe la emboscada – En todo caso que lo juzgue el Consejo Supremo… - niega con la cabeza – Es inconstitucional el juzgar a alguien fuera de sus jueces naturales o con leyes posteriores a los hechos que se investigan…

- Es así, mi Teniente Coronel… - se adelanta a su superior – Yo respondo al señor Coronel Auel y comparto con el Teniente Coronel Greppi…

- ¿Qué tiene que ver el Teniente Coronel Greppi en todo esto que estamos hablando…? – se impacienta.

- Es un Jefe de Unidad de esta Brigada… - responde con obviedad.

- Pero a mí me interesa saber lo que opina usted, no la Caballería…

- Opino que hay que respetar los mandos naturales – cortante.

- Me queda claro – lo cruza Alonso – Sepa Mayor Scortichini que este Teniente Coronel y el Regimiento Mecanizado 35, que manda, va a apoyar a cualquier camarada que sea convocado por encima de sus mandos naturales, a dar explicaciones de hechos de guerra… - cuando el otro va a abrir la boca - ¡Puede retirarse!

La Calera

Los camarógrafos y periodistas se apretujan frente al portón de madera del cuartel. Severos centinelas armados no necesitan recordarles con palabras que no pueden cruzar el linde que separa la vía pública del lugar militar. Sus miradas alcanzan. Los medios de prensa son de la ciudad de Córdoba, de canales y radios locales y nacionales. También hay corresponsales extranjeros.

La agitación se hace más pronunciada cuando el anuncio se concreta. Un puñado de paracaidistas – todos portan boinas rojas – se aproximan caminando muy tranquilamente hacia la entrada principal del Regimiento de Infantería Aerotransportado 14.

- Buenos tardes, señores – los sorprende el de más jerarquía. Se muestra sereno, afable, prolijo. Sus bigotes finos esconden una mueca simpática, hasta amigable. La mirada, a veces pícara, del recién llegado, hace un paneo sobre los hombres de prensa – Soy el Teniente Coronel Luis Nicolás Polo, Jefe de esta Unidad de Paracaidistas – habla sereno y pausado – y vengo a traerles tranquilidad en el sentido de hallarse el Regimiento en tareas habituales y respondiendo a directivas de la superioridad…

- ¿Está el Mayor Barreiro en este cuartel? – logra imponerse la pregunta en medio del griterío del resto de los periodistas por lograr una declaración.

- Sí, claro… - con total naturalidad – El Mayor Barreiro es un camarada de Infantería y Paracaidista, que ha pedido alojamiento en este cuartel y – sonríe – por supuesto se lo hemos dado…

- Pero Barreiro está convocado por un Juez de esta ciudad… - lo interpelan.

- Desconozco la situación en detalle a la que usted hace mención…- con soltura – El Mayor es nuestro huésped…

- ¿Pero no ha recibido usted órdenes de entregarlo? – se molestan entre ellos pugnando todos por llamar la atención de Polo - ¿Es cierto que han ordenado desde Buenos Aires su relevo como Jefe de este cuartel?

- Acá estamos, señores – sonríe el Teniente Coronel - ¡Muchas gracias por su presencia! – se da media vuelta y regresa al interior del predio, seguido por un puñado de colaboradores.

Los centinelas, con sus boinas rojas, continúan velando, a distancia prudencial, los límites del cuartel de Paracaidistas.

La resolución

- Mi Coronel ¿se hace cargo o no?

La pregunta del Teniente Coronel Rico es terminante. Su efecto tajante da por terminado con el circunloquio que en los últimos minutos ensaya el Coronel Pedrazini.

- ¿Puedo retirar mis efectos personales? – es la respuesta del Director de la Escuela de Infantería del Ejército.

- Sí, claro… - autoriza Rico entre sorprendido y aliviado.

El ahora desplazado Coronel toma un portafolio donde guarda algunas cosas que levanta de su escritorio. Abre un par de cajones, como revisando. Se da vuelta y extrae un libro de la biblioteca. Con lo poco que puede llevar en sus manos, se retira del que fuera su despacho, sin pena, ni gloria.

El Teniente Coronel Venturino palmea en la espalda a Rico. Éste permanece serio. Concentrado. No siente, en su interior de soldado, que haya nada que festejar. Toma aire.

- ¿Reunieron a todos?

- En la Plaza de Aparatos – le confirma el *Tano* Listorti.

- ¡Vamos! – indica sin dilaciones.

Están saliendo del despacho y se le acerca al *Ñato* un Suboficial Mayor. Se conocen desde hace más de veinte años. Han compartido cursos de Comando, saltos en paracaídas, duros combates en la turba malvinera. Lo cruza y le habla bajo al oído.

- Mi Teniente Coronel – su mirada es de viejo zorro – El Coronel se llevó el libro donde está el dinero *negro* del horno de ladrillos…

- Un miserable… - reacciona Rico - ¡Ordenen a la Guardia que no dejen entrar nunca más a ese cobarde…!

El Suboficial Mayor hace un gesto con su cabeza y un Sargento sale corriendo, feliz de dar rápido cumplimiento a esa orden. Cuando el desplazado Pedrazini, un rato después, intenta regresar al que fuera su cuartel, el Capitán Jorge Raúl Daura, a cargo de la seguridad del puesto principal de la Escuela, se lo impide de forma terminante.

*

Alonso recorre las instalaciones de la guarnición patagónica. Sabe que en momentos de crisis la presencia del Jefe es fundamental para sus hombres. Se hace ver en todos lados. Visita las Compañías. El Parque y los Talleres. Dos veces ingresa al Centro Fijo con la secreta esperanza que haya vuelto el servicio de comunicaciones, cortado adrede por el Comando de la Brigada, desde Río Gallegos. El Regimiento de Infantería Mecanizado 35 está incomunicado. La línea telefónica más cercana está en la oficina de Entel de Río Turbio. Las radios militares, silenciadas. En el Jefe de la Unidad de Caballería con la que comparte cuartel, no se puede confiar. Nota que la incertidumbre comienza a erosionar el estado anímico de sus hombres y el suyo propio. Sólo una débil señal de Radio Nacional emite permanentes consignas a favor de la democracia y en contra de la dictadura ¿Qué pasará en Córdoba? ¿Seguirá firme la posición de la Escuela de Infantería? ¿Cuál habrá sido la suerte del Regimiento de Infantería 19, en Tucumán? ¿Y la Guarnición de San Javier? ¿Por qué no recibe noticias de su compañero de Promoción, el Teniente Coronel Luis Hilario Lagos, también Jefe de una unidad patagónica? ¿Habrá otras Unidades militares o Institutos que hayan adherido en apoyo a la *Operación Dignidad*? Todas estas cavilaciones ocupan sus pensamientos, cuando un Suboficial Principal de mucha confianza le pide parte.

- ¿Qué ocurre? – vuelve a la realidad. Sigue caminando. Obliga al subalterno a caminar a su par. Van solos.

- Mi Teniente Coronel – escupe el otro – Usted tiene que estar enterado de esto… - mide cada palabra – Sabemos por los Suboficiales de Caballería, que el Mayor Scortichini ha impartido órdenes para mover su Escuadrón, con todos los vehículos y armamentos hacia una posición fuera del cuartel…- duda en seguir informando – Incluso se llevarían a sus familias del barrio militar…

- ¡Qué el Ayudante convoque los Jefes de Compañía! – el Suboficial sale al trote hacia los edificios con techos de chapa.

*

Cae el sol y baja la temperatura. El numeroso grupo de Oficiales y Suboficiales que conversa en corrillos ocupando el espacio abierto de la Plaza de Aparatos, ve aparecer a un grupo de Teniente Coroneles. Los encabeza Aldo Rico. Sin que nadie necesite ordenar nada, se congregan sobre los recién llegados. Esquivan los cables de acero que sostienen la estructura metálica del *Bombi*, que con sus diecisiete metros de altura, se destaca entre el resto de construcciones de adiestramiento para los cursos de paracaidismo. Las primeras sombras desdibujan los perfiles. No pocos, los Capitanes José Martiniano Duarte y Daniel Atilio Oneto, entre ellos, perciben las remembranzas de esas frías noches en las Islas, cuando el entonces Mayor Rico se aprestaba a impartir una *Orden de Operaciones*; a ser ejecutada, las más de las veces, en la profundidad del dispositivo inglés.

Un hondo y expectante silencio preceden a las palabras del *Ñato*.

- ¡Atender acá, señores! – habla rápido y cortante – Acabamos de invitar al señor Coronel Pedrazini a hacerse cargo de la situación en esta Escuela de Infantería… - mira a ambos lados, como adivinando entre penumbras, la ansiedad de cerca ya de doscientos hombres que anhelan órdenes – Lo que rehusó – parece reflexionar - ¿Hay algún Jefe presente más antiguo que yo? – sorprende a todos.

- ¡Aquí el Teniente Coronel Rezett! – una silueta de baja estatura, un poco apartada del resto, hace notar su presencia.

- ¿Se hace cargo usted, mi Teniente Coronel? – le dispara Rico.

- ¡No, Rico, guardemos la disciplina…! – intenta el Subdirector de la Escuela. El avance de la oscuridad impide ver los rostros.

- ¡¿Se hace cargo o no se hace cargo, mi Teniente Coronel!? – desafía Rico con tono amenazante.

- No…. – dubitativo.

- ¡Entonces entrégueme la pistola! – mientras avanza hacia la sombra solitaria del temeroso Rezett.

- ¡No, *Ñato*, por favor! – suplica entre sollozos - ¡La pistola no!

- ¡Retírese del cuartel, entonces! – lo emplaza - ¡Rápido!

Todos los presentes asisten al bochorno de ser testigos de cómo el Subdirector de la Escuela de Infantería sale trotando en dirección al edificio principal. Nunca más se lo verá en ese predio durante el resto del fin de semana.

- ¡Ahora hablan de disciplina! – retoma con más furia contenida, hacia quienes lo siguen, ya con las primeras estrellas apareciendo - ¡La disciplina del soldado nace de la confianza mutua! ¡Del ejemplo personal! – resopla - ¡De actitudes arquetípicas! – parece que los pensamientos van más rápido que su locuacidad - ¡Estamos hartos de escudarnos en excusas baratas! ¡Estamos hartos de no ser bien mandados! – toma aire - ¡Nadie se confunda! ¡No pretendemos un golpe de estado! ¡Pretendemos nada más y nada menos que

quienes nos mandan asuman sus responsabilidades institucionales – y remarca – e individuales! – el momento es de máxima tensión. La retirada humillante del Subdirector de la Escuela le ha indicado a todos los presentes que a partir de ahora la cosa es en serio. Rico habla nervioso, escupiendo cada vez que lanza una oración – Esta Escuela de Infantería, enriquecida con personal de cuadros de otras armas, de otros destinos militares, se pone hoy de pie por lo que más estimula a un combatiente: el amor por sus camaradas, por nuestra propia dignidad - a nadie, en esa ya desdibujada Plaza de Aparatos, deja de ponérsele la piel de pollo.

- ¡Mi Teniente Coronel! – rompe el hechizo una voz entre la multitud.

- ¡Sí! ¿Quién es? – escudriña el *Ñato* hacia la dirección de quien interrumpe.

- Soy el Mayor Jorge Llama Figueroa, Oficial de Operaciones del Regimiento de Infantería Mecanizado 6, de Mercedes – procura ser escuchado por todos – Vengo en representación de mi Unidad para hacerles saber que nuestros Cuadros apoyan la actitud de Córdoba y, ahora, de esta Escuela de Infantería… - murmullos de aprobación emergen de los más entusiastas.

- ¡Gracias! – responde Rico – Regrese a su Guarnición y esperen órdenes… - cambia de mano la pistola ametralladora que empuña. Gira la cabeza y se dirige a los más próximos, una media docena de Suboficiales y un par de Capitanes de la Escuela de Guerra - ¡Síganme! – el Teniente Coronel Listorti ordena al resto ir a ocupar los puestos indicados para cada fracción. Se inicia la primera noche de un largo fin de semana.

*

- ¡Aquí el Teniente Coronel Alonso! ¡Cambio! – el ambiente es muy chico y demasiado templado por la exagerada calefacción de la casa. El operador del equipo de radio aficionado es un amigo de mucha confianza de un Suboficial del Regimiento de Rospentek. Del parlante surge un seseo como respuesta, que para nada se parece a una voz humana.

- Tenga paciencia… - tranquiliza el operador – Tenga paciencia…

- ¡Hola! ¡Hola! – insiste el militar. Le cuesta mucho mantener la calma.

- ¡Aquí el Comandante! – emerge audible con bastante buen volumen. Renace el entusiasmo entre los que presencian el intento de diálogo. Desde Río Gallegos, parecen responder – Es el Coronel Auel el que habla… - todos alcanzar a escuchar - ¡Cambio!

- ¡Ahora lo recibo bien! – confirma Alonso - ¡Necesito colabore con el mantenimiento de la cordura, mi Coronel!

- ¡Lo escucho! – se ofrece el Comandante de la Brigada - ¡Cambio!

- ¡El Teniente Coronel Greppi me ha hecho llegar una comunicación con la amenaza directa de avanzar con sus tanques sobre mi unidad! ¡Cambio! – el tono de su voz es tenso.

- ¡Desconozco esa actitud y no responde a una orden de este Comando, Teniente Coronel Alonso! – se apresura la respuesta - ¡Cambio!

- ¡Exijo urgente se neutralice esa actitud hostil, mi Coronel! – enfatiza Alonso - ¡Cambio!

- ¡Cuente con ello! – asegura Auel - ¿Cómo está la situación en Rospentek? ¡Cambio!

- ¡Tensa, mi Coronel! ¡Tensa! – se explaya el Teniente Coronel - ¡Aquí el Jefe del Escuadrón pretende retirarse fuera del cuartel con todos los vehículos y armamento! – hace una pausa sin dejar de oprimir la tecla del micrófono - ¡No se lo vamos a permitir! ¡Cambio!

- ¡No ordene nada que pueda complicar las cosas! ¡Por favor! – la voz suena a súplica.

- ¡Ya ordené a la Sección Morteros Pesados colocarse en posición, mi Coronel! – lo apura Alonso - ¡Si se mueven los blindados abrimos fuego sobre blancos ya reglados en distintos puntos de la ruta! ¡Cambio!

- ¡No haga eso, Alonso! – pierde la calma Auel - ¡Cambio!

- ¡Ya lo ordené, mi Coronel! – más firme – Si el Mayor quiere abandonar el cuartel con su Escuadrón y sus familias, que lo hagan…. ¡Sin vehículos! ¡Sin armamento pesado! ¡Sólo las familias, sus uniformes y sus pistolas reglamentarias! ¡Cambio!

- ¡Corto con usted para ya comunicarme con Greppi y Scortichini! – ansioso - ¡Alonso, por favor, no ordene más nada! ¡Cambio!

- ¡Ordeno a cada minuto, mi Coronel! – contundente - ¡Soy el Jefe de este Regimiento! ¿Usted tiene órdenes para mí? ¡Cambio!

- ¡Nos comunicamos más tarde, Alonso! ¡Cambio y corto!

*

Esa gris tarde de jueves, el Presidente de la República saltea malhumorado a varios de sus funcionarios y, sin escalas, convoca a ambas cámaras al Congreso de la Nación. Después de ser aplaudido por todo el arco político, se firma el *Acuerdo Democrático*.

Mientras dentro del recinto se sucede ese transcendental acto de apoyo a la Presidencia, operadores de *la Coordinadora* agilizan la movilización hacia la Plaza de Los Dos Congresos, donde se arma una espontánea aparición de Alfonsín, *llamando a defender la democracia, amenazada una vez más, como desde 1930, desde los cuarteles*. Mucha gente se hace presente en el acto popular. Los medios retransmiten en directo amplificando las consignas de *dictadura o democracia*.

*

La improvisada patrulla, encabezada por el Teniente Coronel Rico, avanza con sigilo y premura hacia el único edificio del que emana una luz tenue, lindante con la Escuela de Ingenieros. Cuando arriban junto a la ventana iluminada, el *Ñato* se detiene a escuchar. Todos los que lo siguen lo imitan. Dentro se sucede lo que aparenta ser una reunión entre el Oficial Logístico de la Escuela de Infantería y una docena de sus Suboficiales más antiguos, los *sables largos*.

- …Nuestra situación dentro de todo es más sencilla – se escucha pronunciar desde el interior de la oficina – Nosotros estamos a órdenes del Teniente Coronel Listorti, que es un Oficial Jefe orgánico del Instituto, así que nadie nos podrá endilgar nada…

Para el *Ñato* es suficiente. Hace una corta señal de irrupción y encabeza el golpe de mano pateando la puerta e ingresando por sorpresa, seguido de dos Capitanes y cuatro Suboficiales fuertemente armados.

- ¡Armas al piso! – les grita Rico, ante el pavor de los sorprendidos - ¡Armas al piso! – caen al suelo de viejas baldosas, fusiles FAL, correajes completos con pistoleras, llaveros, alicates, linternas de mano, termos de agua caliente, cuadernos. Todos levantan sus brazos en señal de entregarse - ¡Bajen las manos! – les ordena el *Ñato*. Mira con furia al Mayor que tiembla a su lado - ¿Usted quién es? – le pregunta acercando su cara hasta oler el aliento del interrogado.

- ¡Mayor Loréfici, mi Teniente Coronel! – se presenta trémulo

- ¿A órdenes de quién está? – lo apura.

- ¡Del Teniente Coronel Listorti, mi Teniente Coronel! – responde inseguro.

- El Teniente Coronel Listorti está a órdenes mías – le aclara Rico. Acto seguido da la espalda al trémulo Logístico y encara al primer Suboficial del semicírculo, que de pié, aguarda un desenlace incierto - ¿Usted a órdenes de quién está? – se le acerca hasta casi rozarse con las narices.

- ¡Con usted, mi Teniente Coronel! – grita como un Cabo recién egresado de la Escuela.

- ¿Y usted? – hace lo mismo con el segundo.

- ¡Con usted, mi Teniente Coronel! – cada uno con más energía.

- ¿Y vos? – al tercero.

- ¡Con usted, mi Teniente Coronel! – siempre es la respuesta. Y así uno por uno, hasta que todos los Suboficiales que hace instantes escuchaban en silencio al Mayor Loréfici, asumen el compromiso de lealtad hacia el Teniente Coronel Aldo Rico, Jefe de un Regimiento de Infantería de Monte, en la perdida localidad de San Javier, Misiones, a muchísimos kilómetros de Buenos Aires. Por último el *Ñato* vuelve a encarar al entregado Loréfici.

- ¿A órdenes de quién está usted, Mayor?

- ¡A órdenes suyas, mi Teniente Coronel! – quienes acompañan y custodian a Rico no pueden creer lo que presencian. En un Ejército derrotado, estigmatizado, acusado por un sector importante de su misma sociedad, vilipendiado, ausente de mando y de ejemplo personal; acaban de ser testigos de una luz de cambio, de una esperanza, se sienten de nuevo orgullosos de portar las armas con el Escudo Nacional estampado en ellas.

- ¡Si están a mis órdenes salen corriendo ya a ocupar sus puestos de combate! – vocifera Rico.

Como nuevos reclutas, desde el Mayor hasta el más joven de los Suboficiales que participan de la malograda reunión para analizar qué curso de acción seguir, salen a lo que dan sus piernas a cumplir la orden recién impartida. Ahí mismo, se acaba con la deliberación.

La vigilia

Licenciados todos los soldados conscriptos desde la mañana del Jueves Santo, en cada uno de los Casinos de la Escuela de Infantería los Oficiales y Suboficiales improvisan comidas ligeras aprovechando las provisiones existentes y la habilidad en la cocina de un puñado de voluntarios.

Con destino en ese cuartel, alejado el Coronel Luis Alberto Pedrazini y desplazado el Subdirector, Teniente Coronel Fortunato Valentín Rezett; permanecen a órdenes de Aldo Rico el Teniente Coronel Victorio Listorti, los Mayores Miguel Isturiz, Juan Carlos Peretti, Carlos Loréfici, Andrés Ferrero y Pedro Cerruti. Los Capitanes Jorge Affani, Rafael Patricio Videla, Jorge Ramón Cáceres, Marcelo Filippa, Carlos Geravi, Los Tenientes 1ro Horacio Malberti, Carlos Noguera, Carlos Alberto Pissolito, Gustavo Luis Salerno, Ricardo Sánchez Gavier, Hugo Alberto Vicente. Los Tenientes Alberto Maciel, Juan Francisco Baleiron, Ernesto Peluffo, Carlos Alfredo Pérez Aquino (h) y Julio Enrique Vila Melo (h), así como la totalidad del plantel de Suboficiales del Instituto.

En los horarios de las comidas se distingue en la mesa de la Caballería, a los Teniente Coroneles Gustavo Martínez Zuviría, Jorge Horacio Bellande, Jorge Alfonso y los Capitanes Pedro Mercado y Raúl Alfonso. Los comunicantes se agrupan alrededor del Mayor Víctor Velloso y son los Capitanes Ricardo Morici, Carlos Maisonnave, Pablo Oliva y el Teniente 1ro Enrique Ferraris.

El pícaro Capitán Ricardo Balestrino compite en histrionismo con Hugo Vercellotti, el primero junto al otro zapador, Capitán Luis Alejandro Candia. El segundo, integrado a los paracaidistas donde hacen bromas los Capitanes Enrique Rivas, Arnoldo Lobbosco, Juan Bautista Sasiaíñ, Ernesto Larramendi y Pablo D'Aloia.

Los miembros de la Promoción 104, siempre numerosos y más exclusivos, forman mesa con los Capitanes Emilio Morello, Guillermo Villarreal, Luis Alberto López, José M Duarte, Alfredo Ávalos, Gustavo Luis Breide Obeid y Horacio Linari.

Ferreyra, uno de los pocos artilleros, prefiere mantenerse junto a sus compañeros de Promoción, sobre todo con Sánchez Zinny, su vecino en el Barrio Militar General *San Martín*.

Siempre misteriosos y crípticos, los de Inteligencia se transmiten consignas susurradas en corrillos que integran el Teniente Coronel Venturino, el Mayor Armando Zarabozo, los Capitanes David Cabrera Rojo, Víctor Alejandro Gallo, Miguel Ángel Macchi y el Teniente 1ro Andrés Máximo Maisano.

El Teniente Coronel Rico casi no se hace ver. Come y descansa en duermevela sin abandonar el despacho del Director. No está dispuesto a dejar el mando y comando un instante. Ni siquiera a quien le sigue en antigüedad, su compañero de Promoción, Enrique Venturino.

Los Suboficiales, siempre más próximos a todos los recursos, saborean un asado que, para ser improvisado, daría que envidiar a muchas parrillas de la zona de San Miguel.

*

Es más de media noche. No es fácil conciliar el sueño en la extraña cama de una habitación del Alojamiento de Cursantes. La alta rotación de personas, por la falta de lugares donde poder descansar, hace que entren y salgan a cada rato de las pequeñas habitaciones. Por su moderna construcción, las paredes parecen de utilería y dejan pasar todos los sonidos. Se escuchan ronquidos, conversaciones, toses, ruidos de toda naturaleza. El Capitán Arnoldo Rafael Lobbosco intenta, sin suerte, descansar un poco. Ha dormido apenas la noche anterior. Madrugó para venir con su auto hasta la Escuela de Infantería. Por ser soltero, pudo evitar las despedidas angustiosas, las promesas de ser prudente, las recomendaciones. Armó su bolso verde oliva. Cargó un par de mudas de ropa, dos libros, varias cajitas de munición de 9 mm, su cuaderno de anotaciones, una linterna, un par paquetes de pastillas Refresco y una tira de Migral, común, porque los otros le caen mal al hígado.

Divagando, insomne, sobre el incierto porvenir inmediato, oye una vez más pasos que van y vienen en los angostos pasillos. Esta vez los transeúntes se detienen a conversar casi junto a su puerta. Es imposible no oír lo que hablan.

- Esto termina como el culo… - afirma uno.
- Hay que confiar – le responde otro – Yo combatí con el *Ñato* en Malvinas, es un Jefazo…
- Me parece – insiste el primero – que todavía estamos a tiempo de cambiarnos de civil e irnos en el 176… - se escucha una tos fuerte – y presentarnos en la Escuela el lunes…
- Si vas a hacer eso – le responde un tercero – mejor te vas mañana, a la luz del día y despidiéndote de Rico…

El Capitán Lobbosco se decide. Si bien los del pasillo bajan la voz, siguen discutiendo entre ellos. Deja su cama, se calza los borceguíes, que son la única prenda que se quitó para descansar. Gira la perilla de aluminio redonda de la puerta, abriéndola repentinamente. Cuando se asoma, se sorprende al descubrir a tres superiores suyos.

Dirigiéndose a uno de los tres Capitanes, los exhorta:

- Mi Capitán, si desea irse de la Escuela, hágalo cuando quiera y de la forma que más le plazca, pero dejen descansar al resto y no den vergüenza…

Cierra de nuevo la puerta sin esperar respuesta. Los tres abochornados Capitanes se alejan en silencio en búsqueda del olvido de ese mal momento.

*

Los pocos pasajeros del tren lo miran con extrañeza. Lleva un fusil FAL y un casco de acero M1 debajo del brazo izquierdo. Si no fuera vestido con uniforme de combate y llevara las insignias de Sargento, ya todos se habrían cambiado de vagón. Las puertas se abren en la estación Sargento Barrufaldi. Es el único pasajero que desciende. ¿Quién más puede bajarse en el último tren de medianoche, vísperas de un *Viernes Santo*, en estos andenes desiertos?

Camina con decisión entre las vías del Ferrocarril Lacroze y la senda poco iluminada que pasa por detrás de la antigua Usina. Del otro lado de la ruta, reconoce las luces rojas que ubican rápidamente la entrada de *El Tutú*, reducto de añares donde nunca falta carne de todo tipo, para satisfacer a la siempre numerosa y fiel clientela de Campo de Mayo. Cuando los faros de algún auto se lo permiten, se revisa el equipo. Al tacto controla regularmente sus cargadores, el cuchillo bayoneta, la pistola 11,25 mm, su chaleco con dos granadas antitanque. Todo está en su lugar. Ingresa por la Puerta y toma conciencia de la distancia que le resta hasta la Escuela de Infantería. Lo que quiere es llegar allí. No le importa más nada. Que le digan lo que quieran después. Ya cruzó el límite. Se fue de su destino en el Batallón de Aviación de Ejército.

Piensa en sus padres y en su hermana. Observa, a la distancia y entre sombras, los edificios de la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral, la *Escuelita*, como la llama con sus *cursos*. Años dorados. Tiempos en que se sentían orgullosos de pertenecer al Ejército Argentino. Egresado en 1979, como Cabo de Infantería, no tuvo el privilegio de combatir en Malvinas, pero desde muy joven, desde que era un Cabo mocoso e ignorante de tantas cosas, le enseñaron que no se abandona nunca a los camaradas. Leyó por ahí, alguna vez, o tal vez se lo leyeron, que los buenos guerreros no temen tanto a la muerte como a caer prisioneros, a quedar heridos en la tierra de nadie, a ser abandonados. Él es criado en el duro campo de la provincia de Buenos Aires. Como buen *gringo* va a cumplir con su palabra. No tiene la menor idea de quién es ese Barreiro. Hasta pasa por alto el detalle no menor que se trate de un *bicho* y no de un *gancho*. Es un camarada. Apura el paso. *¡Puta que queda lejos la Escuela de Infantería!*

Veinte minutos después lo frena en seco el encendido del reflector del puesto *Tuyutí*.

- ¡Alto, quién vive! – se escucha desde la media altura de un árbol.
- ¡Sargento Roldán! – responde a voz en cuello.
- ¡Avance! – el portón se entre abre.

Ya está en su casa.

*

Las reuniones no pueden hacerse más en el Aula de Instrucción. Los presentes en la Escuela de Infantería, el *Viernes Santo*, superan los dos centenares de Oficiales y Suboficiales. Se decide la costumbre de mantener informado a todo el personal, a través de formaciones en el Patio Interior de la Escuela. Un cierto orden mantiene los agrupamientos por especialidades: los Comandos, los Paracaidistas, los Mecanizados, los de Inteligencia y, a partir de ahora, un quinto grupo, conformado por aquellos que no integran los primeros cuatro; normalmente personal que se ha presentado individualmente en medio de la licencia de *Semana Santa*, de unidades militares alejadas, de otras armas y servicios, o un puñado en situación de retiro.

Se adopta la rutina de presentar en formación, al Teniente Coronel Rico, quien mantiene así el contacto personal con todos y hace conocer su análisis de la situación. Normalmente deja después la palabra a alguno de sus colaboradores, para ahondar en aspectos de detalle. Esa suerte de Plana Mayor informal, que rodea al *Ñato*, tiene un efectivo y composición variables, pero giran siempre en torno a él: los Teniente Coroneles Venturino, Martínez Zuviría y Listorti; los Mayores Zarabozo y Ferrero; los Capitanes Mercado, Cabrera Rojo, Breide Obeid y Macchi.

- ¡Estamos en momentos difíciles! – arranca sin rodeos el Jefe de los rebeldes – Hay una profunda y orquestada maniobra de desinformación… - escupe cuando habla – que pretende hacer creer a la población que esto es un golpe de Estado… - se lo nota molesto – Incluso tenemos información que varios barrios de Córdoba capital, amanecieron ayer jueves con pintadas en sus muros que hacían referencia a la opción *Dictadura o Democracia*… - se le dibuja una mueca pícara - ¿Quién mandó a hacer esas *pintadas*? ¡Si a esa altura no había aún ningún pronunciamiento público? – parece chistar - ¡Nada más alejado de nuestra intención! – remarca – Posiblemente muchos de ustedes no sepan que varios Teniente Coroneles, como Jefes de Unidades de Combate, hace meses que estamos planteando, de manera verbal y por escrito, por la vía jerárquica, nuestro parecer respecto a esta falacia de la *batalla jurídica* – mira con asco –; verdadero laberinto sin salida en el que nos ha metido un *generalato* carente de iniciativa, de imaginación, de credibilidad, de capacidad de mando…- pasa una mirada rápida por toda la formación que, inmóvil, escucha como hechizada aquello que todos piensan y nadie en años, se atrevía a manifestar -…¡ y de vergüenza! – remata – Por eso si alguien de los aquí formados conserva la peregrina idea de alcanzar con esta actitud un cambio de gobierno, está perdiendo el tiempo… - toma aire mientras cabecea impaciente – Nosotros asumimos esta actitud extrema por amor al camarada… - estira las eses – No disfrutamos en quebrar una disciplina que no existe hace rato en el Ejército… - parece reparar en algo - ¡Y se los voy a demostrar con hechos! – se entusiasma aún más - ¡Imparto la orden terminante!: en esta *Operación Dignidad* nadie

está autorizado, salvo indicación expresa mía, a moverse de manera individual o en grupos, fuera de los límites del cuartel de la Escuela de Infantería… - insiste – Vuelvo a repetir para que quede bien claro: ninguna fracción o individuo puede salir de esta cuartel sin mi autorización expresa y personal… - hace una breve pausa - ¡Nadie está autorizado a abrir fuego u ordenar hacerlo sin mi personal y directa orden..! – parece disfrutar del suspenso que genera - ¿Y saben por qué soy terminante en esto que acabo de establecer? – se le dibuja una mueca de sonrisa - ¡Porque nadie va a venir a reprimirnos! – afirma con plena seguridad - ¡Repito! ¡Nadie va a venir a reprimirnos! ¡Nosotros representamos, desde esta Escuela de Infantería, en estas jornadas, vísperas de Pascuas, plagadas de temores e incertidumbres – tambalea su cuerpo hacia adelante y hacia atrás, como para imprimir más energía a sus palabras – nada más y nada menos que el sentir del resto del Ejército… y me atrevo a decir, que del resto de las Fuerzas Armadas…! – parece serenarse – Después de todos estos años de escarnio público, de burlas y de humillaciones… - se acomoda los lentes, que agrandan sus ojos - ¡Estoy orgulloso de todos y de cada uno de ustedes! ¡Viva el Ejército Argentino! – un *¡Viva!* ensordecedor y cortante hace temblar los cristales del Patio cubierto - ¡Viva la Patria! – mientras responden por segunda vez a la voz de su Jefe, muchos reparan que hace mucho tiempo que nadie viva a la Argentina – El Teniente Coronel Venturino los va actualizar en cuanto a la situación que se vive… - se corre a un costado y deja lugar a su compañero de Promoción.

- Señores – Venturino es la antítesis de Rico. Viste un uniforme de combate casi nuevo y planchado, que se nota que hace años no usa. Peinado hacia atrás, mucha cantidad de gomina intenta disimular el largo de su pelo. Sus anteojos gruesos, con mucho aumento y cristales semi oscuros, le dan esa imagen siempre misteriosa, imprecisa, propia de los servicios de Inteligencia – Tenemos información confirmada de fuentes confiables que apoyan la actitud del Regimiento 14, de Córdoba – levanta la vista de unos desordenados papeles – además de esta Escuela de Infantería; el Regimiento de Infantería Mecanizado 35, de Rospentek; el Regimiento de Infantería 19, de Tucumán; el Regimiento de Infantería de Monte 18, de San Javier; el Regimiento de Infantería Mecanizado 6, de Mercedes; la Sección de Inteligencia de Campo de Mayo… - hace una pausa como para cambiar de categoría – También debemos señalar a la Escuela Superior de Guerra, la Escuela Lemos, la Escuela de Comunicaciones, el Regimiento de Infantería Mecanizado 3 y otros destinos desde donde nos han hecho llegar su adhesión y la seguridad de no cumplir ninguna orden que implique reprimir nuestra postura…

- ¡Nadie va a reprimir! – lo interrumpe Rico dirigiéndose a los presentes - ¡Nadie!

*

El optimismo y la voluntad de vencer que inyecta dos veces al día el Teniente Coronel Rico en las formaciones en las que toma contacto con su gente, duran lo que un fuego de artificio entre no pocos de los autoconvocados en la Escuela de Infantería. A esta altura de los acontecimientos, todos los medios de prensa hablan del intento de desestabilizar ya no al gobierno, sino al propio sistema democrático. La consigna *Dictadura o Democracia*, que alguien imprudentemente adelantó en pintar en varios muros a ambos lados de La Cañada, se repite como una letanía en cada pantalla de noticiero, en cada reportaje a figuras de la política, legisladores, artistas. Los titulares de los medios gráficos son tremendistas y así como no mencionan el grado de adhesión que adquiere la actitud de los rebeldes entre sus pares, agiganta la posibilidad de ruptura del orden constitucional.

Lo cierto es que más allá de estos intentos por traspasar la *espiral de silencio* que, desde el exterior del cuartel el gobierno ha sabido imponer; a los presentes en la Escuela les resulta muy difícil mantener el ánimo y la moral alta. Poco a poco, por infinidad de razones, el epicentro de la crisis ha dejado de ser la Guarnición de Paracaidistas de Córdoba, así como la actitud decidida y unánime de unidades de combate de alejadas latitudes. Todos miran hacia la Escuela de Infantería. Todos quieren lograr una declaración, una foto, saber algo más de ese ignoto Teniente Coronel Rico que, con rostro de boxeador, gestos de pocos amigos y ademanes hostiles, parece ser un referente militar como pocos en su tiempo. Infante, Paracaidista y Comando, Abanderado en el Colegio Militar, hasta que por su temperamento, aplicó una trompada a un cadete un año más joven. Por tal motivo fue dado de baja y, por sus antecedentes, se le permitió la reincorporación al año siguiente, volviendo a alcanzar el puesto de Escolta de la Bandera Nacional de Guerra. Vaya paradoja del destino, pocos conocen que la víctima de su gancho al mentón, fue nada menos que el Cadete Luis Nicolás Polo, que dos décadas después, manda el Regimiento de Infantería Aerotransportado 14, que ha dado alojamiento al Mayor Barreiro, disparando la crisis castrense que hoy intenta conducir el propio Rico. Este pisciano, hijo de asturianos, formado en su juventud en grupos políticos de izquierda es un gran lector. Posee una inteligencia desordenada pero aguda y una personalidad muy especial. De un franco y abierto humor con sus allegados y gélido trato con extraños, es reconocido desde Cadete por su innegable don de mando. Instructor en el Colegio Militar y en varios cursos de Paracaidismo y de Comandos a lo largo de su carrera, es admirado por todos, temido por los vagos y obsecuentes, consolidado en forma geométrica su ascendiente militar, después de Malvinas.

Cuando después del 2 de abril de 1982, lo envían a conducir una movilizada unidad de reservistas a la provincia de San Juan, reniega de esa misión irrelevante para un miembro de las fuerzas especiales. Emplea su *bala de plata*: un antiguo conocimiento con el General de División José Antonio Vaquero, por entonces la segunda autoridad del Ejército. Logra que éste, en un par de llamadas telefónicas efectuadas desde el teléfono público de un pueblo, lo autorice a formar una segunda Compañía de Comandos, la 602. Viaja a Buenos Aires por sus propios medios. Se presenta en la Escuela de Infantería y comienza a convocar a Oficiales y Suboficiales de la especialidad de Comandos que prestan servicios activos a lo ancho y largo del país. Los reúne en tiempo récord, los organiza, equipa, les provee armamento y medios de comunicaciones. Los imbuye de su propio espíritu y vocación íntima: él no está dispuesto a ver la guerra por televisión. Parten hacia Comodoro Rivadavia. Aguardan vuelo y aterrizan en un Hércules de la Fuerza Aérea, después de dos intentos, en Puerto Argentino. El sorprendido Gobernador Militar, General Mario Benjamín Menéndez, que desconoce de la existencia y del arribo de una segunda Compañía de Comandos, le ordena a Rico permanecer con sus hombres dando la seguridad a la Casa de la Gobernación.

Aldo Rico no fue a Malvinas para eso. Se despide del Gobernador con un lacónico *¡En claro, mi General!* No lo ven nunca más por las calles de la capital isleña. Se traslada con sus efectivos a la base de las alturas Rivadavia. Lo demás es historia conocida. Nunca recibió orden de empleo alguna. Sin embargo no hubo noche que su Compañía de Comandos 602 no ejecutara alguna operación, la mayoría de las cuales se llevaron a cabo en la profundidad del dispositivo inglés. Fue el elemento de tierra, integrado exclusivamente por Oficiales y Suboficiales, que más porcentaje de bajas tuvo entre muertos y heridos.

Cuentan los veteranos que en la triste y dolorosa mañana del 14 de junio de 1982, cuando las tropas argentinas, ante el cese de fuego, se reunían sin distinción de grados en lo que quedaba de la pista de aterrizaje del aeropuerto, un *jeep* con un oficial inglés que hablaba en un aceptable español, voceaba por un megáfono. ¡*Mayor Aldo Rico! ¡Mayor Aldo Rico!* El adversario victorioso no quería dejar pasar un minuto sin interrogar al Jefe enemigo que más daño les había producido durante la fase final del asalto a Puerto Argentino. Los muertos, heridos y sobrevivientes del legendario *SAS* británico, daban prueba palmaria de todo ello.

Con todo ese bagaje profesional casi no asciende a Teniente Coronel y, pese a ser diplomado en Estado Mayor, estuvo a punto de no ser nombrado Jefe de Unidad, por su difícil personalidad y trato hostil hacia parte de sus superiores.

Inicialmente, al parecer, agentes de la administración de Alfonsín que previeron tener que mantener reuniones con potenciales militares rebeldes, imaginaron negociaciones con algún Jefe con las características de Enrique Venturino. Desde este *Jueves de Semana Santa*, desembarca en esta compleja trama un protagonista inesperado: un *cisne negro*; el Teniente Coronel de Comandos, Aldo Rico. Un hombre educado, formado y entrenado para operar en situaciones extremas. Un Jefe probado en combate. Un guerrero admirado por sus subalternos, respetado y hasta temido por sus superiores. No se equivoca el Presidente Alfonsín en su malestar y enojo.

*

Los dos helicópteros del Batallón de Aviación de Ejército aterrizan en la explanada del Edificio *Libertador*, sede del Estado Mayor General del Ejército, a menos de doscientos metros de la *Casa Rosada*. Descienden el Teniente Coronel Rico y una docena de Comandos que lo custodian. La seguridad para el aterrizaje, dispuesta por los efectivos de servicio en el Edificio se hace a un lado para dejar pasar a esa patrulla dinámica que, sin prisa, pero a paso audaz, avanza hacia una de las entradas laterales.

Un corrillo de Coroneles y algunos Generales conversan próximos a las escalinatas, observando el avance de los recién aterrizados.

- ¡Nadie a menos de veinte metros! – los sorprende la orden imperativa de uno de los Comandos que secundan a Rico. Sin dudarlo, todos toman prudencial distancia. Ninguno abre la boca.

Un Suboficial de la Policía Militar le indica al Teniente Coronel Rico el camino a los ascensores. El *Ñato* elude la sugerencia y encara casi al trote por las escaleras, seguido por un erizo de Comandos que van generando un área de exclusión alrededor de su Jefe.

Más de un curioso se asoma desde las oficinas que van cruzando en la subida.

- ¡Todos adentro! – les grita cada tanto un Comando. Obedecen de inmediato. Coroneles. Teniente Coroneles. Mayores. Suboficiales antiguos con años de tratar con Generales, todos obedecen sin protestar a ese grupo compacto que va al encuentro del General de División Héctor Luis Ríos Ereñú.

Llegados al piso de la Jefatura del Estado Mayor, Rico ingresa sin dilaciones en el despacho de la máxima autoridad militar. Lo sigue únicamente el Capitán Breide Obeid.

- ¡Mire el desastre que me ha hecho! – lo recibe de pie Ríos Ereñú. Vocifera fuera de sí. Señala un montón de diarios con titulares en letras de catástrofe.

- ¡Usted es el responsable de esta situación! – lo cruza Rico sin amedrentarse.

- ¡Ha quebrado la disciplina! – replica el General.

- ¡La disciplina está rota desde que se resolvió por la *batalla jurídica*! – tuerce la cara - ¡Un mamarracho!

- ¡Deponga ya su actitud y entregue la Escuela de Infantería! – brama Ríos Ereñú.

- ¡Jamás mientras tenga el apoyo del Ejército, que usted ya ha perdido! – se da media vuelta e inicia el camino de regreso hacia los helicópteros, que permanecen con los motores encendidos en la explanada

- ¡Voy a ordenar la recuperación militar de ese cuartel que usted ha mancillado! – le advierte.

- ¡Atrévase! – lo desafía Rico sin darse vuelta siquiera.

*

Definitivamente es el *Viernes Santo* el peor día para el ánimo de los acuartelados. El Capitán Vercellotti reúne a un puñado de Oficiales. Les transmite la orden emanada desde el despacho de la

Dirección, ahora ocupado por Rico y su inorgánica y cambiante Plana Mayor. Se va a permitir el ingreso al cuartel, de los equipos de exteriores, sobre todo los de corresponsales extranjeros, que ya montan guardia periodística sobre la ruta. Se los va a invitar a una suerte de *té con masitas*, para que puedan conversar con varios de los Oficiales y despejar dudas respecto a las intenciones finales de los ocupantes de la Escuela. Entre otros se señala para participar de ese encuentro con la prensa, a los Capitanes Ávalos, Balestrino, Lobbosco, Larramendi, todos guiados por el propio Vercellotti.

Dos horas después la pantalla del televisor del Casino de Oficiales destila noticias tremendistas, exageradas y con claro ánimo de desinformar. Ni un segundo de filmación, ni un párrafo, ni una imagen de la invitación y encuentro con el periodismo, que por otro lado se llevó a cabo en un ambiente cordial y bastante amigable. A los militares, nada acostumbrados a estas conversaciones, no les resultó fácil la tarea de responder varias veces a las mismas preguntas: *¿Qué es lo que esperan? ¿Cuáles son sus objetivos? ¿No comparten ustedes que dar cumplimiento a sus petitorios, importa un ceder desde el Gobierno, a todas luces inadmisible? ¿Qué opinan de los excesos cometidos durante la dictadura?* Tanto invitados como anfitriones se quedan con el sabor de algo inconcluso. Los primeros, no terminan de creer en lo acotado de los objetivos fijados por Aldo Rico. Los segundos, temen emplear una palabra de más y sus argumentos suenan encorsetados, practicados minutos antes, como previo a una puesta en escena.

De boca en boca se comenta la *deserción* de algunos Oficiales que toman la decisión de regresar a sus hogares o a sus destinos de origen. No son significativos, pero no deja esa actitud de sembrar desasosiego en el resto. También se suceden una serie de visitas. Son camaradas de distinta jerarquía que se apersonan a los diversos puestos de la Escuela. Su actitud no deja de ser confusa para los rebeldes. Algunos lo hacen de civil, los menos. Muchos visten uniformes de diario, como para dejar bien claro su intención de no sumarse a la actitud de los acuartelados. Un puñado viste de combate. Así desfilan a lo largo de ese viernes plagado de rumores, incertidumbres y fundados temores, los Capitanes Osvaldo Felipe Izaguirre, Carlos María Ricciardi, Mario César Enrique Orozco, Néstor Mario Marensi, Eder Alfonso Pécile, Daniel Enrique González Deibe, Hermenegildo Barbosa, Miguel Ángel Martín; el Teniente Primero Agustín Martínez Zuviría y Augusto Cantón, este último para permanecer definitivamente con los acuartelados. También sorprende, por su juventud, la prolongada visita de los Subtenientes Gustavo Omar Parada, Jorge Roy Cornejo, Alejandro Firenze y Claudio Guido Holzwarth, que al caer la tarde son invitados a regresar a sus unidades.

Al principio estas apariciones son recibidas con entusiasmo y evidentes muestras de alegría. A medida que se suceden, los rebeldes empiezan a impacientarse ante camaradas que vienen a solidarizarse, pero con una actitud de estar viviendo en otra dimensión, cuando la realidad es que lo que se logre o se pierda, va a involucrar a todos. Es muy común recibir la opinión de *comparto los objetivos, pero no el procedimiento*; muletilla que hasta años después se escuchará repetir en interminables discusiones entre quienes estuvieron dentro o fuera de las unidades rebeldes. Lo cierto es que ninguno de los que toman distancia de la actitud de los presentes en la Escuela de Infantería, pudo nunca definir con claridad cuál habría sido el *otro procedimiento*, que no consista en dejar que las cosas sucedan como hasta ese fin de semana de Pascua.

Esa tarde se permite el ingreso del Coronel Francisco Cervo, anterior Director de la Escuela de Infantería, quien luego de conversar con Rico y sus colaboradores más íntimos, se retira vistiendo su uniforme de calle, por la entrada principal. Cuando es abordado por todos los medios periodísticos, en directo, declara ante las cámaras: *…en estos días, la Escuela de Infantería es un monumento viviente…*

Es de destacar, que ese viernes marca la irrupción de los rebeldes con sus rostros enmascarados. Desde el jueves a primera hora, el Mayor Ferrero ordena a su grupo de Comandos, enmascararse al completo. Esto los distingue del resto de los que ocupan la Escuela de Infantería. Al día siguiente, el Capitán Sánchez Zinny se presenta ante el Teniente Coronel Listorti. Por estar destinado en el cuartel, Listorti administra las órdenes que tienen que ver con el manejo interno del Instituto y sus ahora más de doscientos cincuenta habitantes. El Capitán le propone que todos los acuartelados se enmascaren, con el objeto de reconocerse entre sí, así como enviar una señal a sus camaradas allende los límites de la Escuela de Infantería: la decisión de mantenerse firmes hasta la obtención de sus objetivos.

El *Tano* Listorti lo consulta más tarde con Rico y la orden de enmascararse se generaliza, con excepción del propio *Ñato* a quien siempre se lo ve con el rostro libre de manchas verdes o marrones.

La prensa que cubre esas jornadas, hace el resto. Acababan de nacer los *carapintadas*.

Rospentek

- Mi Teniente Coronel – el que entreabre la puerta del despacho es el Capitán Jorge Aníbal Santiago Cadelago.
- ¡Sí! – se sobresalta Alonso que, en duermevela, cavila sobre las consecuencias para sus hombres, de la actitud asumida por su decisión.
- Por Radio Nacional difunden la noticia de una orden impartida desde el Gobierno – sigue asomado sin ingresar - El Iido Cuerpo de Ejército debe avanzar sobre Buenos Aires a recuperar el cuartel de la Escuela de Infantería… - su mirada es de preocupación.
- No las tienen todas consigo… - la mueca de Alonso mezcla el cansancio con la satisfacción de la lectura que hace de esta última noticia – Si ordenan ese disparate al Iido Cuerpo, es porque nadie en Buenos Aires les *da pelota*…- se sonríe apenas – Ríos Ereñú ha perdido la poca autoridad que le quedaba…- sentencia - ¿Qué se sabe del Escuadrón? – más serio.
- Han abandonado los Parques y licenciado a la tropa, mi Teniente Coronel – relata el Capitán – Según los Suboficiales, el Mayor Scortichini recibió una *lavada de cabeza* de parte del Comandante de la Brigada, en una comunicación que tuvieron desde Río Gallegos…
- Entendieron el mensaje… - concluye Alonso – No nos descuidemos… - recomienda – está totalmente claro que a alguna camarilla le hemos *arruinado el asado*, pero no se van a quedar quietos…

Sábado de Gloria

Una mañana soleada ayuda a dar más ánimo a los aislados ocupantes de la Escuela de Infantería. Desde la noche anterior saben que el General de Brigada Ernesto Arturo Alais alista las unidades del Iido Cuerpo de Ejército, para avanzar sobre Buenos Aires, alcanzar Campo de Mayo y rodear la Escuela rebelde, hasta lograr su rendición o toma por asalto.

El Teniente Coronel Rico ordena al Capitán Luis Alberto López, a cargo de los Mecanizados, enviar un VCTP a explorar el terreno triangular y colmado de arbustos que separa la Escuela de Infantería de la Puerta 2 bis de Campo de Mayo. Se designa al vehículo a cargo del Capitán Sánchez Zinny, con el Sargento Sánchez, como Conductor Motorista. Los Capitanes Luis Alejandro Candia y Ricardo Alfredo Morici, junto al Teniente 1ro Alejandro Eugenio Fotheringham, forman parte de la tripulación embarcada. Abandonan el cuartel por el puesto *Tuyutí*. Sin respetar el trazado del camino mejorado, irrumpen en la arboleda de arbustos bajos con la potencia que los siete motores Marder imprimen a esa mole de treinta toneladas de acero y armamento. El blindado se abre camino como en un paseo. En segundos están casi asomados a la ruta pavimentada que ingresa en la Guarnición Militar, desde San Miguel.

El jefe del vehículo golpea con su mano en la cabeza del conductor y lo obliga a detenerse. Desde su posición en la torreta, puede distinguir un retén militar en las garitas de la Puerta 2 bis. Ordena avanzar más despacio. Antes de terminar de emerger de la arboleda, vuelven a detenerse. El Capitán a cargo salta del blindado y camina hacia el puesto. La presencia de efectivos armados es mucho mayor que la habitual.

Sale a la ruta asfaltada. El resto de los embarcados lo siguen con miradas no desprovistas de cierta desconfianza. Cuando se aproxima al retén le sale al cruce un Oficial con casco y FAL. Es un Capitán. Se reconocen enseguida. Es Mario Gabriel Dotto, compañero de la Promoción 106 del Colegio Militar, con destino actual en la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral. El abrazo disipa la tensión del momento para ambos grupos.

- ¿¡Qué hacés Martín?!
- ¡Mario, querido!
- Nos han ordenado cubrir la Puerta 2 bis – se apura en explicar Dotto – En la *Escuelita* hay un ambiente de mierda… - confirma – Le hemos hecho saber al Director, que no cuente con nosotros para reprimir a la Escuela de Infantería…

- ¡Gracias! – responde el otro emocionado. Nuevamente se abrazan. El recién llegado se da media vuelta. Comienza el regreso al trote hasta su vehículo. La aceleración de los motores echa humo por entre los arbustos. Antes de bajar de la banquina, ve que Dotto levanta su brazo y les grita:

- ¡No aflojen! – a voz en cuello - ¡Estamos con ustedes!

*

Se lleva a cabo la habitual formación de media mañana en el Patio de ceremonias. Es reconfortante para los sitiados, comprobar en estas oportunidades, que los efectivos no sólo no decrecen, sino que aumentan paulatinamente.

- Ayer asistimos a una reunión con el Jefe de Estado Mayor, de la que no se extrajo nada que pueda servir a los objetivos a los que aspiramos conquistar con esta *Operación Dignidad*… - minimiza – No habiendo arribado a acuerdo alguno agotaremos la instancia del Ministro de Defensa – por primera vez hace público a sus hombres que existían canales de conversaciones políticas - ¡Y no cejaremos en nuestra actitud, hasta que el poder político interprete nuestro sentimiento! ¡Que no es otro que preservar a la Institución! ¡Es inconcebible una nación sin un instrumento militar organizado, capacitado y dispuesto a luchar por los valores comunes a toda la sociedad! – cabecea - ¡Les quedó bien claro a los Generales que el camino no es la sumisión! ¡Tampoco la arrogancia o la falta de subordinación al poder constituido! – sofrenado – Pero existe una senda que no se han atrevido a transitar…¡Ni los unos, ni los otros! …Estamos jalonando esa camino… - le hace una indicación a Venturino para que se adelante y actualice la situación.

- Al día de hoy, totalizamos en esta Escuela doscientos cuarenta y seis Jefes, Oficiales y Suboficiales… - tose levemente – Continúan en pleno apoyo a nuestra actitud, el Regimiento 35 de Rospentek y el Regimiento 19 de Tucumán – los más atentos comprueban que ya no mencionan al Regimiento 14 de Córdoba ni al propio Regimiento de Monte 18, unidad de origen de Aldo Rico – Hemos recibido la visita del señor Coronel Cervo y del señor Coronel Schinelli Garay, así como el ofrecimiento de mediación del Teniente Coronel Julio Enrique Vila Melo… - acomoda sus lentes – Se han incorporado el Mayor Ricardo Enrique Bravo, los Capitanes Oscar Rodolfo Fiordeliza, Oscar Baré y Edgar Ortelli y los Tenientes Primero Marcos Augusto Cantón, Marcelo Alejandro Anadón, el Teniente Claudio Eduardo Otamendi y el Teniente Jorge Gustavo Taboada, del Regimiento de Infantería Mecanizado 3, al que se le indicó regresar a La Tablada y oficiar de enlace; también un variado número de Suboficiales… El señor Mario Calabró, ex integrante de la

promoción 106, nos ha traído personalmente una cantidad importante de víveres, sobre todo carne vacuna, para la provista de los Casinos… - se eleva un leve murmullo.

- ¡Gracias! – lo corta el *Ñato* - ¡Vienen horas decisivas! ¡Es una guerra psicológica sin dar ni pedir cuartel! – levanta el tono - ¡Van a decir de nosotros las peores cosas! ¡Van a intentar dividirnos, enfrentarnos! ¡Lo repito una vez más! – seguro - ¡Nadie va a abrir fuego, ni siquiera avanzar sobre esta Escuela de Infantería! ¡Firmes! – puede sentirse la enérgica vibración - ¡Viva el Ejército! – retumba la respuesta - ¡Viva la Patria!

*

El Coronel José Alfredo Bianchi hace muchos años que está retirado. Desinteligencias con la Jefatura del Ejército de Alejandro Agustín Lanusse abortaron un muy probable ascenso a General. Conduce velozmente. La Ruta 14, siempre en mal estado, es un peligro. Cada tanto repara en la preciosa carga que lleva en los asientos traseros de su bien mantenido Falcon. La sombra de las cañas de pescar se reflejan sobre la silueta del auto, proyectada en el asfalto deformado por el tránsito de tantos camiones.

- ¿Por qué no seguimos pescando, *Tata*? – pregunta molesto uno de sus nietos.

- Porque tu abuelo tiene que volver rápido a Buenos Aires… - busca simplificar la respuesta.

- ¡Mirá, *Tata*! – de repente el niño se olvida de la frustrada pesca - ¡Tanques y camiones con soldados!

El Coronel comprueba que su nieto tiene razón. Unos blindados semioruga y varios camiones permanecen detenidos en la banquina hacia Buenos Aires. *Deben estar reagrupándose antes de cruzar Ceibas*, piensa el viejo zapador. Está seguro que debe ser parte de la columna que, según informan las radios, organiza el General Alais para marchar contra la Escuela de Infantería. Deja de presionar unos segundos el acelerador. La oportunidad se le presenta a escasos metros. De pie sobre la banquina contraria, un grupo de Oficiales parece estar supervisando la actividad de la columna detenida. Termina de bajar el vidrio de su ventanilla. Asoma toda su cabeza hasta que el viento forma un remolino con su canosa cabellera.

- ¡Viva Rico, carajo! – les zampa, justo al pasar junto a los sorprendidos militares, que no atinan a responder ni hacer nada.

El Coronel ríe a más no poder de su propia ocurrencia. Celebra con mucha alegría el susto que les propinó a los desprevenidos que aún lo observan, mientras él los ve achicarse por el espejo

retrovisor de su auto. Allí repara en la mirada atónita de sus nietos. Reacomoda su habitual compostura. Le cuesta mucho disimular una mueca de placer debajo de sus prolijos bigotes.

- No hay caso mi Mayor – el Sargento Ayudante se limpia las manos llenas de grasa con un trapo sucio, mientras transmite otra nueva mala noticia.

El Jefe, que aún mantiene la vista en ese viejo Falcon que se aleja, vuelve para observar a quien le habla.

- ¿¡Otro vehículo más fuera de combate!? – exclama en tono de réplica - ¡Ya van siete! ¿¡Cómo mierda vamos a llegar así a Campo de Mayo!? – no sabe si es una duda, un temor, una preocupación, o, en la más íntimo, un gran alivio.
- Este no pasa los puentes, mi Mayor… - asegura el Suboficial.
- Le deja dos hombres de custodia con el conductor a cargo – ordena – y seguimos al resto de la columna cuando nos sobrepasen…
- En claro, mi Mayor – responde el Mecánico Motorista. Cruza con cuidado la calzada y se acerca al blindado averiado - ¡Éste no va más! – mientras hace la señal con sus brazos de cruzar ambos, de manera horizontal, varias veces. Cómplice, guiña un ojo fugazmente al Conductor Motorista, que simula intentar alguna reparación.

*

Cada vez hay más funcionarios en el despacho del Ministro de Defensa. Los teléfonos no dejan de sonar. En la sala de reuniones contigua, ha quedado aguardando el General Ríos Ereñú acompañado de un puñado de sus colaboradores. El ambiente es de velatorio. Varias veces pregunta el Ministro sobre el avance de la columna del Iido Cuerpo de Ejército. *Todavía no han cruzado los puentes…* es siempre la misma respuesta.

Entre sus asesores, alguien le acerca a un *especialista* de la SIDE. El hombre bajo y de mirada inexpresiva se presenta como Enrique Carmelo Giorello, con funciones en la planta de la Cancillería. El *Manco* Giorello, como se lo conoce entre los *servicios*, viene acompañado de otro civil bastante más joven, de ávida mirada. Ambos permanecen en medio de ese desorden de gente apresurada, como esperando su oportunidad.

- Me dicen que trae buena información… - por fin los interpela el Ministro.

- Sí, doctor – avanzan hasta quedar cerca del escritorio, detrás del cual Jaunarena atiende todo lo que ocurre a su alrededor, sin sentarse – Podemos confirmar, con cierto grado de certeza razonable, que el Agregado Militar en Panamá se mantiene al margen de este conflicto…

- ¿Buenas fuentes? – interesado.

- Confiables, señor Ministro… - piensa – A 2…

- ¿Así que por ahora no debemos preocuparnos por las actitudes del Coronel Seineldín? – insiste.

- Puede estar tranquilo – confirma el *Manco* – Mi trabajo es en Exteriores, señor Ministro – como para llevar más seguridad a la confiabilidad de sus fuentes.

- ¿Pero Rico, Alonso, León, Polo, no han sido todos alumnos de Seineldín?

- Sí, como muchos más Jefes que no se han pronunciado ni se pronunciarán… - tercia el más joven. El Ministro lo observa, molesto.

- Le presento al Licenciado José Luis Vila – intercede Giorello – Es de la planta de la Secretaría y hombre de confianza de Enrique Nosiglia

- ¿Qué seguridad tiene? – exige Jaunarena. La referencia al *Coti* no termina de convencerlo, especialmente en este asunto.

- Fui compañero durante un año en el Colegio Militar, de varios de los que están ahora en la Escuela de Infantería… - se mide – Con uno de los Capitanes ya tuve dos conversaciones telefónicas breves…

- ¿Lo conoce bien?

- Ernesto Larramendi. Estamos en contacto desde 1972, es confiable…

- ¿Qué más aporta su fuente? – para nada seguro de lo que se le informa.

- Que la aparición del Teniente Coronel Rico alteró todo el tablero, señor Ministro… - recita como para una lección – La información previa que manejábamos, tanto desde el propio Estado Mayor – baja un poco el tono para que no le oigan desde la sala vecina – como del Comando de Institutos Militares y de la Jefatura II – Inteligencia, nos permitía suponer una crisis controlada que, de no haber irrumpido Rico, ya estaría cerrada…

- ¿Qué supuestos manejan ahora? – comienza a colocarse el saco – En media hora me traslado a Campo de Mayo… - ambos espías se miran sin dar una respuesta específica. No la tienen.

- Podemos acompañarlo, señor Ministro – sugiere el *Manco*.

- No gracias, señores, pueden retirarse… - no aguarda que se alejen y llama a su secretario – Vamos por tierra, no confío en los pilotos de los helicópteros…

- ¿Por qué doctor? – imaginando alguna reserva sobre su pericia técnica.

- Ayer trasladaron a Rico y su escolta de ida y de vuelta desde Campo de Mayo, como si fuera el Jefe del Ejército… - termina de acomodarse la corbata – Vamos en las camionetas del Ministerio…

*

- No estoy seguro… - responde Rico.

- ¡Pero es así, Aldo! – lo trata de convencer Venturino - ¡Nos lo confirma el Teniente Coronel Vila Melo!

- ¡Y qué me importa lo que diga Vila Melo! – su gesto de repugnancia es muy conocido para poder no hacer caso al humor del *Ñato*.

- ¡Es nuestro mejor interlocutor con el Gobierno! – insiste *Quique* Venturino.

- ¿Lo puedo acompañar? – se entromete el Capitán Breide Obeid, testigo de una de las tantas discusiones entre los dos Tenientes Coroneles.

- ¡No! – lo cruza Venturino.

- ¡Sí! – lo desautoriza Rico - ¡Venite con nosotros, Gustavo! – se coloca el correaje con pistolera. Comienza a calzarse su desteñida boina de Comando - ¡Pero antes te lavás la cara! – Venturino sale ofuscado del despacho - ¡Ni en pedo hay que dejar los *fierros*! – se ríe – Negociar con ese *muñequito de torta* después de licenciar la gente… ¡Piensan que uno es calandraca!

- Tampoco lo tratemos mal al Ministro… - aconseja Breide.

- Ni mal, ni bien – sentencia Rico – Los Jefes negocian con los Jefes…

*

El grupo que escolta a Rico, los mismos que lo acompañaron al Edificio *Libertador*, lo hace ahora hasta la vecina Escuela de Ingenieros. Vaya paradoja, la seguridad al lugar de encuentro con el Ministro la proporcionan efectivos de la Compañía de Comandos 601. En esta unidad especial, se hallan prestando servicios varios veteranos de guerra y muchos ex alumnos del propio Rico en los cursos que ha impartido en los últimos años.

Se produce el contacto entre las dos fracciones. A los terceros, les cuesta mucho diferenciar a los unos de los otros. Todos visten uniformes mimetizados. Todos se encuentran completamente enmascarados. Todos calzan sus boinas verdes, con la caída hacia la izquierda. Todos armados. Todos en silencio. Todos con movimientos ágiles, precisos. El capitán Breide Obeid camina muy pegado a Aldo Rico. Teme que lo dejen fuera del importante y singular encuentro. Cuando está por entrar al edificio, siente que alguien, desde atrás y a su derecha, lo desarma rápidamente. Es el Capitán Luis Alberto Brun, de la Compañía 601, que en un veloz movimiento, le quita la pistola de su estuche. Se suceden unos segundos de tensión. Por fin la delegación de los rebeldes, ingresa al edificio.

Detrás de la baja estatura del Ministro sobresale la figura de los Generales Naldo Dasso, Augusto José Vidal y Antonio José Deimundo Piñeiro. Algunos asesores del Ministro, funcionarios y agentes de la SIDE. A Rico lo acompañan el Teniente Coronel Venturino y el Capitán Breide Obeid. Será el tercer y último encuentro entre el responsable de la cartera de Defensa y el jefe de los rebeldes. Los Comandos de su escolta permanecen afuera, donde ya el clima creado por la sobre actuación de Brun, torna a calmarse, al dar lugar a diálogos más amenos entre los camaradas.

- ¡Lo que piden es un disparate! – toma coraje. Blande al aire la hoja con los cinco puntos del petitorio rebelde - ¡La actitud suya va a arruinar la vida profesional de muchos de sus compañeros…!

- ¡El primer disparate es no tener hipótesis de conflicto! – lo corta - ¡Nadie está a mis órdenes obligado! – frunce el ceño - ¡No somos compañeros! ¡Somos camaradas enfrentando, espalda con espalda, a las consecuencias de una nefasta política de Defensa que usted representa!

- ¡Usted no puede dirigirse así hacia mi investidura! – protesta el Ministro.

- ¡Usted es un fusible! – le dispara con desprecio - ¡Ni siquiera es un funcionario electo!

- ¡Esto se termina acá! – encolerizado.

- ¡Usted tiene nuestros cinco puntos! – cierra Rico antes de girar sobre sus talones y retirarse del lugar.

Una vez que se abren las puertas y aparece el *Ñato*, los dos grupos de escoltas tienden a separarse lentamente.

Comunicado Nro 1

El Comando establecido en la Escuela de Infantería, con motivo del pronunciamiento en apoyo de la postura adoptada por el señor Mayor D ERNESTO BARREIRO y de los camaradas y unidades que lo defienden, comunica a la opinión pública qué (SIC):

PRIMERO: *Se consideran extinguidas las esperanzas de que la actual conducción ponga fin a las injusticias y humillaciones que pesan sobre las Fuerzas Armadas.*

SEGUNDO: *El feroz e interminable ataque a (SIC) generado el grado de desconfianza, indisciplina, desprestigio y oprobio en que se encuentran las Fuerzas Armadas. Este es tal que su existencia se ve comprometida si sus hombres no levantan la frente y dicen: ¡Basta!*

TERCERO: *Exijimos (SIC) la solución política que corresponde a un hecho político como es la guerra contra la subversión.*

CUARTO: *La actitud es también asumida por los Regimientos de Infantería de Córdoba 14, Regimiento de Infantería 19 de Tucumán, Regimiento de Infantería 18 de Misiones, Regimiento de Infantería 4 y Escuadrón de Caballería Blindado 3 de Corriente (SIC), Regimiento de Infantería 21 de Neuquén y el Regimiento de Infantería 35 de Santa Cruz.*

QUINTO: *Habiendo (tomado) conocimiento que los Generales han ordenado reprimir nuestro Comando, siendo nuestra actitud de manifiesta mesura hasta el momento, correrá por estricta responsabilidad de ellos la escalada que se produzca (SIC) y todas sus consecuencias.*

*

El encuentro de los Jefes de Grupo de la Escuela Superior de Guerra, es con su Director, el Coronel Alberto Jorge Maffey, en un salón de la casa de estudios, sobre la Avenida Luis María Campos. Los Tenientes Coroneles se ponen de pie cuando ingresa su superior al recinto. No hay que ser muy intuitivo para darse cuenta del anuncio de mal humor que trae impreso en su semblante. Veintitres alumnos del Instituto se encuentran entre los acuartelados en Campo de Mayo. Para colmo, no todos son de Infantería. Hay Ingenieros, de Caballería, Artilleros, de Comunicaciones. Un bochorno. *¡Y enterarme por los noticieros y por el General Dasso!*, piensa para sí, indignado de la falta de reacción de sus Teniente Coroneles.

- ¡Estamos en boca de todo el Ejército! – arranca sin mucho protocolo - ¡En la mira del Gobierno! – toma aire - ¡Hasta sugieren que tenemos que ver en el armado de este escándalo! – golpea el borde del atril con un puntero telescópico - ¡Y soy el último en enterarme! – los Jefes de Grupo, mudos - ¡Para colmo le han arruinado la carrera a un Oficial Superior ejemplar, como es el señor Coronel Pedrazini! ¡Una barbaridad! ¡Una vergüenza! – trata de calmarse - ¿Alguno de ustedes conocía, recibió rumores o tuvo indicios firmes de la actitud que tomaría alguno de nuestros alumnos?

Un incómodo silencio, es la respuesta.

*

Incertidumbre. Ese es el común denominador de los hombres de armas en Rospentek, San Miguel de Tucumán y Campo de Mayo. El Jefe del Regimiento 14, el Teniente Coronel de Paracaidistas Luis Polo, ha depuesto su actitud. La decisión del Mayor Ernesto Barreiro de abandonar la unidad que lo había cobijado, le deja al Jefe un camino respetable de salida de ese atolladero. Ante la realidad de tener cumplida su misión de contención, el permanecer rodeado del resto de Unidades militares de una Brigada que no iba a marchar sobre ellos, pero que tampoco iba a asumir una actitud más decidida; todo ello le hace concluir que normalizar la situación en Córdoba se juzga como lo más razonable.

El efecto de esa suerte de dimisión y la repentino bloqueo que opera sobre elementos del Regimiento de San Javier que intentan el inicio de un desplazamiento, golpea en la moral de los asediados. De ellos, los más comprometidos son los de Rospentek. Sin ningún tipo de comunicación que les hiciera conocer la marcha de los acontecimientos. Sólo una débil señal de la repetidora de

Radio Nacional de Río Turbio, contamina los vapuleados ánimos. Llegan a dudar que sus camaradas de la Escuela de Infantería continúen firmes en sus posiciones. La única emisora audible propala hasta el cansancio la *rendición* del Regimiento 14 y la *captura* del Mayor Barreiro. Ambas especies, inexactas.

En Campo de Mayo, pese a estar en capacidad de contar con mucha mejor comunicación, el grado de desinformación es importante. Esa tarde varios Oficiales desde la Escuela de Ingenieros, simulando una visita a sus camaradas presentes en la vecina de Infantería, se llevan por la fuerza a los Capitanes Ricardo Balestrino y Alejandro Candia. El último logra zafar de su captores, no sin antes forcejear con ellos y regresa al cuartel de los Infantes. Ballestrino, encerrado en una habitación, bajo llave, logra escapar más tarde y se reinfiltra hacia el cuartel al mando del *Ñato*. Ambos rechazan la posibilidad de eludir futuras consecuencias por su actitud. A partir de ese hecho, se prohíbe el ingreso de personal de cuadros que no se aproxime al cuartel con manifiesta actitud de plegarse a los que voluntariamente se han acuartelado y responden, desde el atardecer del pasado *Jueves Santo*, al Teniente Coronel Aldo Rico.

A esta altura de los acontecimientos, se suceden innumerables episodios de tensión entre los militares, en su gran mayoría, que no integran las unidades o institutos rebeldes. Algunos Oficiales Superiores ponen su retiro a disposición, como el caso del Jefe de Estado Mayor de la Dirección General de Apoyo del Ejército, Coronel de Artillería Juan Manuel Costa, quien plantea a su Director, el General de Brigada Pablo Skalany que *"a partir de la actitud del Teniente Coronel Aldo Rico, quien manifestó claramente el pensamiento mayoritario de la Fuerza, es de caballeros ceder el mando a dicho Jefe, dando un paso al costado…"*. Otros menos formales, pero no por ello más prudentes, tal el caso del Capitán Héctor Fernando Dotti que afirma, ante quien lo quiera escuchar, por los pasillos de la convulsionada Escuela Superior de Guerra, que *"… a partir de ese fin de semana, su Jefe de Estado Mayor es el Teniente Coronel Aldo Rico…"*. Se conoce el arresto sufrido en la Escuela de los Servicios para el Apoyo del Combate *"General Lemos"*, del Capitán Juan Alfredo Fazio y del Teniente Primero Jorge Alberto Tito, por negarse a cumplir una orden de alistamiento para marchar contra la Escuela de Infantería. El Capitán Juan Jorge Ferreyra ya no es el único Artillero a las órdenes de Rico. Del Batallón de Aviación de Ejército se les suma el Capitán y Piloto Oscar Rodolfo Fiordeliza.

El General de División, retirado, Juan Bautista Sasiaíñ, detenido en el Casino de Oficiales del Batallón Logístico 10 de Villa Martelli, logra comunicarse con su hijo, el Capitán Sasiaíñ, uno de los alumnos de la Escuela de Guerra pasados a las órdenes de Rico. El antiguo General de División se preocupa por la situación de su hijo y pegunta por su *ahijado militar*, el Capitán Edelmiro José Antonio Ruíz Díaz. Se alegra de escuchar bien a su primogénito, así como se desilusiona por la ausencia de Ruíz Díaz, que permanece haciendo uso de su licencia de Pascua, en su casa del Barrio Militar *San Martín*.

El Teniente Coronel Víctor Raúl Velloso, auxiliado por el Capitán Osvaldo Daniel García, logra establecer un firme enlace personal y técnico entre los cuarteles de la Escuela de Infantería y su par de Comunicaciones, en clara actitud a favor de los efectivos a cargo de Aldo Rico.

Los Jefes de Estados Mayores de la Armada y de la Fuerza Aérea, hacen saber extraoficialmente al Ministro Jaunarena, que no tienen prevista participación alguna en una crisis cuya naturaleza pretenden circunscribir al Ejército.

La situación es compleja. En Campo de Mayo, sede del Comando de Institutos Militares, se toma real conciencia de la magnitud del desorden imperante en el Ejército, de la combustión social estimulada por falsas consignas que aseguran estar en presencia de un golpe de estado. También se concluye que se ha agotado la instancia de negociación, cara a cara, entre el Ministro de Defensa, José Horacio Jaunarena y el rebelde Teniente Coronel Aldo Rico.

Lo cierto es que las únicas columnas militares que se mueven por la vía pública son las que intenta mantener organizadas el ahora aislado General Alais. Los canales de televisión, las emisoras de radio, los cruces estratégicos de vías férreas o autopistas. Los puertos y aeropuertos. El edificio del Automóvil Club. Los principales aeroclubes. Las antenas de comunicaciones. Las plantas de Entel, Segba e YPF. Ninguno de los tradicionales primeros objetivos militares en ocasión de golpes de estado, se halla en estos días ocupados por fuerzas rebeldes. El foco de la crisis se concentra en los casi trescientos Oficiales y Suboficiales que se mantienen, cercados, amenazados, rodeados de hordas plenas de iracundia; sin moverse, sin disparar, sin deponer su firme actitud.

*

De regreso en la Escuela, se recibe un llamado desde el Edificio *Libertador*. Es el Teniente Coronel Osvaldo César Quiroga, Edecán del General Ríos Ereñú. Atiende la comunicación el Capitán Breide Obeid.

- ¿Cómo le va, recluta? – bromea el Coronel que ha sido instructor en el Colegio Militar de muchos de los Capitanes presentes en la Escuela - ¿Están todos bien?
- Todos muy bien, mi Teniente Coronel, gracias por interesarse…
- Usted sabe perfectamente, Capitán Breide, cómo quiero yo a muchos de ustedes, a los que le pido les haga llegar mis saludos y apoyo en esta difícil situación…
- ¡Gracias, mi Teniente Coronel! – sincero.
- También es cierto que me gustaría que reflexionen sobre darle un corte a esta situación y evitar con ello males mayores…
- ¿Y cómo propone usted que se podría dar un corte a esto, mi Teniente Coronel? – el tono es más impaciente.

- Vea, no puedo decirle cómo, lo que tengo claro es que debe prevalecer la disciplina…
- ¡Mi Teniente Coronel! – lo interrumpe Breide – ¿Estoy mal informado o usted no está desde hace semanas cumpliendo una prisión preventiva dictada por un Juzgado de Córdoba? – tartamudea por la bronca que le invade – Resulta que un Jefe preso, acusado de delitos aberrantes, nos viene a hablar a nosotros de disciplina…
- Breide… - intenta recomponer.
- No, mi Teniente Coronel – irónico – Usted es un mal ejemplo para nosotros… - vuelve a temblarle la voz – En este cuartel no hay acusados de delitos como los que a usted se le imputan… ¡Gracias por su llamado!
- ¡Cuídense, por favor! – y la comunicación concluye cuando Breide cuelga el teléfono.

*

Por la tarde del sábado, nutridos grupos de manifestantes ingresan a la Guarnición Campo de Mayo y se concentran frente al acceso principal de la Escuela de Infantería, así como en los terrenos del Ferrocarril, entre la parte posterior del cuartel y las vías del Lacroze. Entre ellos, marcha un joven radical convencido que la democracia peligra. Lleva un revólver calibre 38 en la cintura, oculto por la camisa que conserva por fuera de sus pantalones. Ángel Pedro Etchecopar, se llama, sus amigos, le dicen *Baby*. Es curioso para la época, que las tropas que conservan subordinación al General Ríos Ereñú, permiten el libre acceso de nutridas columnas de militantes, poniendo en peligro el endeble equilibrio de la grave situación que se vive. Por otro lado, las banderas, pancartas y consignas, muestran claramente que no se trata de una espontánea expresión ciudadana. Agrupaciones y partidos de izquierda, organismos vinculados a los derechos humanos y mucha prensa, son el común denominador.

Desde Sarmiento al 600, en la Capital Federal, los responsables de la *Coordinadora*, sonríen cómplices. Hay que esmerilar la moral de los acuartelados, además de soldar la visión ya instalada de *defensa de la democracia*, consolidada por el discurso improvisado por el propio Alfonsín frente al Congreso de la Nación.

Los efectivos de Granaderos que custodian al Presidente de la República están al filo de su resistencia a las situaciones límite. En medio del desorden, de la afluencia de políticos de todos los partidos, sindicalistas, funcionarios, artistas; en medio de ese ajetreo y batahola de difícil control, ciertos miembros del Ejército, con su actitud, complican aún más las cosas. El Coronel Yago Luis de Gracia, militante radical a cargo de la Casa Militar en la sede gubernamental, comete un obsecuente acto de imprudencia. Ofrece en mano, pistolas Browning 9 mm, recién extraídas de sus

cajas de fábrica, a cada persona que se acerca a solidarizarse con el Presidente, bajo la consigna *"…hay que proteger a Alfonsín…"*.

Mientras estas escenas se suceden en Casa de Gobierno, en Campo de Mayo los acuartelados resisten con estoicismo más de tres horas ininterrumpidas de insultos, cánticos hostiles, gestos obscenos y todo tipo de agresión verbal y gestual, de parte de una horda enardecida que se cuida muy bien de no traspasar los endebles alambrados que separan, por escasos metros, a las primeras filas de manifestantes, de una compacta, firme y silenciosa barrera de Oficiales y Suboficiales. Los vehículos blindados, dentro de los límites del cuartel rebelde, mantienen encendidos sus motores, con el objeto de neutralizar el negativo efecto los cánticos e insultos.

Como no podía ser de otra manera, desfilan frente a las cámaras de todos los corresponsales de prensa que transmiten en directo, importante cantidad de referentes políticos del oficialismo y la oposición: Antonio Cafiero, Marcelo Stubrin, Federico Storani, Leopoldo Moreu…. En un momento la presión del la muchedumbre es tal que obliga a los legisladores a rogar a los militares que resisten los embates, en primera línea, para que los dejen ingresar al cuartel. Después de unos minutos de demora en recibir la autorización desde la Dirección de la Escuela, se abre con dificultad un pequeño espacio del portón. Por ese delgado espacio aprovechan para ingresar a los tumbos, los legisladores que solicitan esa suerte de circunstancial asilo. Los testigos de aquella escena propia de una comedia, recuerdan hoy en día las expresiones indisimuladas de Antonio Cafiero palmeando satisfecho a los paracaidistas que le habilitan el paso: *"…¡Gracias! ¡Acá adentro estamos mucho más seguros muchachos…!"* se le oyó repetir, mientras ganaban distancia en búsqueda de la mayor protección que les brindaba el cuartel.

Rápido de reflejos, el Teniente Coronel Listorti se abraza con Antonio Cafiero, una vez que éste se encuentra entre los militares.

- ¡Bienvenidos, *compañeros*! – el diputado acepta el caluroso saludo entre sorprendido y entregado.

La Tablada

En el amplio predio que hace esquina con el Camino de Cintura y con la Avenida Crovara, guarnecen dos importantes unidades militares: el Regimiento de Infantería Mecanizado 3 *"General Belgrano"* y el Escuadrón de Exploración de Caballería Blindado 10. No pudiendo jamás imaginar el cruento y sorpresivo ataque que sufriría el cuartel dos años y medio después, por parte de elementos armados del izquierdista Movimiento Todos por la Patria; los integrantes de ambas Unidades castrenses viven con especial atención, incertidumbre y nerviosismo los sucesos que tienen por epicentro a la Escuela de Infantería de Campo de Mayo, esa Semana Santa de 1987.

El Jefe del Regimiento 3, Teniente Coronel Ernesto Darío Fernández Maguer es compañero de Promoción de Venturino, Alonso, Rico, León, Lagos, entre otros. Vive al segundo la situación que sufre el Ejército y mantiene una fluida comunicación con sus Cuadros. Pese a ello sus temores se agigantan a medida que la crisis se prolonga. Desde Palermo lo llaman constantemente. Por lo menos dos veces lo han convocado para que se apersone ante su Comandante, lo que obliga a dejar el cuartel y trasladarse en camioneta hasta la Avenida Santa Fé y Bullrich. Confía en sus Jefes de Compañía pero, si bien no lo han participado de la gestación de la *Operación Dignidad* y tiene claro que no va a ordenar jamás marchar o abrir el fuego contra la Escuela de Infantería, teme perder el control de su gente.

Los Tenientes, Subtenientes y Suboficiales están muy acelerados. Ya saben que entre los acuartelados en Campo de Mayo hay varios de sus otrora instructores del Colegio Militar y de la Escuela Cabral. Ese vínculo, entre militares, suele ser muy fuerte. La madurez, el aplomo y el don de mando del más antiguo de los Jefes de Compañía, el Capitán Héctor Edgardo Bonini, equilibra la situación a favor de la mesura y el respeto a la cadena de mandos. Otro de los Jefes de Compañía, el Capitán Guillermo Eduardo Bracco, secunda a Bonini en aplacar los ánimos del *perraje* – término cuartelero que identifica a los más jóvenes – y de los Suboficiales que, en pleno, piden plegarse a la actitud de los acuartelados en la Escuela de Infantería.

En La Tablada se da una situación parecida a la que se desarrolla en Rospentek, en la convivencia entre Unidades de Infantería y Caballería. Si bien Fernández Maguer no tiene necesidad de llegar a posturas extremas y firmes como a las que recurre Santiago Roque Alonso, tampoco deja su espalda descubierta a sus vecinos del Escuadrón. También como en la Patagonia, los Suboficiales son una pieza clave y, normalmente, alertan sobre lo que escuchan o reciben como indicaciones de parte de los Oficiales de Caballería. Entre los Infantes más jóvenes y decididos, se destaca el Teniente Rodolfo Barrio que, con incansable insistencia, mortifica a Bonini con cuestionamientos y propuestas de acción.

El veterano y hábil Capitán, con astucia y oficio, mantiene la cohesión de sus subalternos a la vez que respeta los tiempos y estilos de Fernández Maguer.

Ese débil equilibrio está a punto de romperse en no menos de media docena de oportunidades. Esto en el seno de dos Unidades blindadas con sus vehículos de la familia TAM y M 113 completos y en orden de combate. Los alistamientos y cambios de formaciones con los blindados son frecuentes. Tal vez no con la magnitud de Campo de Mayo, pero si con idéntico estilo agresivo y amenazador, grupos de partidos y organizaciones de izquierda se manifiestan en los accesos al cuartel. Son los Capitanes lo que ponen racionalidad al manejo de la crisis y logran sobrellevar horas enteras de tensión sin que nadie aplaste con las orugas de sus tanques a alguno de los agresores, ni se abra fuego sobre los grupos vociferantes, que arrojan piedras, palos e insultan con promesas de ingresar al predio del Ejército.

En una de las tantas reuniones, el Capitán Bonini, harto de las presiones de sus Tenientes y Sargentos, los corta con una promesa contundente: *"Voy a guardar la disciplina de este cuartel hasta el último momento. Si me resuelvo a marchar en apoyo de los camaradas de la Escuela de Infantería y el Teniente Coronel no está de acuerdo, lo llevaremos atado al primer VCTP, como mascarón de proa, pero de acá va a salir el Regimiento con su Jefe a la cabeza…"*

La acción de la Justicia

Sobre el filo de la tarde, con muchos menos manifestantes agrupados frente al cuartel rebelde, un auto escoltado por patrulleros de la Policía Federal se abre paso entre los ya cansados militantes, haciendo sonar golpecitos de su sirena. La columna se estaciona frente al portón principal de la Escuela de Infantería.

Bajan dos civiles. Los policías de la escolta, no parecen estar muy preocupados por la proximidad de los enmascarados militares.

Los recién llegados encaran el portón de madera verde. El Teniente 1ro Carlos Rubén Noguera les corta el paso.

- Buenas tardes, que desean… - tiene un equipo de radio colgando de su hombro. Calza boina de Paracaidista y conserva su FAL PARA apuntando hacia abajo, en actitud relajada.

- Juez Federal Piotti – se presenta uno de los dos – vengo a notificar al Teniente Coronel Rico de una citación… - carraspea.

- Aguarde ahí – le indica el Oficial. Toma su radio y transmite la presencia de la visita. Todos escuchan la respuesta metálica y reconocen la voz de Venturino: *¡Qué ingrese!*

- Debo hacerlo con mi Secretario para que de fe de lo actuado… - aclara Alberto Daniel Piotti, Juez Federal de San Isidro.

- Debe ingresar con su Secretario – repite Noguera por su equipo de radio. *¡Ingresa sólo el Juez!*, se le indica desde la Dirección. Noguera mira a Piotti y mueve su cabeza como diciendo: *ya escuchaste*.

- Está bien, *Gordo* – Piotti le habla a su Secretario – Vos me esperás acá.

Menos de una hora después sale por sus propios medios del edificio principal. Desciende con cuidado la pronunciada escalinata y desarma el camino más corto que lo lleva hacia los autos. Allí, entre impaciente y aburrido, lo espera el Secretario de su Juzgado.

- ¿Cómo le fue?

- Bien – le responde Piotti, mientras cierra la puerta e indica al chofer que arranque – Me convidaron mate cocido con medialunas…

*

Esa noche se recibe una visita inesperada. El Coronel Martín Antonio Balza, con su uniforme de diario, pide conversar con Aldo Rico. Ambos mantienen lazos de camaradería desde Malvinas. Se respetan profesionalmente. El *Ñato* ordena dejen ingresar al Coronel que, después de unos veinte minutos con Rico, recorre parte de las instalaciones saludando a varios de los Oficiales que estuvieron a su mando en el Colegio Militar. Tal el caso de los Capitanes Villarreal, Morici, Daura, Candia, Sánchez Zinny, Sasiaíñ, Larramendi, Oliva y el Teniente Primero Ferraris. Conversa con algunos de ellos. Se interesa por sus familias. Afable. Simpático. Todos quedan sorprendidos. Todos coinciden que es una actitud inusual. ¿Una suerte de calculada y previsora inversión a futuro?

Domingo de Pascua

La noche del sábado se hace interminable. Baja mucho la temperatura. La falta de lugar en los alojamientos y la ansiedad por las amenazas de ataque al cuartel, provoca que muchos de los rebeldes permanezcan en duermevela en las posiciones, dentro de los blindados o en improvisados refugios hechos con paños de carpa y redes de enmascaramiento.

El Capitán Sánchez Zinny, mal dormido, emerge de su habitáculo en uno de los VCTP que, a cubierto de las vistas, permanece estacionado entre la Plaza de Aparatos y los Talleres. La primera claridad del crepúsculo comienza a descubrir siluetas y detalles de parques y edificios. Antes de levantar la escotilla, enciende los rugientes motores, lo que provoca la sorpresa y protesta del capitán Balestrino, que conversa animado con el Capitán Morici, apoyados los dos contra una de las frías orugas del blindado en apariencia vacío. Los tres se ríen del repentino susto de los noctámbulos.

Sánchez Zinny decide procurarse algo caliente para su estómago rugiente de hambre. Camina hasta el Casino de Oficiales. Su interior está en penumbras. Las sillas desacomodadas. Vajilla apilada de forma desordenada junto a unas piletas grasientas. Revisa unas pavas quemadas por innumerables fogones. En una hay resto de té, en saquitos que aún penden del borde. Con su encendedor da fuego a una hornalla. Está por calentar esa oscura infusión, cuando entra el *Ñato*. Es una sorpresa. Es raro verlo sin compañía. Todos estos días ha estado seguido de cerca por Venturino, Zarabozo, Macchi, Breide. No tiene aspecto de estar cansado.

- Buenos días, mi Teniente Coronel… - con la boca pastosa – Felices Pascuas.
- ¿Qué estás por tomar? – es su repuesta, mientras sin mirar al Capitán husmea el contenido de la pava recién colocada sobre el fuego.
- Un té medio quemado…
- ¿No hay mate cocido…? – busca entre los cajones del mueble más cercano – Te voy a dar una misión delicada… - como al pasar. Sigue tras su deseado mate cuartelero.
- Ordene, mi Teniente Coronel – se entusiasma Sánchez Zinny.
- Hay una versión escasamente confirmada – mira por vez primera a los ojos del delgado Capitán – que un puñado de Generales de Infantería – no deja de revolver el contenido de los cajones – intentaría un avance sobre la Escuela en unos Panhard… - se sonríe con sorna – una suerte de carga de la caballería polaca… - Sánchez Zinny está muy atento a descubrir

si es o no una broma de Rico - ¡Qué lo parió vas a tener que convidarme de ese té mugriento! – renuncia a la búsqueda que lo abstraía.

- ¿Vendrán con tripulación orgánica? – pregunta incrédulo.

- No creo – cortante – Si ese deliro es cierto, vendrán manejando ellos… - hace un gesto con sus brazos y hombros – Sí, es cómo manejar un auto…

- Muy poco probable que sepan cargar y disparar con el cañón de 90…

- ¡Exacto! – se ríe de la ocurrencia del Capitán - ¡Ni en pedo! – lo mira fijo, se pone serio – Quiero que salgas con tu vehículo – baja la voz – el resto de los blindados se quedan dentro de la Escuela… - prueba con el canto de su mano la temperatura de la pava - ¡Sacá esto antes que hierva! – con mueca de disgusto – Hacés una exploración hasta la altura de la Escuela de Comunicaciones, no más allá de la Pista de Lanzamiento… - ahora el tono es de una orden militar – Regresás a informar y tomás posición con el vehículo en los *mamelones* que hay frente a nuestro cuartel, del otro lado de la ruta…

- ¿Alguna reomendación en particular, mi Teniente Coronel? – emocionado por la confianza de su Jefe.

- Criterio… - sonríe – No hacer cagadas… - reflexiona unos segundos – Estoy convencido que todo esto es *carne podrida*… - seguro de lo que dice – No va a venir nadie, ni en Panhard, ni en bicicleta… Y si viene alguien, no lo lastimes… - estira las eses y aprovecha para echar agua caliente en su taza.

*

Un puñado de periodistas procura darse ánimo entre ellos. Después de toda una fría noche al pie de un gélido monumento a los caídos en una de las tantas revoluciones argentinas, están agotados. Hambrientos. Ateridos. Con mal aliento. Son pocos. Una media docena de hombres y un par de mujeres. En su mayoría cubren noticias para medios del exterior del país. Pasaron la noche a cielo abierto, a poco más de cien metros del cuartel rebelde. Sus respectivos jefes de redacciones les aseguraron que esa noche, o a más tardar a la madrugada, la vanguardia del Iido Cuerpo de Ejército tomaría contacto con los *carapintadas*. Nada de eso parece estar por suceder. El café de los termos se agotó muy temprano. Las galletitas, chicles y otros refuerzos, también. Observan con deseo ese misterioso cuartel envuelto en las penumbras del amanecer. Imaginan que sus ocupantes está mucho mejor que ellos.

En medio de esas conjeturas y diálogos cortos, plagados de mal humor y lenguas de varios países, uno de los fotógrafos señala hacia la Escuela de Infantería.

- ¡Look that! – exclama. Todos miran en la dirección que indica su brazo. Por instinto, las cámaras apuntan hacia el portón de acceso que comienza a abrirse.

Primero llega un lejano rugir de motores. Una pequeña patrulla de rebeldes, con boinas de Paracaidistas, surgen del interior, agazapados, y ocupan posiciones a escasos metros por fuera del portón de madera. Uno de ellos hace una señal hacia adentro. A los pocos segundos comienza a distinguirse la silueta de un blindado que egresa del cuartel a pura potencia. Los equipos fotográficos comienzan a disparar sin pausa. A los periodistas se les pasa el frío, el hambre, el sueño.

El VCTP avanza entre ellos y la ruta que lleva a la Puerta Nro 7, en dirección a Don Torcuato. Alcanzan a distinguir un militar asomado desde la torreta, tomado con ambas manos del borde de su escotilla abierta. El blindado avanza raudo, moviéndose en paralelo a los caprichos del terreno que, en ese tramo, presenta lomadas y pequeñas alturas que hacen poco uniforme el suelo que levanta con sus enormes orugas. Lo ven atravesar el campo a unos ochenta metros. Con alivio y curiosidad, comprueban que el blindado ni siquiera reparó en ellos. Continua su avance hacia una dirección al norte, por donde dicen las fuentes del gobierno que avanza la columna del General Alais, cuyo paradero se desconoce.

En segundos el VCTP desaparece entre uno arbustos bajos. Sólo puede seguirse su desconocido rumbo por las repentinas aceleradas de sus motores. El sonido se va perdiendo. A todos sorprende la velocidad que desarrolla a campo traviesa.

Cuando los periodistas vuelven a observar hacia la Escuela, los de boinas rojas ya no están a la vista. El portón se ha vuelto a cerrar. Todo está en aparente calma.

¿Qué significa ese repentino movimiento? ¿Quiénes van en ese tanque? ¿Estará por ocurrir algo más al norte? Pese a las dudas que los invaden, todos los reporteros y corresponsales deciden aguardar allí.

Se concentran en intentar mantener encendida una pequeña fogata con ramas secas y algunos envases vacíos. El sonido inconfundible de los motores del VCTP parece acercarse. Dejan todo y toman sus cámaras. Sin darles tiempo, emerge el coloso de acero de la baja arboleda más próxima. Su jefe continúa asomado en la torreta. Lleva una boina verde. Puede verse que grita órdenes, inaudibles desde el lugar de los periodistas, a un conductor que asoma su cabeza por fuera de su escotilla. Las orugas pasan muy cerca del paralizado grupo de periodistas. Hacen un giro y terminan deteniéndose en una posición en desenfilada, apuntando con sus armas hacia algún blanco desconocido en dirección al norte. Los motores siguen encendidos.

Por instinto profesional, superando los temores que provoca un blindado en pleno alistamiento de combate, los periodistas se apresuran en correr en su dirección. Los primeros en llegar, presencian más de cerca un Oficial joven y flaco, con su rostro enmascarado, que ordena detener los motores. Se abren distintas escotillas y compuertas. Varios ocupantes del blindado se dejan ver. No asumen ninguna actitud ofensiva hacia los hombres de prensa. Es más, parecen ignorarlos.

- ¿Son ustedes rebeldes? – la francesa - ¿Responden a órdenes del Teniente Coronel Rico? – insiste en bastante buen español – el Sargento Sánchez se muerde los labios en clara muestra de fastidio.

- ¿Saben ustedes que han ordenado desalojar el cuartel por la fuerza? – es el turno ahora de un italiano.

- ¡Felices Pascuas! ¿Han desayunado? – los sorprende a todos el Oficial.

- ¡Gracias! ¡Pues claro que no! – confirma un español - ¡Que nos hemos muerto de frío toda la noche, joder! – de la parte trasera del blindado un Oficial les alcanza un termo con café, un par de botellas de Paso de los Toros y un paquete roto de papel madera con bizcochitos de grasa.

- ¡Gracias! – aclaman casi al unísono - ¿Podemos tomar fotos?

- Lo están haciendo desde que se abrieron los portones… - confirma el Capitán que manda ese equipo. Los característicos *clicks* de las máquinas parecen competir en velocidad. Se hacen decenas de tomas de todos los ángulos.

En las próximas dos horas. La tripulación del VCTP a órdenes del Capitán Sánchez Zinny confraternizará con los agotados corresponsales. El silencio de los rebeldes ante preguntas de detalle, convence a los periodistas de no insistir ante militares que no cruzarán el límite de la prudencia en sus dichos.

El sol entibia la mañana. Nada queda en ese amplio espacio, ahora vacío por el corte de tránsito operado desde la noche anterior en todo Campo de Mayo. Nada de las multitudes vociferantes. Nada de banderas ni pancartas. Nada de insultos, de amenazas. Ni jueces. Ni policías. Mucho menos tropas militares que vengan a enfrentar a los rebeldes.

En esa paz y tranquilidad de un Domingo de Pascua, se tomarán imágenes que recorrerán el mundo, bajo epígrafes de *contundente ataque a las instituciones y sistema democrático*, de *golpe de Estado*, de *intento de derrocamiento de Alfonsín*. Una de las posteriores publicaciones gráficas, con la imagen del Capitán con la mirada atenta hacia el horizonte, asomado medio cuerpo en la torreta de su blindado, rezará al pié de la misma: *El tanquista que apuntó al pueblo…*

*

- Tenés mi renuncia a disposición, Raúl… - ofrece con la mayor firmeza posible, el Ministro de Defensa – el Presidente de la República está de pié, las manos atrás, mirando por su

ventanal, a través de las cortinas, los corrillos de militantes que profieren cánticos de apoyo a su gestión.

- ¿Qué hay de los Generales? – sin darse vuelta - ¿Qué pasó con las tropas de Alais? – no espera la respuesta - ¿Qué te dice Ríos Ereñú?

- El General Alais llegó a la Escuela Lemos con las hilachas de una columna irrelevante… - se anima – camiones logísticos, cocinas rodantes, personal de Intendencia, parte de su Estado Mayor… - aprieta los puños – No podemos contar para nada con ellos…

- ¡Lo pasás ya a retiro! – el otro asiente en silencio - ¡Ríos Ereñú! – caliente - ¿Qué dice?

- Está en la sala contigua… ¿lo hago pasar? – Alfonsín se da vuelta y mira a los ojos a su Ministro.

- Me dá la impresión que el Jefe del Ejército se pasó toda esta crisis en el salón equivocado… - se acerca a su escritorio – Hay que reconocer que ese Coronel Rico es un hombre de decisión…

- Teniente Coronel… - lo corrige Jaunarena con cierta timidez.

- Me parece, Horacio, que hace rato que los grados están dados vuelta en el Ejército – oprime el intercomunicador - ¡Qué venga el Teniente Coronel Hang, por favor!

*

El padre Atilio Fortini SJ, celebra una Misa de Campaña ese mediodía. Asiste la mayoría de los presentes. Permanece un escalón de seguridad en distintos puestos de la Escuela. El momento de recogimiento es muy especial. El sacerdote, con sobriedad, sin grandilocuencias, discurre su homilía sin retóricas, directo. Extiende a los presentes una absolución general, con la condición de, pasada la crisis, asistir al sacramento de la confesión con todas las exigencias del rito.

El VCTP enviado por el Teniente Coronel Rico con misión de exploración y de avanzada, está hace una hora de regreso en el cuartel. No se registran movimientos de tropas en la Guarnición. El clima ayuda a la distensión, sobre todo comparado con el de la jornada anterior.

Terminada la Misa, se dan las novedades. En la Escuela, se registran doscientos ochenta y tres Jefes, Oficiales y Suboficiales, presentes voluntariamente.

Cuando parece que va a desarrollarse una tarde de Pascua tranquila, la situación se acelera en una escalada impensada. La totalidad de los canales de televisión y las radios comienzan a transmitir

una convocatoria masiva a la Plaza de Mayo, *en defensa de la democracia*. De distintas maneras y con variados estilos, desalientan a concurrir a Campo de Mayo. Se hace foco en colmar la Plaza.

Casi nadie almuerza. Primero, porque los víveres escasean. Segundo, porque todos pugnan por lograr una buena ubicación, frente a los pocos aparatos de televisión que funcionan en la Escuela.

- ¡Cómo le mienten a la gente! – es el comentario más repetido.

Una mezcla de indignación e impotencia invade a los rebeldes. No existen movimientos de tropas. No hay proclamas, ni comunicados. No se han neutralizado las señales de radio o televisión. El transporte público funciona normalmente, para un feriado largo. Las rutas están totalmente liberadas a todo tipo de tránsito. Se ha tenido en más de una oportunidad a Ministros, Jueces Federales, Senadores, Diputados, sindicalistas, Oficiales Superiores, periodistas, al alcance de cualquier medida. Con todos se ha sido firme, pero respetuoso.

La *espiral del silencio* hace nuevamente efecto en los acuartelados. El levantamiento paulatino de la moral, a partir del amanecer de este *Domingo de Pascua*, languidece frente a una realidad incontrastable: la sociedad argentina, en su gran mayoría, sale a la calle a mostrar su apoyo no partidario a una administración que ha tensado la línea del manejo de la cosa militar, sin medir las consecuencias políticas de su abuso. Pero la desproporción de medios en el manejo de la información, inclina definitivamente a favor del gobierno a la opinión pública, para nada simpatizante del sector militar.

El efecto parece esta vez devastador. Rico no se muestra entre sus hombres. Airadas discusiones se suceden en la Dirección, donde rodean al *Ñato* los Tenientes Coroneles Venturino, Martínez Zuviría y Listorti; los Mayores Zarabozo y Ferrero y los Capitanes Mercado, Cabrera Rojo, Breide Obeid y Macchi.

El resto deambula entre los puntos desde donde se siguen los acontecimientos en la Plaza de Mayo o los grupos que se acercan a pequeñas radios portátiles. La seguridad se mantiene intacta, más allá de la pesadumbre que a todos invade. Muy poca prensa monta guardia frente al cuartel y el cierre de las puertas de Campo de Mayo limita rotundamente la presencia de manifestantes, en contraste con la jornada anterior.

En medio de tanta tensión, se recibe una comunicación del Comando de Institutos Militares. Su segundo Comandante, el General Vidal, hace saber al Teniente Coronel Rico que el Presidente de la República ha resuelto trasladarse a Campo de Mayo. Rico ofrece que el helicóptero del primer mandatario, descienda en la misma Escuela de Infantería, donde se compromete a recibirlo con los honores de práctica hacia un Presidente y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. La respuesta es casi inmediata. El Teniente Coronel debe trasladarse hasta el Comando de Institutos Militares, para lo cual se le enviará un helicóptero. Rico resuelve ser acompañado por Venturino, Martínez Zuviría y Breide Obeid. Deja a cargo de la Escuela al Teniente Coronel Listorti.

Apenas concluyen las comunicaciones con el General Vidal, cuando el mundo puede ver y escuchar el discurso de Alfonsín a la multitud que colma la Plaza de Mayo. El Presidente habla desde el balcón de la *Casa Rosada*, en una enérgica improvisación, rodeado por un compacto grupo de dirigentes de todos los partidos políticos, sindicatos y funcionarios.

Su encendido e histórico discurso, concluye con la revelación que despierta una explosiva ovación *"…en instantes, marcharé personalmente a Campo de Mayo, a exigir la rendición de los sediciosos…"* Tanto Alfonsín como las consignas que en minutos comienzan a repetirse en los canales que transmiten en directo al igual que las radios, piden a la población no concurrir a Campo de Mayo y esperar el regreso del Presidente a la *Casa Rosada*. La multitud obedece. En las siguientes horas, aumenta aún más el caudal de manifestantes en apoyo de la decisión presidencial.

Se trata de una situación inédita por donde se la analice. Es el cuarto día del estallido de una crisis castrense que no ha podido ser contenida por sus mandos naturales, incluyendo al Ministro de Defensa, pese a estar liderada por un Oficial Jefe de mediana jerarquía en el Ejército. Que se ha fracasado en los intentos por sumar elementos militares, de ninguna de las tres Fuerzas Armadas, para enfrentar a los rebeldes e imponer su voluntad. Que ha obligado a la presencia del Presidente de la República en el epicentro del conflicto, con el objeto de lograr su neutralización.

El país todo pende de un delgado hilo. Un extraño silencio sigue al despegue de las aeronaves que transportan y escoltan a Alfonsín desde Buenos Aires. Casi en simultáneo, una máquina del Batallón de Aviación de Ejército, apoya sus zapatas en el improvisado helipuerto de la Pista de Aparatos de la Escuela. El *Ñato* sube de prisa a la máquina que mantiene sus rotores en marcha.

*

Tras pocos minutos de vuelo y un par de giros por sobre los edificios del Comando de Institutos Militares, próximos a la Puerta Nro 4 de Campo de Mayo, la aeronave Bell que lleva a los rebeldes se posa sobre el espacio que le indican junto a otros tres helicópteros cuya tripulación conversa a un costado, cerca de una fila de plátanos.

Rico, Venturino, Martínez Zuviría y Breide Obeid se dirigen a paso rápido hacia el edificio principal. La zona es un hervidero de uniformados. El General Bocalandro, permanece sentado con la totalidad de los botones desabrochados de su amplia chaquetilla de diario, en el cordón pintado de blanco de una de las veredas que llevan al despacho del Comandante. Sin ánimo siquiera para pararse, deja escuchar cuando los cuatro rebeldes pasan muy cerca de su penosa presencia: *…tranquilos, muchachos, tranquilos…*

Varios Generales y Coroneles intentan mantenerse lo suficientemente cerca como para no perderse detalles de esos instantes históricos. Cuidan también de no aproximarse demasiado, por las dudas. Hay mucha seguridad. Cualquier observador percibe las custodias de la Policía Federal y de la Compañía de Comandos 601. Un poco más lejos, se distinguen efectivos armados de la Gendarmería Nacional. No hay prensa, por lo menos visible.

En la antesala del lugar de reunión con el Presidente, el Teniente Coronel Hang, respetuosamente, les indica a los recién llegados que deben dejar sus pistolas con él, que les serán devueltas después del encuentro. Todos acceden sin dudarlo un instante.

Cuando se disponen a ingresar, Hang indica a Martínez Zuviría y a Breide Obeid que deben esperar allí. Acceden a la presencia del doctor Alfonsín, sólo Rico y Venturino. Al Presidente de la República lo rodean un puñado de colaboradores que el *Ñato* no conoce. Sí repara en los Generales Dasso, Vidal y Deimundo Piñeiro. El propio Teniente Coronel Hang se incorpora a continuación.

- ¡Le exijo que deponga ya su actitud, Teniente Coronel Rico! – lo recibe en seco Alfonsín.
- Esta situación se pudo haber evitado hace tiempo… - intenta participar Venturino. Rico levanta una mano como para que deje de hablar.
- Somos soldados, señor Presidente… - vacila – Hemos procedido como tales… - traga saliva.
- ¡Están a punto de romper la paz de los argentinos! – se ofusca el Presidente.
- Han desinformado a la población sobre nuestras intenciones… - ensaya el *Ñato*.
- ¿Qué espera usted que haga mi gobierno, Teniente Coronel? – lo interroga.
- Tiene al Congreso, señor Presidente… - más calmo.
- Ustedes conocen muy bien que la ley ya está sancionada… - eleva el tono - ¡Deponga ya su actitud!
- Le pido poder conversar con los Jefes y Oficiales que me acompañan, señor Presidente…
- Tiene treinta minutos… - le concede, tajante.

Con Rico y Venturino salen del lugar de encuentro varios de los Generales y funcionarios. Queda con el Presidente el segundo Comandante de Institutos, General Vidal. El capitán Breide Obeid, audaz, aprovecha los desplazamientos y abre la puerta. Sorprende al doctor Alfonsín, algo más distendido, conversando con Vidal. Ingresa sin permiso.

- Señor Presidente – lo aborda – Soy el Capitán Breide Obeid – se apura porque sabe que lo van a intentar hacer callar – Esto no es un golpe de estado… - el Presidente y el general lo miran absortos – La mayoría de los que estamos en la Escuela de Infantería no tuvimos nada que ver con las decisiones del gobierno militar, hay muchos veteranos de guerra que no piden otra cosa que el simple respeto del resto de los argentinos…

Antes de que alguno de los presentes pueda responderle se abre la puerta y se asoma el *Ñato*.

- Señor Presidente, depongo mi actitud… - vuelve a cerrar la puerta.
- General Vidal – reacciona Alfonsín, entre aliviado y conmovido – Hágase cargo del Ejército…

*

Cae la tarde del *Domingo de Pascua*. Todos los efectivos presentes en la Escuela de Infantería son convocados a una formación en el Patio Interior. La expectativa es máxima. El Teniente Coronel Rico se dirige a sus subalternos con la firmeza y convicción de siempre, aunque los más cercanos pueden apreciar un atisbo de fatiga y de calma, al mismo tiempo.

- Hemos puesto de pié al Ejército Nacional, después de cuatro años donde hemos recibido todo tipo de humillaciones y persecución… Y lo hemos hecho a pesar de las presiones, de la incertidumbre, de los engaños a la población… - se emociona – Este es el Ejército Nacional, el que combatió y combatirá siempre…A partir de hoy con seguridad les digo que cambiará la manera en que la sociedad mire a sus Fuerzas Armadas… - el silencio de la formación es absoluto. Los rostros tiznados dejan ver semblantes al borde del agotamiento, pero firmes como cañas de tacuara – En minutos nada más, voy a presentar los efectivos aquí presentes al señor General Vidal… Pido a todos ustedes que se mantengan humildes y callados frente a quienes, por diversas razones, no nos acompañaron físicamente en estas épicas jornadas – parece emocionado – Pido también, desde el profundo agradecimiento que emana de mi corazón de soldado, que asuman la medida que vaya a tomar el Ejército para con mi persona y para con la del Teniente Coronel Enrique Venturino, como un último acto más del servicio… - acomoda sus lentes que descienden por su nariz achatada – Ni más, ni menos…

Uno de los Suboficiales comienza a cantar a voz en cuello:

- ¡No se va, el *Ñato* no se va! ¡El *Ñato* no se va, el *Ñato* no se va…! – en segundos casi trescientas gargantas corean el estribillo, haciendo vibrar los cristales labrados del decorado techo del Patio.

Después de unos segundos, entre sonriente y sonrojado, el Teniente Coronel Aldo Rico, con seguridad el más consciente de todos sobre el final de su carrera militar, pide con ambos brazos que cesen los cánticos.

- ¡Camaradas! ¡Camaradas! – insiste hasta que se van acallando las voces – Cantemos todos la Canción del Ejército Argentino!

Con más fuerza aún, corean las estrofas de la marcha. La formación en cuadro comienza a romperse y Sargentos y Capitanes, Tenientes y Principales, Mayores y Cabos se estrechan en profundos y dilatados abrazos.

¡Por la Patria el Ejército Argentino

legendarias hazañas realizó

fue la ruta del Sol su camino

por los valles y cuestas luchó!

*

En el Alojamiento de Cursantes todo es desorden y apuro. Nadie quiere demorar más el regreso a sus casas, el reencuentro con sus angustiadas familias. Ya no importa lo que vendrá en los días posteriores. Las recriminaciones en sus cuarteles. Las sanciones. Los pases lejos de Buenos Aires, a mucha distancia del mando de tropas y del acceso a las salas de armas.

La totalidad de los Oficiales y Suboficiales ajenos a la Escuela de Infantería, no se retiran del cuartel sin antes devolver todo el equipo y armamento provisto por el Instituto castrense. Es de hacer notar que semanas después, la Escuela de Infantería de Campo de Mayo, a órdenes de una nuevo equipo de Dirección, procederá a realizar una Inspección Integral para auditar novedades y faltantes en las áreas de Arsenales, Intendencia, Edificios. Para sorpresa de los nuevos mandos, no se detecta el faltante de un solo proyectil de 9 mm. Durante cuatro tensos días, distinto y numeroso personal, sin ningún tipo de formalidad documental que registrara los retiros, se proveyó de fusiles, pistolas, ametralladoras, munición de todo tipo, lanza cohetes, equipos de comunicaciones, bolsas de dormir, mochilas, cuchillos bayoneta, cascos de acero, visores de luz residual, anteojos de campaña, vehículos livianos, vehículos a oruga. Todos los inspectores coincidieron en que la Escuela fue restituida por los rebeldes a las nuevas autoridades designadas, sin novedad.

Formando filas frente a una de las Salas de Armas, los Capitanes Breide Obeid y Balestrino conversan animadamente, mientras aguardan su turno para devolver el armamento y material retirados el día jueves pasado.

- ¡Qué me decís Gustavito! – lo encara Balestrino exultante - ¡Tuvo que hacerse cargo un *zapador* para que la cosa se encarrile! – hace alusión al nombramiento de hecho, del General Vidal a cargo del Ejército.

- Yo no lo daría por seguro…. – siembra la duda.

- ¿Vos no estabas presente cuando Alfonsín le indicó que se hiciera cargo? – sorprendido – Después pasó por acá en lugar de venir Dasso…

- No lo van aceptar los políticos – afirma Breide.

- ¿Por qué?

- Porque lo sugerimos nosotros…

*

El abogado apaga el velador de su mesa de luz. Cristina, su mujer, hace unos minutos que duerme. Concluye de una vez por todas un fin der semana agotador, plagado de tensiones, de llamados telefónicos. Horas prendido a la pantalla del televisor para tratar de interpretar lo que realmente estaba ocurriendo en el Ejército y en el país.

Inspira profundo para ayudar a relajarse. El timbre del teléfono lo sobresalta. Atiende antes que siga sonando y despierte a su mujer.

- Hola – susurra con desconcierto.

- ¡Hola, Uriburu!, - reconoce la voz muy tenue de su hermano Camilo, quien cuando cursaba en el Liceo Militar, a veces lo llamaba por su apellido.

- ¡Hola, Camilo! - se sienta sobre la cama dando la espalda a su cónyuge - ¿Dónde estás ahora? – mira el reloj despertador y aún no es medianoche.

- Acá en Tucumán, che,….Te paso con el Teniente Coronel León, que necesita pedirte algo….Hablá con él con toda tranquilidad, cómo si hablaras conmigo….

- ¿Estás bien?

- Si, quedate tranquilo ¡Te mando un abrazo! - se puede escuchar cuando le pasa el tubo a otra persona - ¡Hola! ¡Hola! ¿Dámaso?

- ¡Sí! – confirma el abogado aún intranquilo por la seguridad de su hermano Camilo, Mayor de Caballería, con destino en la Vta Brigada de Infantería de San Miguel de Tucumán.

- Aquí el Teniente Coronel Ángel León, amigo de tu hermano Camilo, te estoy llamando desde Tucumán ¿Me escuchas bien?

- Sí, perfecto…. ¿Qué tal? – dando lugar a un diálogo que lo asombra.

- Necesitamos encargar algo a una persona confiable, que nos de seguridad de que lo que responda sea cierto, y hemos pensado que esa persona podrías ser vos – no le da pausa – Necesitamos certeza, rapidez, y confiabilidad ¿Te animás? – bastante sereno - … Me dijo tu hermano que tenés trato directo con Troccoli, el Ministro del Interior….

- Sí… - duda un poco – nos conocemos de hace años, vive en el mismo edificio donde viven mis padres….

- Bueno, correcto – avanza León en su pedido – Te pido que cuanto antes vayas al domicilio del Ministro y le hagas saber que el gobierno no ha cumplido lo acordado hoy a la tarde en Campo de Mayo, que consideramos roto el pacto acordado, y que toda la Guarnición de Tucumán se ha acuartelado.

- Pero – lo interrumpe – Primero no sé si a esta hora me va a recibir…. – reflexiona con velocidad – Tampoco sé qué aclararle si me pregunta más detalles.

- Vos, por favor, andá y decile eso, limitate a eso,….Y por favor, – con tono de recomendación – una vez que hayas cumplido la misión, nos avisás – solicita tranquilo el Teniente Coronel León, para agregar – Si te pregunta algo, le decís que te llame yo por teléfono a través de tu hermano Camilo.

- Bueno, así lo haré…. – está lleno de interrogantes.

- ¡Gracias, Dámaso! De tu respuesta dependen nuestros próximos pasos… ¡Un fuerte abrazo! – cortan la comunicación.

- ¿Quién era a esta hora? – Cristina despierta, interroga a su marido. El doctor Dámaso Uriburu permanece sentado en la cama con el tubo del teléfono aún en sus manos.

- Camilo, *amore*… - trata de transmitir serenidad.

- ¿Está bien? ¿Le pasa algo? – se incorpora, preocupada.

- ¡No! – apura su marido - ¡Todo está bien! – se para y comienza a vestirse con cierta premura.

- ¿A dónde vas? – sospecha que ocurre algo serio.

- Me pidieron que lleve un mensaje – la mira a los ojos – En media hora vuelvo…

*

El agente de la Policía Federal cubre consigna en la puerta del edificio de la calle Las Heras, frente a la plaza Vicente López; donde vive el doctor Antonio Tróccoli, Ministro del Interior de la

República. Corta bruscamente su aburrimiento al notar que el señor que camina cruzando por la mitad de la cuadra, se dirige indudablemente hacia la puerta que él custodia.

Dámaso Uriburu, con total naturalidad lo saluda y se detiene frente al portero eléctrico. Antes que el Sargento le pueda preguntar por su actitud ya oprimió el botón del cuarto piso.

- ¡Señor! – con tardía reacción - ¿Qué hace? Pensé que iba a ver a su familia…
- Toco el timbre del cuarto piso… - trata de mantener su aplomo habitual – necesito decirle algo al señor Ministro…
- ¿Quién es? – ambos reconocen la voz del Ministro.
- Dámaso Uriburu, doctor… - eleva el tono el abogado sin despegar la vista del desconfiado Sargento de la Federal.
- ¡Dámaso! – exclama Tróccoli - ¡Qué pasa! ¡Qué sorpresa…! – responde sin abrir.
- Me han pedido que le transmita un mensaje urgente, doctor, por eso le pido disculpas por lo imprudente de la hora…
- ¡Ajá…! - duda – Te escucho…
- De parte del Teniente Coronel Ángel León, desde la provincia de Tucumán, desea que usted sepa que están incumpliendo lo acordado esta tarde en Campo de Mayo…
- ¿Qué estamos incumpliendo qué…? – eleva el tono de su voz - ¿Quién es ese Teniente Coronel León? ¿Qué carajo tengo que ver yo con todo esto…? ¿Estás seguro que se trata de ese Oficial…? – sin pausa y molesto.
- No lo sé, porque no lo conozco… - toma aire – Tampoco conozco el pacto…, sólo me pidieron que le transmita esto…
- ¡Ajá! – una pausa - ¡Gracias m'ijo! – reacciona – Andá a descansar – el Sargento se distiende – Yo también voy a seguir durmiendo… ¡Muchas gracias por tu molestia! Es pura acción psicológica…. ¡Buenas noches!
- ¡Buenas noches, don Antonio! – se despide Uriburu.

El abogado intercambia un gesto de saludo con el Sargento de consigna y vuelve a cruzar la calle para regresar a su casa. Al llegar a la vereda de enfrente, se detiene y enciende un cigarrillo. Levanta la vista y puede observar como comienzan a encenderse, una por una, la totalidad de las luces de todos los ambientes del cuarto piso.

Reproducción parcial de la despedida del Teniente Coronel Santiago Roque Alonso – Jefe del RI Mec 35 en Rospentek -, ante su Regimiento formado, en el atardecer del Domingo De Pascua, al entregar el mando al 2do Jefe, para dar cumplimiento a la orden de presentarse arrestado ante el Comandante de la Brigada Infantería Mecanizada XI (Rio Gallegos)

"Hemos pretendido recuperar para el Ejército la conducta ejemplar, conducta ejemplar que los superiores debemos tener respecto a nuestros subordinados, que ustedes, mis subordinados, como muchos en el Ejército están ansiosos de ver en sus superiores.

Esta ha sido quizás, la principal fuerza moral que nos ha sostenido en esta actitud, pese a las presiones, a la incertidumbre y a las graves responsabilidades que implicaba por sus consecuencias.

Este hecho, que tal vez ha sido lamentable por el procedimiento utilizado, pero cuyos fines son tremendamente superiores a ese error de procedimiento, no va a quedar borrado o desapercibido en la historia del Ejército.

Porque quienes pretendieron someternos a la ignominia, al oprobio, al escarnio público le hemos obligado a tener que ir a parlamentar…. (inaudible por el ruido del viento) *a un Regimiento. Ahora sí sabrán que en el Ejército todavía hay un puñado que tiene espíritu militar y que sabe cuál es su obligación con el honor.*

Personas mencionadas en esta historia novelada

Apellidos	Nombres	Jerarquía en 1987	Arma	Promoción
AFFANNI	Jorge Julio	Capitán	I	104
ALAIS	Ernesto Arturo	General Brigada	I	82
ALEKSIJONER	Ricardo Abel	Sargento	I	1979
ALFONSIN	Raúl Ricardo	Presidente		
ALFONSO	Raúl	Capitán	C	104
ALFONSO	Jorge	Teniente Coronel	C	95
ALONSO	Santiago Roque	Teniente Coronel	I	94
ALSINA	Gustavo Adolfo	Capitán	Com	103
ÁLVAREZ	Juan José	Abogado		
ANADÓN	Marcelo Alejandro	Teniente Primero	Com	109
ARIAS	César	Abogado		
AUEL	Heriberto Justo	Coronel	I	85
ÁVALOS	Andrés Oscar	Capitán	I	104
BALEIRON	Juan Francisco	Teniente	I	112
BALESTRINO	Ricardo Beltrán	Capitán	Ing	104
BALZA	Martín Antonio	Coronel	A	85
BARBOSA	Hermenegildo	Capitán	I	104
BARÉ	Oscar Carlos	Capitán	I	106
BARREIRO	Ernesto Guillermo	Mayor	I	97
BARRIO	Rodolfo	Teniente	I	112
BELLANDE	Jorge Horacio	Teniente Coronel	C	96
BERTONE	Edgardo	Mayor	C	84
BIANCHI	José Alfredo	Coronel	Ing	73
BOCALANDRO	Roberto Atilio	General Brigada	A	82
BONINI	Héctor Edgardo	Capitán	I	103
BRACCO	Guillermo Eduardo	Capitán	I	106
BRAVO	Ricardo Enrique	Mayor	I	101
BREIDE OBEID	Gustavo Luis	Capitán	I	104
BROUSSON	Alejandro Alberto	Capitán	Ing	106
BRUN	Luis Alberto	Capitán	I	105
CABRERA ROJO	David	Capitán	I	103
CÁCERES	Jorge Ramón	Capitán	I	105
CAFIERO	Antonio	Diputado		
CALABRÓ	Mario	Ex Cadete CMN	I	106
CAMPS	Ramón Juan	General Brigada	C	77

CANDIA	Carlos Alberto	Capitán	I	106
CANDIA	Luis Alejandro	Capitán	Ing	105
CANTÓN	Marcos Augusto	Teniente Primero	I	109
CERRUTI	Pedro Rafael	Mayor	I	101
CERVO	Francisco	Coronel	I	85
CHRETIEN	Mario Luis	Mayor	I	99
CORNEJO	Jorge Roy	Subteniente	I	115
COSTA	Juan Manuel	Coronel	A	86
CROCCO	Noemí	Esposa Aldo Rico		
CUNDINS	Eduardo Horacio	Capitán	C	106
D'ALOIA	Francisco Pablo	Capitán	I	106
DASSO	Naldo Miguel	General Brigada	C	82
DAURA	Jorge Raúl	Capitán	I	105
DEIMUNDO PIÑEIRO	Antonio José	General Brigada	I	83
DOTTI	Héctor Fernando	Capitán	C	104
DOTTO	Mario Gabriel	Capitán	I	106
DUARTE	José Martiniano	Capitán	I	104
ETCHECOPAR	Ángel Pedro	Juventud Radical		
FAZIO	Juan Alfredo	Capitán	I	106
FERNÁNDEZ FUNES	Mauricio Jorge	Mayor	C	102
FERNÁNDEZMAGUER	Ernesto Darío	Teniente Coronel	I	94
FERRARIS	Enrique Alfredo	Teniente Primero	Com	109
FERRERO	Andrés Antonio	Mayor	I	102
FERREYRA	Juan Jorge	Capitán	A	106
FILIPPA	Marcelo Hugo	Capitán	I	105
FIORDELIZA	Oscar Rodolfo	Capitán	A	103
FIRENZE	Alejandro	Subteniente	I	117
FORTINI	Atilio	Sacerdote Jesuita		
FOTHERINGHAM	Alejandro Eugenio	Teniente Primero	A	110
GALLO	Víctor Alejandro	Capitán	I	104
GARCÍA	Osvaldo Daniel	Capitán	I	106
GARCÍA IGLESIAS	Daniel Omar	Capitán	I	103
GASSINO	Eduardo Luis	Teniente Primero	I	110
GASSINO	Francisco Eduardo	General Brigada	I	84
GATTO	Marcelo Diego	Capitán	C	106
GERAVI	Carlos Armando	Capitán	Int	104
GIORELLO	Enrique Carmelo	Ex Subteniente	C	91
GIRO MARTIN	José Luis	Teniente Primero	I	109
GONZÁLEZ DEIBE	Daniel Enrique	Capitán	I	104
GONZÁLEZ NAYA	Arturo Félix	Teniente Coronel	I	96
GRACIA	Yago Luis de	Coronel	C	86
GREPPI	Néstor Omar	Teniente Coronel	C	93
GUERRERO	Gabriel Jorge	Teniente Primero	A	108
GUIDOBONO	Jorge Alberto	Teniente Primero	I	108
HANG	Julio Alberto C	Teniente Coronel	C	96

HOLZWARTH	Claudio Guido	Subteniente	I	117
HUERGO	Fernando Ignacio	Teniente Primero	A	110
ISASMENDI AGUILAR	Eduardo Justo	Teniente Primero	A	109
ISTURIZ	Miguel Ángel Julio	Mayor	I	98
IZAGUIRRE	Osvaldo Felipe	Capitán	A	105
JAUNARENA	José Horacio	Ministro de Defensa		
JAUREGUI	Guillermo Federico	Teniente Primero	I	109
LAGOS	Luis Hilario	Teniente Coronel	I	94
LANUSSE	Alejandro Agustín	Teniente General	C	64
LARRAMENDI	Ernesto Hanse	Capitán	I	106
LEÓN	Ángel Daniel	Teniente Coronel	I	94
LINARI	Horacio	Capitán	I	104
LISTORTI	Victorio Rafael	Teniente Coronel	I	97
LLAMA FIGUEROA	Jorge Eduardo	Mayor	I	101
LOBBOSCO	Arnoldo Rafael	Capitán	I	106
LÓPEZ	Luis Alberto	Capitán	I	104
LORÉFICI	Carlos Roque	Mayor	I	100
MACCHI	Miguel Ángel	Capitán	I	106
MACIEL	Alberto César	Teniente	I	112
MAFFEY	Alberto Jorge	Coronel	I	87
MAISANO	Andrés Máximo	Teniente Primero	I	108
MAISONNAVE	Carlos Felipe	Capitán	Com	105
MALBERTI	Horacio Roberto	Teniente Primero	I	109
MAÑÉ	Juan Carlos (h)	Mayor	I	98
MARENSI	Néstor Mario	Capitán	I	107
MARTÍN	Miguel Ángel	Capitán	I	104
MARTÍNEZ	Víctor Hipólito	Vicepresidente		
MARTÍNEZ de PERÓN	María Estela	Presidente		
MARTÍNEZ ZUVIRIA	Agustín	Teniente Primero	C	109
MARTÍNEZ ZUVIRÍA	Gustavo Zenón	Teniente Coronel	C	96
MENÉNDEZ	Luciano Benjamín	General División	C	74
MENÉNDEZ	Mario Benjamín	General Brigada	I	79
MERCADO	Pedro Edgardo	Capitán	C	103
MONES RUIZ	Enrique Pedro	Capitán	I	103
MOREAU	Leopoldo Raúl	Diputado		
MORELLI	Fernando Anronio	Capitán	A	106
MORELLO	Emilio Pedro	Capitán	I	104
MORICI	Ricardo Alfredo	Capitán	Com	105
MUÑÓZ BETELÚ	Roberto Luis	Capitán	C	107
NEUMANN	Marcelo Ricardo	Teniente Coronel	I	93
NIGRO	Alberto María	Teniente Primero	Ing	110
NOGUERA	Carlos Rubén	Teniente Primero	I	108
NOSIGLIA	Enrique	Abogado		
NOVOA	Ricardo Jacinto	Capitán	I	106
OLIVA	Pablo Andrés	Capitán	Com	107

ONETO	Daniel Atilio	Capitán	I	105
OROZCO	Mario César E	Capitán	I	107
ORTELLI	Edgar Alfredo	Capitán	C	106
OTAMENDI	Claudio Eduardo	Teniente	C	111
PADILLA	Augusto	Abogado		
PARADA	Gustavo Omar	Subteniente	I	115
PASQUALINI	Juan Luis (h)	Teniente Primero	I	109
PÉCILE	Eder Alfonso	Capitán	I	104
PEDERNERA	Fernando Julio	Capitán	I	104
PEDRAZINI	Luis Alberto	Coronel	I	86
PELUFFO	Ernesto Orlando	Teniente	I	113
PERETTI	Juan Carlos	Mayor	I	99
PÉREZ AQUINO	Carlos Alfredo (h)	Teniente	I	111
PIOTTI	Alberto Daniel	Juez Federal		
PISSOLITO	Carlos Alberto	Teniente Primero	I	110
POLO	Luis Nicolás	Teniente Coronel	I	94
PRIETO ALEMANDI	Hernán Gustavo	Capitán	C	106
PUCHETA	Alejandro Luis	Teniente Primero	A	110
QUIROGA	Osvaldo César	Teniente Coronel	I	97
REZETT	Fortunato Valentín	Teniente Coronel	I	92
RICCIARDI	Carlos María	Capitán	I	106
RICO	Aldo	Teniente Coronel	I	94
RÍOS EREÑÚ	Héctor Luis	Jefe EMGE	I	81
RISSO PATRÓN	Hernán José M (h)	Capitán	C	104
RIVAS	Enrique Guillermo	Capitán	I	103
ROBINSON	Herberto Antonio	Teniente Coronel	Com	96
ROBLEDO	Luis Enrique	Capitán	A	106
ROLDÁN	Daniel	Sargento	I	1979
ROMERO VICTORICA	Juan Martín	Fiscal Federal		
RUFFINO	Carlos Salvador	Coronel	I	90
RUÍZ DÍAZ	Edelmiro José A	Capitán	I	107
SALERNO	Gustavo Luis	Teniente Primero	I	110
SÁNCHEZ	Gerónimo Omar	Sargento	CMot	1979
SÁNCHEZ GAVIER	Ricardo	Teniente Primero	I	110
SÁNCHEZ ZINNY	Martín Eduardo	Capitán	I	106
SANTIAGOCADELAGO	Jorge Aníbal	Capitán	I	107
SASIAIÑ	Juan Bautista	General División	I	76
SASIAIÑ	Juan Bautista (h)	Capitán	I	106
SCHINELLI GARAY	Enrique Alberto	Coronel	I	87
SCORTICHINI	Hugo Alberto	Mayor	C	98
SEINELDÍN	Mohamed Alí	Coronel	I	87
SHAW	Roberto Antonio	Mayor	I	99
SIGWALD	Adolfo	General Brigada	I	76
SKALANY	Pablo	General Brigada	Com	85
SOSA	Bari del Valle	Teniente Primero	I	109

STORANI	Federico Teobaldo	Diputado		
STUBRIN	Marcelo	Diputado		
SVENCIONIS	Faustino José	General Brigada	I	84
TABOADA	Jorge Gustavo	Teniente	I	112
TITO	Jorge Alberto	Teniente Primero	I	111
TOCCALINO	Jorge Luis	Coronel	A	87
TRÓCCOLI	Antonio	Ministro Interior		
TRUCCO	Miguel Ángel	Capitán	I	107
URIBURU	Camilo Vicente	Mayor	C	100
URIBURU	Dámaso José	Abogado		
VAQUERO	José Antonio	General División	I	75
VEGA	Blas Benjamín de la	Capitán	C	103
VELLOSO	Víctor Raúl	Mayor	Com	101
VENTURINO	Enrique Carlos	Teniente Coronel	I	94
VERCELLOTTI	Osvaldo Hugo	Capitán	I	103
VICENTE	Hugo Alberto	Teniente Primero	I	110
VIDAL	Augusto José	General Brigada	Ing	82
VIDELA	Rafael Patricio	Capitán	I	107
VILA	José Luis	Ex Cadete CMN	I	106
VILA MELO	Julio Enrique	Teniente Coronel	I	77
VILA MELO	Julio Enrique (h)	Teniente	I	112
VILLARREAL	Jorge Guillermo	Capitán	I	104
ZARABOZO	Armando Enrique	Mayor	I	98

Trayectoria de algunos protagonistas de estos episodios

Es particularmente llamativo el hecho incontrastable, respecto a la situación de la totalidad de los presentes ese largo fin de semana, dentro de la Escuela de Infantería. Nadie de ellos está mencionado en el Informe de la CONADEP. Sobre ninguno de los Oficiales o Suboficiales acuartelados, pesaba denuncia alguna vinculada con excesos cometidos durante la lucha contra el terrorismo armado.

Paradojalmente, muchos de los que con mayor ahínco pretendieron reprimir la actitud asumida por los rebeldes, recibieron el beneficio directo de postergar sus procesamientos y condenas, como lo demuestra el cuadro que sigue a continuación.

Para una mejor comprensión de esta peculiaridad del destino, en una fase posterior al llamado *Juicio a las Juntas*, la justicia ya había señalado con distintos grados de responsabilidad, a muchos Oficiales Superiores que, años después, fueron procesados y condenados.

A esa segunda fase de actos judiciales por hechos de guerra, le sigue una tercera – y es prudente una distinción entre los mismos -, la perversa e irresponsable persecución de todo aquel que haya formado parte de las Fuerzas Armadas, de Seguridad o Policiales, así como de los Servicios Penitenciarios, de Inteligencia, funcionarios judiciales y sacerdotes, entre 1976 y 1983, impulsada por la administración del propio Estado, desde 2003, con la participación necesaria de la Corte Suprema de Justicia.

Ese estado de cosas, continúa hasta nuestros días.

Nro	Apellidos	Nombres	Trayectoria hasta 2019
1	ALAIS	Ernesto Arturo	Pasado a retiro el 30-05-1987. Falleció cumpliendo arresto domiciliario por hechos en la lucha contra el terrorismo.
2	AUEL	Heriberto Justo	Pasó a retiro, con el grado de General de Brigada, el 10-02-1989.
3	BALZA	Martín Antonio	Pasó a retiro como Teniente General con fecha 17-02-2000, sorteando los procesos por la venta de armas a Ecuador y Croacia, así como su actuación como Oficial Jefe en las Guarniciones de Comodoro Rivadavia y Paso de los Libres durante el *Proceso* Ex Embajador en Colombia y Costa Rica

4	BARREIRO	Ernesto Guillermo	Dado de baja con el grado de Mayor el 15-04-1987. Condenado por su actuación en la lucha contra el terrorismo.
5	BOCALANDRO	Roberto Atilio	Pasó a retiro, con el grado de General de Brigada, el 30-04-1987. Murió cumpliendo arresto domiciliario, por hechos de lucha contra el terrorismo, el 09-02-2010
6	DASSO	Naldo Miguel	Retirado como Grl Br el 30-04-1987. A partir de 2012 Condenado por su actuación en la lucha contra el terrorismo.
7	DEIMUNDO PIÑEIRO	Antonio José	Pasó a retiro, con el grado de General de Brigada, el 31-05-1987. Fallecido el 20-02-1996.
8	GASSINO	Francisco Eduardo	Pasó a retiro el 31-07-1989 considerado uno de los Jefes Inteligencia Militar del alfonsinismo, fue el primer Jefe del Ejército de esa especialidad. Fallecido.
9	GRACIA	Yago Luis de	Retirado con el grado de Cnl el 31-08-1991.
10	GREPPI	Néstor Omar	Pasó a retiro con el grado de Cnl el 30-11-1990. Condenado por su actuación en la lucha contra el terrorismo.
11	PEDRAZINI	Luis Alberto	Retirado con el grado de Coronel el 31-05-1987 Condenado por su actuación en la lucha contra el terrorismo.
12	REZETT	Fortunato Valentín	Retirado como Cnl el 31-08-1995. Condenado por su actuación en la lucha contra el terrorismo.
13	RIOS EREÑU	Héctor Luis	Retirado como Grl Div el 30-04-1987. Falleció cumpliendo arresto domiciliario por su actuación en la lucha contra el terrorismo, el 21-06-2017.
14	TOCCALINO	Jorge Luis	Retirado como Cnl el 30-10-1988. Cumple condena por su actuación en la lucha contra el terrorismo.
15	VIDAL	Augusto José	Retirado como Grl Br el 30-04-1987. Fallecido

Correspondencia

Buenos Aires; 14 de abril de 1997.-

Estimado Señor NAVAS:

A casi diez años de la Operación Dignidad, desde distintos espacios se conocieron opiniones diversas sobre lo ocurrido en sí y su proyección histórica. Desde el ex Presidente Raúl Alfonsín y el ex Teniente Coronel Aldo Rico, hasta analistas políticos de todas las tendencias, coincidieron o no sobre los sucesos y sus consecuencias.

Considero que una década no alcanza para valorar acabadamente un hecho histórico, pero sí es tiempo suficiente para intentar expresar un punto de vista personal con el derecho que otorga el haber sido protagonista. Al respecto, me atrevo a puntualizar algunos aspectos destacables: está debidamente probado que se trató de una crisis interna del Ejército; que la misma pudo haberse evitado; que desnudó a una conducción militar carente de mando, indecisa y medrosa; y que, como no podía ser de otra manera, tuvo un desenlace político.

Lejos de mí el pretender arribar a conclusiones de carácter institucional, políticas o históricas. Me alcanza con rescatar el espíritu de muchos Oficiales y Suboficiales que con su determinación, asumieron una actitud. Pertenezco a una generación de argentinos que en reiteradas ocasiones fue instrumento de ideologismos, de estériles enfrentamientos y de falsas dicotomías; para terminar descubriendo en los cómodos y lucrativos despachos de las mismas multinacionales a muchos de quienes condujeron "bandos opuestos" de ese verdadero drama nacional. Será por ello, tal vez, que me alcance y me sobre con el recuerdo de haber compartido aquellos días con muchos hombres de bien que supieron no admitir componendas; que se resolvieron, de manera incruenta, para manifestar su hartazgo; que enmascararon sus rostros, no para ocultarse, sino para distinguirse; que jugaron a cara o cruz su destino profesional, conociendo de antemano que su proceder dilapidaría años de entrega y sacrificios ofrendados a su país. Ellos fueron conscientes de las consecuencias personales de su actitud, no pidiendo nada a cambio. Sabían perfectamente que no habría "participación en las ganancias" y que sus acciones no cotizarían en la Bolsa, ni hallarían paridad con la moneda de curso legal.

La mayoría de esos argentinos, privados hoy en día del ejercicio de su vocación, viven uno de los más terribles castigos sociales: el estigma. Pero como diría el poeta: "… Podrían traicionar y no decir el oro que aventajan. Podrían corromperse, en vez de estar perdidos…" No lo han hecho. No calcularon dividendos. No estafaron, ni malversaron. Incluso se

mantuvieron, por asco y por prudencia, alejados de la política. A ellos mi recuerdo entrañable. Verdaderos centuriones como aquél que el Redentor señaló por la fuerza de su Fe. No son pocos. Ellos saben muy bien cómo y por qué los hechos sucedieron. Me atrevo a decir que compartirán conmigo, que la verdadera Operación Dignidad terminó, definitivamente, aquél Domingo de Pascuas del año 1987.

Martín E Sánchez Zinny

DISTINGUIDOS AMIGOS:

Les hago llegar la carta del Tcnl Alonso al Cnl Greppi.

Ambos eran mis subordinados en la Br I Mec XI. Fueron los únicos que sacaron los pies del plato en la crisis de Semana Santa, en direcciones opuestas, les puse la mayor sanción que correspondía a mi cargo.

Intercepté el radiograma de Alonso y la llamada telefónica de Greppi a ***Alfonsín****, donde le ofrecía sus tanques, que luego no pudo mover.*

A Alonso lo relevó el JEMGE.

A Greppi le puse la más baja calificación de mis 40 años de servicios. Sin embargo ascendió.

Hoy uno está libre, cuando peleaba por terminar con la judicialización de la guerra, y el otro sentenciado y defiende al autor de decreto 158/83, que lo llevó a perder la libertad.

Esas son la paradojas de las falacias que nos envuelven. El que actúa rectamente, con la verdad, nunca se arrepentirá.

FELIZ NAVIDAD,

Heriberto Auel *Grl (R)*

Sr. Coronel (R) D. Néstor Omar Greppi

Colonia Penal de Santa Rosa - U.4

Santa Rosa – La Pampa

Presente

Mi Coronel:

Me dirijo a usted con motivo de lo publicado en diversos medios de comunicación respecto a su condena a "20 años de prisión por el Tribunal Oral Federal de Santa Rosa por delitos de lesa humanidad cometidos durante la última dictadura en La Pampa" (La Nación, 17/11 2010; Pág.12 en el artículo "Condenan a un ex edecán de Alfonsín"), en el cual además se informa que en sus palabras finales usted manifestó: "que fue uno de los oficiales convocados para reprimir a los carapintadas".

Movido por la sorpresa y la curiosidad, amplié la investigación en medios de prensa de la Pampa, y es así como el diario La Arena, del 17/11/2010, consigna que usted expresó: "Actué en los sucesos de Semana Santa en 1987 y en los Villa Martelli en diciembre de 1988, y tuve una participación activa en Monte Caseros en enero de 1988". Y el Diario de la Pampa (en su versión en Internet del 16/11/2010), afirma que expresó, además: "Siempre respondí a los mandos naturales, y siempre en defensa del gobierno democrático".

Debo confesarle que nunca me imaginé que en un juicio por la supuesta violación de los "derechos humanos o delitos de lesa humanidad", alguien pudiese alegar públicamente el mérito de haber participado en la represión de los hechos ocurridos en Semana Santa de abril de 1987 y posteriores.

Obviamente, usted comprenderá que – sin buscarlo ni desearlo – me veo involucrado por sus afirmaciones, dado que en esas circunstancias ambos nos desempeñábamos como jefes de unidad; usted como Jefe del Regimiento de Caballería de Tanques 11, en Puerto Santa Cruz, y yo como Jefe del Regimiento de Infantería Mecanizado 35, en Rospentek (próximo a Río Turbio y a 500 Km de su unidad).

Usted está en su derecho de realizar las afirmaciones públicas más arriba citadas, ya que las considera un mérito o un hecho destacado de su parte, que lo haría merecedor de un reconocimiento y que, como tal, debería ser valorado positivamente por quienes lo juzgan, ya que tienen la obligación de evaluar íntegramente sus antecedentes militares, su conducta habitual y su personalidad.

Y a eso, mi Coronel, precisamente deseo contribuir confirmando sus dichos - no puedo permanecer indiferente - y en relación a los acontecimientos relacionados específicamente con Semana Santa de 1987 y con su persona, ya que de los otros no tengo conocimiento ni testimonios de su actuación. La presente actitud no tiene otra finalidad - eventualmente – que la de

ser usada en su favor en las futuras instancias de apelación, para que conste que efectivamente usted tuvo "una participación activa",con respecto a la unidad a mi mando y en el lapso en que el Regimiento de Infantería Mecanizado 35 desconoció la autoridad del Jefe del Estado Mayor (General División ***Héctor Ríos Ereñú****, lamentablemente hoy también detenido) y de la correspondiente cadena de comando.*

Al respecto, usted recordará que en mi condición de Jefe del RIMEC 35, yo emití un radiograma (16/04/1987), con destino al Comandante de la Brigada de Infantería Mecanizada XI (Nro. 197/87) y, simultáneamente, para conocimiento de todos los Jefes de Unidades de la misma, donde fijaba los fundamentos de mi actitud frente a los acontecimientos internos del Ejército, que en ese momento se estaban desarrollando. Usted fue el primero en recibirlo, porque su unidad debió retransmitirlo - por inconvenientes técnicos - al resto de los destinatarios. Entre otros fundamentos señalaba que de continuarse con la aplicación, por parte del entonces Jefe del Estado Mayor General del Ejército, del curso de acción retenido (conocido vulgarmente como la "Batalla jurídica"), "hasta su consumación total, constituiría un costo inaceptable que afectará la conservación de la fuerza, su honor, su justificación histórica, la disciplina, la obediencia confiada y la moral de los cuadros en el presente y los que se incorporen a la institución en el futuro".

Asimismo aclaraba que para ello era necesario "instrumentar las acciones necesarias para que cese la represalia de naturaleza jurídica dirigida contra el Ejército Argentino,... por hechos de guerra en actos del servicio, en el transcurso de la guerra contra la subversión…" y además agregaba que "... el suscripto rechaza toda calificación que pretenda darse a la presente actitud, como propiciando alteración del sistema constitucional vigente".

Al día siguiente, el 17 de abril de 1987, en horas de la noche, usted – a quien no me unía ninguna relación de dependencia - se comunicó por radio con el suscripto, advirtiéndome que si no deponía mi actitud, ejecutaría operaciones militares contra mi unidad, a lo cual le respondí que no accedería a su exigencia y que, en consecuencia, procediera como creyera conveniente, pero que mi regimiento respondería a cualquier tipo de agresión.

Años después me enteré por comentarios, que efectivamente usted ordenó alistar su unidad para desplazarse hacia Rospentek, pero por problemas con sus jefes de escuadrones subordinados no pudo ejecutar su intención. También tomé conocimiento de que usted habría sugerido o influido, entre otros, a través de sus relaciones políticas y amistades militares, para que yo fuera relevado de inmediato como Jefe de Regimiento, lo que se cumplió al día siguiente de finalizado el conflicto. Finalmente, usted habría solicitado al Comandante de Brigada que se me instruyera un sumario por rebelión o motín, en lugar de que se me sancionara con un simple arresto, como el que comencé a cumplir en Río Gallegos a partir del 20 de abril.

En consecuencia, por todo lo manifestado anteriormente, no deben quedar dudas de que usted realmente "respondió a sus mandos naturales y al estado democrático" e inclusive – en mi opinión - excediéndose en sus responsabilidades específicas.

Lamento profundamente mi Coronel, que en su persona como en la de otros cientos de Jefes y Oficiales presos y condenados, muchos de los cuales se opusieron activamente a nuestra actitud – despectivamente calificada como "carapintadas", cuando en realidad llevaba el nombre de "Operación Dignidad" – e inclusive nos persiguieron, se haya consumado finalmente la malograda "batalla jurídica". Desgraciadamente, el tiempo y los hechos nos han dado la razón.

Según expresaron reiteradamente numerosos legisladores nacionales de esa época y luego, con motivo de la abolición de la ley que se sancionó posteriormente a los hechos mencionados, con la actitud de mi Regimiento y de otras pocas unidades se contribuyó a que usted y los que hoy están condenados o detenidos o que fallecieron en esa condición, hayan disfrutado de la libertad a partir de Semana Santa de 1987 hasta la reapertura de las causas judiciales (17 años o más), aunque ello representó para mí y para varios de mis oficiales y suboficiales, la prisión o arrestos extensos, la pérdida de la carrera, la discriminación por parte de muchos de nuestros camaradas (que aún se mantiene) y en no pocos casos la quiebra de sus familias.

No sé si usted lo habrá advertido en esas circunstancias o años después: resulta paradójico que en el momento de los hechos descriptos y de haber sido protagonistas alejados del foco de los mismos, nadie del Regimiento 35 estaba ni ha estado involucrado en causas judiciales por la supuesta violación de los derechos humanos o por delitos de lesa humanidad.

Finalmente, le informo que trataré de hacer pública esta carta, como públicos fueron sus dichos, en la intención de que pueda serle de utilidad en las futuras instancias judiciales de apelación y así pueda llegar a quien corresponda, de forma que su conducta pueda ser evaluada integralmente.

Lo saludo muy atentamente y le deseo la mejor de las suertes en esta situación tan desagradable y difícil que le toca atravesar. Tenga la seguridad de que no le guardo ningún rencor y mucho menos en estas circunstancias. No se desaliente y tenga paciencia, desde hace décadas, nada en nuestro país es definitivo; esto no pretende ser una esperanza, sino una mera observación de la realidad y de la experiencia histórica.

***(*)** Enviado por Correo Argentino por ExpresoPlus (EU800618135), con Aviso de Recibo (6 Dic 2010)*

Santiago Roque Alonso Tcnl (R)

Ex Jefe RIMEC 35

DNI 7.585.612

Un cuentito corto…

"Aquel viejo deambulador, ciego de origen y casi profeta por sus percepciones, se había convertido en el motivo más famoso de conversación de aquellos dominios.

Convocado al palacio para comprobar la veracidad de su fama, el rey derramó vino en un vaso y le preguntó:

- ¿Es agua o vino?

- Es vino - dijo el ciego.

- ¿Cómo lo sabes?

- Por el ruido del placer en tu paladar, señor.

Después el rey hizo aparecer a una joven de larga belleza y preguntó:

- Esta mujer, ¿es virgen o iniciada?

- Es virgen - dijo el ciego.

- ¿Cómo lo sabes?

- Por el crujir de tus pupilas al expandirse, señor.

Enseguida el rey abrió una ventana y preguntó:

- ¿Es noche o es día?

- Es noche - dijo el ciego.

- ¿Cómo lo sabes? - insistió el rey.

- Por los roces del miedo en tus espaldas, señor.

En eso entraron dos bufones y el rey preguntó:

- ¿Qué son? ¿Dos bufones o dos aldeanos?

- Dos bufones - dijo el ciego.

- ¿Cómo lo sabes?

- Porque respiran imitando el zumbar de tu jadeo, señor.

Luego de una pausa amenazante, el rey se sentó:

- ¿Estoy en una silla o en el trono? - preguntó.

- En una silla - dijo el ciego.

- ¿Cómo lo sabes?

- Porque la madera ha gemido, señor, y el trono es polvo silencioso.

Al llegar el día, el rey abrió nuevamente la ventana y se preguntó:

- ¿Es noche aún o es día?

- Es día - dijo el ciego.

- ¿Cómo lo sabes?

Porque el resplandor destruye tu sombra, señor.

El rey ordenó que le cortaran la cabeza y la enterraran hondo para cegarla definitivamente, y que el resto fuera arrojado a los perros, porque ese cuerpo miraba demasiado."

Enrique Mandrini